Fernando Aramburu

MAITE

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

1. Portada
2. Portadilla
3. Jueves, 10 de julio
    1. 1. Un día perfecto
    2. 2. La posibilidad de un castillo
    3. 3. The Basque woman
    4. 4. Lazo azul
    5. 5. La hija predilecta
    6. 6. Una lista de dudas
    7. 7. Manzanas sobre la cama
4. Viernes, 11 de julio
    1. 8. Reloj de cuco
    2. 9. Diana
    3. 10. Un banco público
    4. 11. Calor y compañía
    5. 12. La paz de casa
    6. 13. La cena de ayer
    7. 14. Velas en la playa
5. Sábado, 12 de julio
    1. 15. Un vaso de oro
    2. 16. El maldito remolino
    3. 17. Almuerzo en familia
    4. 18. Cuatro de la tarde
    5. 19. Caballos
    6. 20. Horas penosas
    7. 21. Hipótesis
6. Domingo, 13 de julio
    1. 22. Noche de sufrimiento
    2. 23. Con o sin dolores
    3. 24. ¿Lloramos?
    4. 25. Verdad helada
    5. 26. Fotos en el bolso

6. 27. Fular de seda
7. 28. Una grata velada
7. Agradecimientos
8. Créditos

Maite

FERNANDO ARAMBURU

TUSQUETS
EDITORES

Jueves, 10 de julio

1

Un día perfecto

Nueve años atrás, Maite le dijo por teléfono a su hermana Elene, ya por entonces afincada en los Estados Unidos, que el principal motivo de su reciente matrimonio era que se había enamorado de las manos de Andoni.

A su hermana le faltó tiempo para llamarla idiota. Después formuló una batería de preguntas sobre su cuñado, al que no conocía, con tanta rapidez que a Maite casi no le daba tiempo de contestarlas. Si era guapo, si era vasco, si era de buena familia, si tenía trabajo y dinero. Obtenida la información deseada, Elene sentenció desde su casa de Federal Hill, en Providence, a las cinco de la mañana, hora local, que el matrimonio sólo trae la infelicidad, cosa que a ella nadie le podía discutir por estar casada y saber muy bien de lo que hablaba, lo cual no significaba que su marido fuese mala persona, etc.

Tras la conversación, Maite admitió, en el curso de una de las tantas entrevistas que suele hacerse a sí misma, que la vida matrimonial, vista desde el prisma del mal humor, debía de parecerse bastante a como la describía su hermana; pero eso no quitaba para reconocer que Andoni tenía unas manos preciosas, capaces de dar mucho placer, y eso sin contar el mérito de que él había reparado con ellas centenares de ojos defectuosos durante los años que llevaba ejerciendo la oftalmología.

De amanecida, a Maite le vino de pronto a la memoria aquella lejana conversación telefónica con Elene, cuando anunció a esta, de una orilla a otra del océano, que se había casado con un oculista.

Quizá recordó aquel diálogo equivalente a un interrogatorio porque su hermana, después de largo tiempo, se hallaba de visita en la ciudad por vez primera desde la muerte del *aita;* pero en parte también porque, sentada a la mesa de la cocina, frente a Andoni, se complacía mirándolo mover las manos mientras él tomaba el desayuno que ella misma le había preparado.

—¿Se puede saber qué miras?

—Nada. ¿Cómo están las tostadas?

—Como siempre. Bien.

—¿Y el café?

—Todo está bien, *maitia*. La mañana está bien, la casa está bien, tú estás bien, yo estoy bien. Todo apunta a que nos espera un día perfecto.

—¿Tienes ganas de emprender el viaje?

—Ganas, lo que se dice ganas, muy pocas, pero la profesión me obliga.

Maite miraba con fijeza las manos pulcras de Andoni. Manos con las uñas siempre arregladas, con un poco de fino vello diseminado aquí y allá, con los dedos largos y ágiles como de pianista, a pesar de que él era un negado para la música. Manos que, sin dejar de ser varoniles, levantaban la taza o agarraban el cuchillo con la delicadeza del señor a quien de niño le fueron inculcadas las buenas maneras. Manos tranquilas y expresivas, de piel tersa, de dorsos en cuya perfecta curvatura aún no había asomado la primera señal desagradable de la vejez. Maite no habría sabido nombrar una parte exterior de su cuerpo que las manos de su marido no hubiesen acariciado en alguna ocasión. Quien dice acariciado dice tocado o, finuras aparte, sobado. Manos expertas en la técnica del masaje. Manos que podían hacerla retorcerse de gozo. Manos habituadas a la generosidad, en las que se mantenía una grata y constante

temperatura, incluso en los días más fríos del invierno. Manos en las que muchas veces ella había puesto a calentar las suyas. Manos dignas de confianza. Hermosas manos que a menudo, cuando se encerraba a soñar despierta y arreglar el mundo en cualesquiera de sus improvisados castillos, la acogían con suave cariño dentro del puño, convertida en una figurita diminuta, en una niña minúscula que había venido corriendo a la palma protectora a resguardarse de miedos y peligros o a sentir su desnudez envuelta en tacto gustoso.

—¿Te importa prepararme otra taza de café?

A ruego de ella, Andoni había aceptado colocarse un trapo de cocina por encima de la camisa. Anudado en el cogote, le caía hasta los muslos.

—Parezco un niño con babero. Ahora me sacas una foto, haces que la publiquen en una revista y arruinas mi carrera.

—¿No querrás salir a la calle con un lamparón de mermelada? Eso sí que dejaría tu prestigio por los suelos.

—De todos modos, esta camisa sólo la voy a llevar en el viaje. Para las reuniones reservo la azul, como acordamos ayer. Y aún llevo otra de repuesto en la maleta. Tres camisas, para cuatro días, yo creo que son suficientes. Si se arrugan, pediré en el hotel que me las planchen. Y en el peor de los casos, le pediría a Alberto que me prestase una de las suyas o me pegaría una escapada a El Corte Inglés y allí me compraría las prendas que hiciesen falta.

—¿Comprar? Pero si no sabes ni qué talla tienes.

—Mujer, no faltará un dependiente que me asesore.

La dirección de la clínica había encomendado a Andoni y a su compañero Alberto Gómez la participación en un seminario sobre últimos avances en materia de cirugía LASIK. Organizado en Madrid por la Sociedad Española de Oftalmología, el seminario, cuya inauguración estaba prevista para la tarde de ese mismo día 10, se

prolongaría el 11 y 12 de julio, de tal manera que hasta el domingo Andoni no tomaría el avión de regreso.

—Y si nada se tuerce, a las siete o las ocho de la tarde me tienes aquí y podremos ir a cenar a un restaurante.

—¿Quieres que vaya a recogerte?

—No es necesario, *maitia*. Mi idea es dejar el coche en el aparcamiento del aeropuerto. Le he prometido a Alberto llevarlo ahora conmigo y, a la vuelta, acercarlo a su casa.

—Sois muy amigos, por lo que veo.

—Es buen tipo. Nos hacemos favores.

—Bien, entonces, el domingo, yo me encargaré de la cena. No te va a quedar más remedio que chuparte los dedos.

Marido y mujer se besaron o, para ser más exactos, ella lo besó a él, que, inmóvil en la silla, consintió en dejarse voltear hacia arriba la cara, como un muñeco articulado. Maite sólo tuvo que bajar la suya para consumar la fusión de los labios. Le producía un gusto nunca a nadie confesado arrimar la nariz al bigote de Andoni, cuyos pelillos cosquilleantes no era raro que desprendiesen olor a humo de tabaco. Entonces ella, que no había sido nunca fumadora, prolongaba los besos tanto como fuese posible a fin de recrearse en la agradable sensación olfativa, aún más intensa si se completaba con un matiz agregado por el aroma del café recién bebido.

—Lástima que no puedas cambiarte de cabeza como te cambias de camisa y prestarme esta, de aquí al domingo, para mi uso personal.

—Prefiero no imaginar lo que me obligarías a hacer estando yo ausente.

—Nada que te causara daño.

—Mujer lasciva.

—A lo mejor, mujer enamorada.

Se fijó en que a Andoni le sobresalía un mechoncito rebelde por encima de la oreja, afeándole el peinado; fue sin demora en busca de unas tijeras y se lo cortó.

—Un día perfecto —dijo— requiere un aspecto perfecto.

Terminado el desayuno, Andoni trató de impedir que su mujer retirase la vajilla. Maite insistía, temerosa de que él se manchase el atuendo, y al final los dos despacharon mano a mano la tarea.

—Dime, *maitia,* ¿ya tienes pensado cómo vas a pasar tu día perfecto?

—No hay día perfecto que valga con mi hermana en las inmediaciones.

—¿A qué hora te has citado con ella?

—La cuestión es que ella no ha visto aún la tumba del *aita* y soy la única que la puede ayudar a encontrarla. Conque a las once subiremos juntas al cementerio. Ten por seguro que me reprochará no haber tenido hijos y que me hará preguntas sobre la cicatriz. En fin, seguirá tratándome como a una hermana pequeña y me amargará durante unas cuantas horas la existencia.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí?

—Hasta el domingo por la mañana. Anoche, a su llegada, me llamó por teléfono desde la habitación del hotel. Dijo que había venido en un vuelo Londres-Bilbao a vernos a la *ama* y a mí y a pasar unos días de descanso, que había viajado a Inglaterra por encargo de su empresa y que el domingo vuelve asimismo a Londres, donde tomará un avión de regreso a Providence.

—Entonces no me la vas a poder presentar.

—Pues ya ves. Yo no conozco a mi cuñado, ella no conoce al suyo. A gusto me marcharía ahora de viaje contigo. En Madrid me dedicaría a hacer compras y visitaría algún museo mientras tú estás en tus reuniones.

—Pues venga, mujer. Libérate de compromisos y acompáñame.

—¡Qué va! Si ya sabes que yo no puedo dejar sola a la *ama* y además nos espera a comer. ¡Pues no está poco ilusionada la pobre! Ella invita, yo cocino. Ese es el plan.

—Estando aquí Elene, que la cuide ella unos días.

—La *ama* lleva años soñando con ver a la familia reunida en su casa; bueno, a lo que queda de familia, de la que por supuesto estáis excluidos el yanqui y tú. Los nietos son inalcanzables para ella y lo sabe. Jamás vendrán a San Sebastián. Viven lejos, el viaje es caro. Por navidades la *ama* recibe la foto anual de las criaturas con sus gorros de Papá Noel y va que chuta. Así que deberá conformarse con tenernos hoy y mañana a las hijas juntas. Se sentirá en el cielo cuando oiga que hacemos tintinear con los cubiertos la vajilla de las grandes celebraciones, guardada como oro en paño en la alacena. Las tres jugaremos a formar un grupo armónico. Yo estoy dispuesta a darle esa alegría a la *ama*. Lo que haga Elene es asunto suyo. A la *ama* no se le oculta que, con sus problemas de salud, esta podría ser la última ocasión de tenernos a Elene y a mí a su lado.

—Pensaba que querías avanzar en tu traducción.

—En cuanto te vayas, me sentaré al escritorio. Espero levantarme por lo menos dos páginas del mamotreto antes de salir para el cementerio.

Aún no habían dado las ocho cuando Andoni salió de casa con su maleta de viaje. En la calle, camino del garaje subterráneo donde disponía de una plaza de aparcamiento en propiedad, contigua a otra de Maite, se volvió para decir adiós con la mano a su mujer, que le correspondió de igual manera desde arriba. Vivían en una zona céntrica de San Sebastián, en un segundo piso con mirador y balcón de la calle San Marcial. Maite no se retiró de este último hasta que su marido, después de tirarle un beso con la mano, se perdió de

vista al doblar la esquina. Acodada en la barandilla, sintió de pronto que su olfato captaba una vaharada sutil del perfume de Andoni. Quizá, pensó, se trataba tan sólo de figuraciones suyas, puesto que no consideraba posible que tan deprisa y desde tan lejos le pudiera llegar un rastro de aquella conocida fragancia, de donde dedujo que tal vez algo del olor de Andoni se le habría adherido a la cara, las manos o la ropa tras el abrazo de despedida en el vestíbulo.

Dispuesta a comenzar cuanto antes el trabajo, Maite renunció al desayuno y pasó del balcón al cuarto que le servía de despacho, donde albergaba su copiosa biblioteca. Papeles, diccionarios, utensilios de escritura de distintas clases y colores se repartían sobre el escritorio en aparente desorden que para ella no era tal. En otra mesa de menores dimensiones, adosada a la pared, estaba el ordenador, que ella usaba desde hacía poco para escribir en limpio las hileras de garabatos con que emborronaba folio tras folio. El trabajo avanzaba no sin cierta dificultad debido a sus nulos conocimientos en materia psiquiátrica, que es de lo que trataba el grueso volumen que la mantenía ocupada por aquellos días. El contenido le importaba poco. A decir verdad, le importaba un comino. A ella le daba igual traducir libros de náutica, de medicina, novelas o lo que se terciase. Se esforzaba, eso sí, para que los posibles lectores entendieran la versión española que en cada caso ella debía componer palabra a palabra. Desde luego que había traducido con anterioridad libros bastante más abstrusos que aquel ensayo en lengua inglesa de un canadiense que ya podía, el muy pedante, haber escrito frases más cortas. Maite se consolaba pensando que no le pagaban mal y que, si nada se torcía, tendría la traducción lista antes de la fecha acordada con la editorial. Tan sólo cuando llevaba tres cuartos de hora de tarea se tomó un breve descanso con el fin de prepararse en la cocina un tazón de café.

Después lo fue bebiendo a pequeños sorbos, acompañado de unas galletas integrales, mientras seguía peleando con el estilo un tanto farragoso del psiquiatra canadiense y su terminología especializada. Le dieron las nueve y media de la mañana engolfada de lleno en la faena, y apenas le faltaba párrafo y medio para completar las dos páginas que se había propuesto traducir antes de reunirse con Elene cuando sonó el teléfono en la sala.

—Escucha bien, bonita y sufrida mujer, porque no te lo voy a decir dos veces.

La voz firme, de mujer joven, sonaba con una tensión de enfado.

—¿Quién habla?

—No importa quién habla. ¿Crees en serio que tu marido va hoy a una reunión de oftalmólogos en Madrid? No me hagas reír. Al curaojos lo espera un excitante fin de semana con su última conquista en un piso que le han prestado en Hondarribia. La dirección es Ramón Iribarren, siete. Si te acercas al lugar, verás el BMW negro que bien conoces aparcado delante del edificio. Puede que hasta se oigan desde la calle los gemidos de placer de la chavala. No hace falta que te des prisa. El coche lo mismo puedes verlo mañana, el sábado o al otro. ¿Por qué te cuento todo esto? Cosas mías. Recuerda: Ramón Iribarren número siete.

Y colgó.

2

La posibilidad de un castillo

Pues sí, le gustaba acicalarse. Y Andoni, que profesaba no menor afición al perfume, a la manicura, al peluquero cada dos por tres y a la higiene bucal, elogiaba el orgullo con el que Maite perseveraba en el cuidado de su imagen. No sólo no puso objeciones a que ella colocara en un rincón de la alcoba matrimonial un tocador con su espejo ovalado, sus tiradores azules de gaveta que simulaban zafiros pulidos y una abundante colección de accesorios y de cosméticos, sino que acompañó a Maite a la tienda de muebles y él mismo costeó la pieza a modo de regalo de cumpleaños.

Mientras se cepillaba la melena, la mirada fija en el espejo, ella aprovechó para hacerse una breve entrevista.

—¿Hay alguna razón por la que usted haya decidido usar esta mañana un maquillaje más discreto de lo que acostumbra? Casi no se nota.

—Agradezco su pregunta. Le diré la verdad. Vi a mi hermana por última vez hace trece años. Al principio nos mandábamos cartas postales de vez en cuando en las que nos contábamos con impostada fraternidad detalles de nuestras vidas respectivas, pero sin entrar en grandes confidencias. De un tiempo a esta parte nos hemos pasado al invento este tan moderno del correo electrónico. Aun así, créame, los mensajes son esporádicos y cortos, sin expansiones, digamos, afectivas. Por consiguiente, ignoro cuál es la disposición de ánimo de Elene en estos momentos respecto a mí. Ayer, por teléfono, su voz sonaba amable, pero no me fío. Tenga en cuenta que Elene me lleva dos años. Debido a la diferencia de edad,

desde niña ha vivido convencida de que sabe más que yo de todo y de que en todo me gana en experiencia. Cualquier acción o rasgo míos que cuestionen la superioridad que siente sobre mí le causan irritación. Sucede que soy bastante más guapa que ella. O, por mejor decir, yo soy guapa y ella no. Soy alta y delgada, sé expresarme y caigo bien a hombres y mujeres. En fin, gusto. Cualquier trapito me sienta de maravilla. Desde la pubertad, Elene ha tenido tendencia a engordar. Da igual lo que se vista. Más que ropa parece que va envuelta en fundas de tela barata. ¿Tengo yo la culpa de que la Naturaleza se haya mostrado más generosa conmigo? Este ha sido el gran problema o uno de los grandes problemas que abrió a edad temprana una grieta entre las dos. Ella nunca me lo dijo a las claras y quizá por eso tardé en darme cuenta. Llegó un momento, a finales de la adolescencia, en que ya no tuve duda. Para compensar, dio en considerarse más inteligente. Admite que soy una mujer agraciada; pero a cambio ella se proclama más lista y, por supuesto, más madura, experta en tomar decisiones juiciosas. En su opinión, los hombres sólo pueden ver en mí un juguete sexual. A ella se acercarán muchos menos, pero los que se acerquen serán los más formales, los que buscan una relación más humana, más sólida y duradera. Con quince o dieciséis años me resigné al hecho demostrable de que mi hermana tan sólo empezaría a quererme si yo daba muestras de infelicidad o me ocurrían desgracias. ¿Me veía por la calle con un chico? Después, en casa, lo criticaba con saña. ¿Me rociaba yo unas gotas de perfume en el cuello? Decía que apesto, que a mi lado no se podía respirar. Y cada vez que me pintaba los labios, me ponía sombra de ojos o me vestía una falda corta que dejaba a la vista unas piernas más atractivas que las suyas, afeaba mi mal gusto, siempre con el ceño fruncido y mueca de desprecio, soltándome lindezas como que yo copiaba la

estética de los burdeles. En resumen, he decidido presentarme en el hotel sin maquillarme. No quiero problemas, ¿sabe usted? Elene y yo vamos a estar pocos días juntas. A lo mejor pasan otros diez o doce años hasta el siguiente encuentro. ¿Para qué complicarse la vida? Lo único que haré es ponerme un poco de crema correctora en la frente para que no se me vea tanto la cicatriz.

Segura de que su hermana no dejaría escapar la oportunidad de inspeccionar hasta el último detalle de su atuendo, Maite eligió a conciencia unas prendas que no diesen impresión de lujo ni fueran llamativas ni pensadas para acentuar la elegancia o aparentar alto nivel económico. Con el mismo criterio eligió unos zapatos de suela plana, cómodos y bastante usados, considerando además que no era buena idea andar por el cementerio con tacones. Completó el aderezo con un collar de piedras semipreciosas de confección artesanal y unos zarcillos a juego, también de bisutería, a los que añadió unas gafas de sol de calidad, pero ya bastante usadas. Se examinó en el espejo del vestíbulo y, tras darse el visto bueno no sin dudas, se puso en camino hacia el hotel Londres, donde estaba alojada su hermana y en cuya cafetería se había citado con ella.

El hotel, distante unos cinco minutos a pie, estaba situado al fondo de su calle, en dirección a la playa. Maite iba con tiempo y, a cada paso, se detenía delante de este o el otro escaparate a mirar los artículos en venta y a mirar su reflejo en las distintas lunas. La mañana era agradable, con buena temperatura y una leve brisa que esparcía por las calles el fresco olor del mar cercano. Sobre la ciudad, unas cuantas nubes blancas se desplazaban perezosas, sin la menor voluntad de descargar lluvia, y eso que según el pronóstico del tiempo no se podía descartar que cayera alguna que otra gota en el curso de la jornada.

Yendo por la acera, Maite se fijó en un banco público desocupado y concibió de pronto la posibilidad de un castillo. Tomó asiento y, a fin de crear la indispensable oscuridad, cerró los ojos. Enseguida, siguiendo las indicaciones que me han proporcionado algunos transeúntes, encuentro el sitio que estaba buscando, bastante lejos de la boca del metro, lo que me ha obligado a caminar un rato largo por una zona de Madrid que yo creía conocer mejor. No bien pongo un pie dentro del edificio, el conserje se adelanta a mi saludo. Es un hombre metido en años al que debe de faltar poco para la jubilación, cetrino de cara, bajo de estatura, con ojos en los que se trasluce una desconfianza penetrante. Una manga del uniforme le cuelga sin brazo. Me interpela con el objeto de saber si vengo a participar en alguno de los cursos. Tal vez porque vacilo en la respuesta, me pregunta si soy extranjera. Vengo del norte, es todo lo que se me ocurre decir. Me pide que lo siga hasta un viejo chifonier adosado al tabique. A medio camino cambia de propósito, se da la vuelta enfurruñado y me indica por señas que lo acompañe a la garita. Allí abre una carpeta de anillas que reposa sobre la mesa. Nombre y apellidos. Ni siquiera se toma la molestia de formular una pregunta completa. Aunque sé que no va a servir de nada, le digo cómo me llamo. Él busca mi apellido en una lista de personas inscritas, pasando las páginas con las yemas de los dedos de su única mano humedecidas con saliva. Le comunico que se está esforzando en vano, puesto que yo no me he apuntado a curso ninguno. Creyendo entonces que formo parte del equipo de especialistas me informa, en un tono un tanto admonitorio, de que debía haber accedido al edificio por el otro portal. El ponente, miento, es mi marido, un oftalmólogo de treinta y seis años que presta servicio en una clínica de San Sebastián. Me callo que Andoni asiste al seminario tan sólo como oyente en representación de su empresa. ¿No vendrá usted a

despachar aquí problemas personales? No, en absoluto. Ah, bueno, porque este es un lugar serio y no queremos escándalos. Me pregunta por el nombre y apellidos de Andoni y yo se los digo. Los busca en otra carpeta y, en efecto, allí están. Me informa de que la persona en cuestión se halla ocupada en estos instantes, impartiendo una conferencia en un aula de la cuarta planta. No se le puede interrumpir. Me sorprende averiguar que Andoni participa como ponente en el seminario. Quizá, en casa, no se expresó con precisión o yo no estuve atenta cuando me puso al corriente de sus planes. Lo que está claro es que no podré confirmar su presencia hasta el receso de mediodía. Sepa usted, le digo al conserje, que es de la máxima importancia que yo vea a mi marido cuanto antes. Me replica que si se trata de entregarle una fiambrera con comida me podía haber ahorrado la molestia, ya que los ponentes y profesores invitados disponen de vales a cargo de la organización de los cursos tanto para almuerzos como para cenas, canjeables en una veintena de restaurantes madrileños. Entiéndame; no se trata de la manutención de mi marido, sino de un asunto familiar que debo resolver sin demora, motivo por el cual he efectuado un viaje en avión esta mañana. Y ese asunto por lo visto grave, ¿no se podría solventar mediante una conversación telefónica? Perdone, pero eso a usted no le incumbe. En mi conserjería yo decido lo que me incumbe y lo que no. Me explica, sin que yo le haya pedido consejo, cómo habría actuado él en mi lugar. Muy bien, le digo, pero da la casualidad de que usted, a menos que se demuestre lo contrario, no es la esposa de mi marido, y a continuación, con mis provisiones de paciencia bastante menguadas, le echo en cara que me esté haciendo perder el tiempo. Dice que él se limita a cumplir con su trabajo, que si permitiese la entrada de cualquiera en el edificio la existencia de la institución oftalmológica para la que trabaja correría

peligro. Lo que corre peligro, si no me deja usted pasar, es mi matrimonio. La expresión de su cara cambia de repente. Ah, eso ya es otra cosa. Sus rasgos ceñudos, suspicaces, se transforman por obra de una repentina y lúgubre melancolía. Al oído me susurra que su mujer lo abandonó hará cosa de veinticinco años. Por supuesto que sabe dónde vive y con quién; pero no se anima a ir a pedirle explicaciones. ¿Para qué? Si no vuelve conmigo será porque tiene motivos para persistir en el rechazo. Yo, en cambio, le digo, no estoy dispuesta a rendirme. Lucharé por mi matrimonio. El problema, en su opinión, es que el amor no existe. Créame, señora; el amor, eso que la gente llama amor, es una patraña de la que más vale desengañarse pronto, porque, si no, uno acaba sufriendo lo que no está escrito. Pienso lo contrario, le respondo. Yo amo y, si yo amo, está claro que el amor existe. El conserje sacude en señal negativa la cabeza. Tarde o temprano, dice, comprenderá usted su error y entonces no le quedará más remedio que apechar con las consecuencias. Guardo silencio por no soltarle una réplica grosera. Cada vez me cuesta más esfuerzo disimular el disgusto que me causan sus razonamientos. Respiro hondo y le digo: No he viajado a Madrid a debatir con usted ni con nadie sobre cuestiones privadas. Y le pregunto si desea ayudarme. Me dice que se desentiende, que ya me ha advertido y se limitará, eso sí, bajo mi exclusiva responsabilidad, a acompañarme al aula donde Andoni está impartiendo en estos momentos una lección magistral. En caso de disputa conyugal a gritos no dudará en llamar a la policía. Subimos en ascensor, silenciosos, a la cuarta planta. Algunas personas, al pasar, saludan al conserje, que responde con ostensible sequedad o no responde. Camina delante de mí pisando con fuerza el suelo de sintasol. La manga vacía de su uniforme oscila al costado de su cuerpo. Atravesamos un largo pasillo flanqueado de puertas

numeradas. Al llegar junto a la 416 nos detenemos. El conserje abre la puerta sin llamar, pero con mucho cuidado. Tras la estrecha abertura aparece Andoni de pie sobre una tarima, dirigiéndose con ademanes profesorales a un auditorio que queda fuera de mi vista. Lleva arremangada la camisa azul que ayer le sugerí. La verdad, está guapísimo. Le susurro al conserje que mi problema se ha solucionado y puede cerrar la puerta. Debo volver a casa cuanto antes. Él se ofrece a entregarle a Andoni una nota de mi parte cuando haya terminado la conferencia. No se preocupe, no es necesario. Le doy las gracias por su colaboración y me despido. Debo desplazarme sin pérdida de tiempo al aeropuerto. En la cocina de mi casa, ¿sabe usted?, he dejado una olla con legumbres puestas a cocer, claro está que a fuego lento; no vaya usted a pensar que soy una persona imprudente. Sus últimas palabras me llegan por la espalda cuando ya me encamino hacia la salida: Me alegraría saber que ha alcanzado usted la felicidad.

Maite sólo tuvo que abrir los ojos tras las gafas de sol para deshacer el castillo. De regreso a la realidad de la calle, temía haberse entretenido demasiado conversando con el conserje madrileño. Una rápida mirada al reloj de pulsera le proporcionó tranquilidad. Disponía de diez minutos para llegar puntual a la cita con Elene, siempre y cuando se levantara al instante del banco y reanudase la marcha, que es lo que hizo.

Poco más adelante, mientras esperaba en la calle Urbieta a que el semáforo de los peatones cambiase al verde, se produjo a escasos metros de ella una escena que golpeó su atención. A decir verdad, para cuando volvió la cara, la niña, de dos, quizá tres años, ya se había caído y lloraba como una descosida, tumbada en el suelo con su vestido de flores y sus zapatos y calcetines blancos. Se conoce que la madre, allí junto, de palique con una amiga, había perdido de

vista a su hija y no pudo sujetarla o evitar de alguna manera que se pusiera en peligro. A la niña no se le apreciaba rasguño alguno. Más que el dolor, quizá era el susto lo que motivaba sus alaridos.

Maite centró su observación en el rostro de la madre, una mujer de alrededor de treinta años, cuyas facciones se desfiguraron a causa de una mueca de pavor durante los pocos segundos que tardó en socorrer a la niña. Había gritado el nombre de la pequeña con tal fuerza que a su alrededor los transeúntes se volvieron a mirarla. Maite presenció de cerca el amor con que la madre hablaba a la niña, que seguía llorando; la ayudó a levantarse; le limpiaba con suaves palmadas el vestido. De ahí a poco, las palabras maternales de consuelo obraron el efecto deseado. La niña dejó de llorar. La mujer se acuclilló a su lado con el evidente propósito de que su cara y la de la niña quedaran a la misma altura, mientras le hablaba sin hacerle reproches ni reñirla. Maite, enternecida, se acercó a las dos y, sonriendo y endulzando la voz, preguntó a la niña si se había hecho daño. Madre e hija contestaron a un tiempo que no. Y entonces, movida de un impulso incontenible, Maite no pudo menos de posar una mano amigable sobre el hombro de la mujer y acariciar con la otra la cabeza de la niña.

3

The Basque woman

Maite llegó a la cafetería del hotel Londres unos minutos antes de la hora acordada. Allí no estaba Elene. Por si acaso, por si se había producido un mal entendimiento entre las dos hermanas, fue a echar un vistazo a la recepción. Tampoco. Paciencia y a esperar. Transcurridos cinco, ocho, diez minutos, Elene seguía sin aparecer. Y Maite, para justificar la ocupación de una mesa junto al ventanal desde el que se abarcaba una agradable vista del paseo y la bahía, le pidió al camarero un descafeinado de máquina sin intención de beberlo.

—¿Qué opina usted —se preguntó— de la falta de puntualidad?

—Con mucho gusto le responderé desde mi condición de víctima. Conozco vicios menos antipáticos que la impuntualidad. Tan sólo la disculpo cuando es involuntaria. Esto vale también para mi hermana. ¿Quién me dice a mí que no se ha puesto enferma o ha sufrido un percance en su habitación y está, pongo por caso, caída en la ducha con una pierna rota? Por eso, antes de emitir un veredicto o de enfadarnos, debemos saber si la persona con quien estamos citados tiene algún impedimento para llegar a la hora convenida. Lo que bajo ningún concepto perdono es la impuntualidad deliberada o habitual, que a mi modo de ver supone algo más grave que una mera falta de respeto. Creo que la impuntualidad equivale a una humillación.

—¿En qué sentido?

—Déjeme explicarle. La parte impuntual ejerce durante el tiempo de su incomparecencia una suerte de poder sobre la persona que

espera. Los actos de esta última mientras está esperando (qué sé yo: consultar de forma reiterada el reloj, andar en círculo, hacerse en voz baja entrevistas como esta...) dependen del arbitrio de quien incumple su palabra de presentarse a una hora determinada. Son, pues, actos condicionados por el hecho de tener que esperar. En cambio, el esperado, mientras perpetra la impuntualidad, bien puede dedicarse a actividades de su gusto que no guardan relación con quien lo espera, ¿me entiende? De niñas, los *aitas* nos enseñaron a Elene y a mí a ser puntuales; pero sobre esto, si usted lo desea, hablaré en otra ocasión, pues estoy viendo que mi hermana acaba de entrar en la cafetería por la puerta del fondo y me está buscando.

Las hermanas se fundieron en un abrazo efusivo, combinado con roces afectuosos de mejillas, intercambio de halagos y, en el caso de Elene, con una lágrima ostensiva de entusiástica emoción.

—Si supieras cuánto os echo de menos. A la *ama,* a ti, a esta tierra nuestra —señaló hacia el ventanal con un golpe de barbilla— que se me aparece en mis sueños una noche sí y otra también.

—Tienes buen aspecto.

—Bah, estoy gorda como de costumbre.

—Gorda, no. Hermosa y, hasta donde me es posible juzgar, sana.

—Hace dos años llegué a pesar ciento diecisiete kilos, mi récord particular. Con mucho esfuerzo y sacrificio he logrado bajar a los noventa y dos, contra el criterio de Johnny, que me prefiere *curvy and plump*. Claro que con sus casi dos metros de estatura y sus ciento treinta kilos parezco una enana a su lado. No se lo digas a nadie, pero a veces nos revolcamos en cueros sobre la alfombra para darnos el gusto de oír el chaschás de nuestras carnes.

Y, con ojos aún empañados, soltó una carcajada que resonó por todos los recovecos de la cafetería y atrajo sobre ella alguna que otra mirada. Agregó, susurrante:

—Me he vuelto un poco basta desde que vivo en América; pero, hija, si quieres disfrutar de la vida tienes que hacer de vez en cuando alguna guarrería, ¿no crees?

Y volvió a reírse a pleno pulmón, y Maite, sonriendo por no hacerle un feo a Elene, trataba de ajustar el recuerdo de su hermana, después de trece años sin verla, con la imagen de aquella mujer carnosa, jovial, extravertida y con el pelo teñido de negro carbón que irradiaba vitalidad por todos los costados.

—¿Qué estás tomando?

—Un descafeinado.

—Voy a tomarme yo también algo. Estoy muerta de sed. Creo que aún no te he contado que padezco diabetes del tipo 2. Para que luego digas que estoy sana. No voy a ningún lado sin mis pastillas. Andamos bien de tiempo, ¿verdad? No creo que el *aita* espere impaciente nuestra visita. Además, hemos llegado las dos antes de la hora. ¡Cómo se nota la buena educación que recibimos!

—Yo pensaba que habíamos quedado a las once.

—Once y media dijimos, rica. Fíjate que he estado viendo unos programas horribles en la televisión que soportáis aquí, por hacer tiempo. ¿Tú no serás por casualidad diabética?

—No.

—Reumática.

—Tampoco.

—Entonces, tú ¿qué eres?

—¿Yo? Nada.

—Chica, qué suerte.

Elene pidió al camarero agua mineral fría y con gas, y, sentadas las hermanas una frente a la otra, se arrancó a contar pormenores de su vida en Providence:

—Si dejo a un lado el incordio de la diabetes, no tengo motivos de queja. Desde el punto de vista económico nos va bien, incluso muy bien. Según las épocas, sobre todo en invierno, me pica un poquillo la nostalgia, pero se me pasa enseguida. Tenemos casa propia con una parcela de césped en la parte de atrás y, en medio, un mástil de veinte pies de altura donde a veces izamos la bandera de los Estados Unidos y a veces la ikurriña, porque una es de donde es y no ha olvidado sus raíces. Los Granger, nuestros vecinos de al lado, dos septuagenarios adorables, me preguntaron al principio qué bandera era aquella. Nunca la habían visto y confesaron sentirse extrañados. Habían estado hablando y ella, Dorothy, se había permitido hacer una foto desde detrás del seto que separa los dos jardines. Se la había mandado a su hija en Newport y su hija se inclinaba a pensar que quizá se trataba de un símbolo religioso y que lo mejor era que me preguntasen a mí. Invité a los Granger a casa un sábado. Les ofrecí paella, en realidad una cazuela de arroz con pollo que hice pasar por plato típico vasco, y abrí una botella de sidra asturiana que también les dije que era vasca, ellos qué saben. Mientras comíamos y bebíamos en el porche les expliqué el significado de aquella especie de Union Jack con los colores cambiados que ondeaba en nuestro jardín. Ellos se quedaron complacidos y desde entonces, por su intervención, todos en nuestra calle me conocen como *the Basque woman*. Me encanta el mote.

Llevada por su entusiasmo, Elene le arreó sin querer un manotazo al botellín de agua, por suerte vacío, que cayó al suelo. El efecto amortiguador de la moqueta impidió que el botellín se rompiera y Maite, más ágil que su hermana, se apresuró a colocarlo de nuevo sobre la mesa.

—¿Qué iba a decirte? Pues que continúo trabajando para la agencia de marketing y publicidad. ¿Me podrían pagar mejor? Por

supuesto. Ahora que los jefes no me oyen, te diré que yo doy más a la empresa que la empresa a mí. Pero, en fin, digamos que con mi sueldo y con lo que Johnny recibe como *crane operator* en el puerto nos arreglamos sin problemas. ¿Cómo se dice *crane operator* en castellano? Ay, hermana, se me está olvidando el idioma.

—Pues es que yo tampoco lo sé. El que maneja una grúa, supongo.

—Exacto. A él le gusta su trabajo, a mí me gusta el mío, sobre todo desde que me trasladaron al departamento creativo hace cosa de tres años. Y después me hicieron fija. Me naturalicé estadounidense. ¿Sabías que voté a Clinton en las pasadas elecciones? Poco a poco fui asumiendo funciones más complejas dentro de la agencia y, ahora mismo, aquí donde me ves, desempeño un cargo de bastante responsabilidad. Superviso ideas, dirijo a un equipo de diseñadores y muchas veces me llevo tarea a casa porque, si no, no doy abasto.

—¿De dónde sacas tiempo para ocuparte de tus hijos?

—Si no fuera por mis suegros, yo no podría trabajar. Nos ayudan muchísimo y James Aitor y Cindy Amaia pasan más tiempo con ellos que con nosotros. Lo tienen asumido. No hay otra posibilidad. Todavía son jovencitos, diez y siete años, y sus abuelos los llevan al colegio y después los buscan, les dan de comer y muchas noches, entre semana, duermen en casa de ellos. No creas que en todas las familias es así, pero nosotros tenemos suerte.

—¿Alguien los llama por el nombre vasco?

—Nadie, pero a mí me pareció bonito ponérselo y que de mayores el segundo nombre les recuerde de dónde proceden por parte de madre.

—¿Son bilingües?

—No hablan ni papa de castellano. El mayor sabe contar hasta diez en euskera y la pequeña anda en ello. Con Johnny hablo en inglés. Con mis suegros y vecinos, lo mismo. Hay pocos hispanos en nuestra zona. Conozco a una familia de dominicanos, pero casi no los veo. Al principio intenté hablar en castellano con James Aitor, pero a Johnny no le gustaba. No entendía nada y se sentía desplazado. Así que me pasé al inglés y hasta ahora.

Así diciendo, Elene sacó del bolso un fajo de fotografías sujetas con una goma. Mostraban en distintas poses y escenarios al corpulento marido y a los hijos en su edad y aspecto actuales. En varios retratos de grupo aparecía asimismo Elene luciendo idéntica sonrisa a la del resto de la familia, como si todos ellos se hubieran pegado sobre los labios el mismo adhesivo alegre.

—Parecéis felices.

—Lo somos.

El niño era una especie de versión en tamaño reducido del padre, un gigantón con pinta de poder echarse un caballo a la espalda; la niña tiraba a Elene tanto por la fisonomía como por la gordura incipiente.

—Es fuertote tu marido.

—Él asegura que su fortaleza física se la debe a Dios. Yo he recuperado al lado de Johnny la fe que perdí en la adolescencia. Con los niños, y a veces con mis suegros, solemos asistir a los oficios religiosos de una iglesia, muy bonita por dentro, que se llama Saint Mary on Broadway y nos pilla bastante cerca de casa.

—No te recuerdo muy rezadora.

—Los tiempos cambian.

Elene, según dijo, había traído unas fotografías recientes con la idea de enseñárselas a la *ama.* Ya que la mujer nunca había abrazado a sus nietos ni tan siquiera había tenido la oportunidad de

hablar con ellos, al menos podría formarse una impresión visual de cómo eran ahora.

—Está la opción del teléfono. No es barata, pero tampoco nos vamos a arruinar por una conferencia transoceánica. El problema es: ¿en qué idioma van a conversar? Mis hijos no conocen el castellano, la *amona* no sabe una palabra de inglés. Traté incluso de que James y Cindy aprendieran unas frases de memoria para que luego se las dijeran a su *amona* por teléfono. No funcionó. A los primeros intentos se cerraron en banda. Johnny se puso de su parte. Me hizo ver que no tenía sentido obligar a los niños a decir algo que no entendían a alguien a quien no conocían, así que lo dejé.

Vistas y comentadas las fotografías, Maite se las devolvió a su hermana, quien, antes de meterlas de nuevo en el bolso, trató de juntarlas con la goma. Bastó un leve tirón para que la goma se rompiese.

—Me ilusionaba la idea de pagarle a la *ama* el viaje a los Estados Unidos. Otra posibilidad de que conozca a su yerno y a sus nietos no va a haber. Alguna vez he tocado el tema en casa, pero Johnny corta enseguida.

—La *ama* no está en condiciones de viajar.

—Por eso he venido, antes que sea demasiado tarde. No quiero que me ocurra como con el *aita,* a quien nunca volví a ver después de establecerme en los Estados Unidos.

—Lo que podías haber hecho, ahora que lo pienso, es ahorrar gastos y alojarte en mi casa. Estoy más sola que la una. Andoni se ha marchado esta mañana a Madrid, a participar en un seminario de oftalmología, y volverá el domingo, pero por la tarde, cuando tú ya te hayas ido.

—Una pena. No lo voy a conocer. De todos modos, en el hotel es donde mejor estoy. No te causo molestias, no me tengo que ocupar

de nada, ando a mi aire.

De ahí a poco, las dos hermanas acordaron dirigirse a la parada del autobús que habría de subirlas al cementerio de Polloe. En el momento de pisar la calle, se cogieron del brazo. Elene aprovechó para arrearle unas palmaditas cariñosas a Maite en el dorso de la mano, al tiempo que le instaba a hablarle de ella y a contarle pormenores de su vida.

—Yo ya he rajado lo suficiente. Ahora te toca a ti. Y lo primero que podrías contarme es cómo te hiciste esa cicatriz en la frente que has intentado tapar con algún ungüento.

4

Lazo azul

Lo que Maite no quiso contarle a su hermana, convencida de que entre amigos y parientes la verdad a menudo da lugar a disputas de difícil reparación, en particular si la controversia gira en torno a asuntos ideológicos o políticos, fue que la primera vez que ella mostró en la vía pública su rechazo al terrorismo fue hace cuatro años, con ocasión del secuestro por parte de ETA de un empresario llamado Julio Iglesias Zamora, del que ella nunca antes había oído hablar. En caso de haber escogido la peligrosa opción de la sinceridad, tendría que haberle explicado a Elene, a fin de ponerla en antecedentes, que por entonces cuatro organizaciones pacifistas idearon una campaña de protesta consistente en colocarse en lugar visible del atuendo un lazo azul, y a Maite, yendo un día por la calle, le ofrecieron uno, lo aceptó, se lo puso y estuvo llevándolo un tiempo contra el criterio de Andoni, que no es que estuviera a favor del secuestro ni tendía como su cuñada, la que se casó con un gruista norteamericano, a mitologizar la tierra vasca y todo lo vasco y venga y dale con lo vasco, sino que consideraba que a Maite la exhibición de aquel trocito de tela unido a un imperdible la exponía a una serie de riesgos.

—Como cuáles.

—No te hagas la ingenua, *maitia*. Sabes de sobra que cualquier energúmeno filoetarra que se cruce contigo por la calle puede romperte la crisma. Piénsatelo. Yo sólo te advierto.

—Perdonaré a quien me pegue.

—¿Y de qué te va a servir?

—Tendré paz en mi interior.

—La intención es buena, no te lo voy a negar. Las consecuencias, sin embargo, puede que no sean tan buenas para tu integridad física y por eso debes entender que, si te pones el lazo, no me será posible salir contigo.

Maite atendió la recomendación de Andoni en el sentido de reflexionar si ella persistiría o no en sumarse a la protesta colectiva del lazo, y precisamente porque reflexionó y se hizo unas cuantas entrevistas sobre la cuestión, y porque además creía de buena fe que no debía permanecer de brazos cruzados ante la retahíla incesante de asesinatos, de secuestros y acciones violentas, y porque todas las veces que había lucido por la calle el distintivo azul no sufrió contratiempo ninguno, no la insultaron ni agredieron ni le parecía que nadie la hubiera mirado con malos ojos, decidió seguir colocándose el lazo en la pechera, quizá no todos los días, eso no, pero sí a menudo y a condición de no adentrarse en zonas de la ciudad frecuentadas por los chavales de la izquierda *abertzale.* Así lo hizo sin problemas hasta que, pasadas las semanas, ETA liberó al empresario. Entonces ella, orgullosa de sí, guardó el lazo en un cajón y allí permaneció el chisme, como lo llamaba Andoni, obra de dos años, hasta el secuestro siguiente.

De camino al cementerio, podría haberle contado a Elene que la experiencia del lazo azul la animó a participar los jueves por la tarde en las concentraciones de una organización pacifista llamada Denon Artean-Paz y Reconciliación. Por espacio de varios meses se acostumbró a asistir a ellas con regularidad, sin declarárselo a Andoni, más que nada por ahorrarse después en casa sus vaticinios agoreros, sus reproches y sus quejas, no porque él, hombre de suyo tolerante, se lo fuera a prohibir. Y el caso es que Andoni despotricaba con cada atentado de ETA; pero de puertas para

adentro como quien dice, de modo que ni en la calle ni en la clínica, delante de los compañeros de profesión y los pacientes, exteriorizaba el «asco enorme» que, según decía, le causaban el terrorismo, los terroristas y sus secuaces. Por el contrario, Maite prefería mantener en presencia de su marido una actitud comedida. Dejaba que Andoni se desfogase a sus anchas contra los violentos, no pocas veces usando un vocabulario soez, insólito en un hombre propenso a guardar las formas.

Fuera de casa, la que daba la cara era ella, bien que sin significarse demasiado, acudiendo, nunca en las primeras filas, a las manifestaciones o juntándose con aquellos ciudadanos que difundían en silencio su mensaje pacifista arracimados alrededor de una pancarta. Enfrente, los partidarios de la independencia y de lo que llamaban lucha armada los increpaban a grito limpio, en euskera y en castellano, tildándolos de fascistas, de asesinos, de españolazos y de todo lo que se les ocurriera, y clamando a veces a coro, con rabia: «ETA, mátalos». No era raro que alguno de los vocingleros se acercara al grupo y tomara fotografías de este o el otro, diciéndoles en tono amenazador que ya tenían su cara, el resto no les costaría averiguarlo. A Maite, por las noches, se le reaparecían en sueños las escenas intimidatorias. En sus pesadillas volvía a ver los semblantes desencajados, tensos de odio, y a oír las voces estentóreas de cuantos se situaban al otro lado de la plaza o en un costado con sus pancartas y sus banderas y sus puños en alto. En su candidez, se acogía a la esperanza de que, mientras los contramanifestantes se conformasen con gritar e insultar, ella y los que con ella estaban no corrían grave peligro, aun cuando todos ellos pasasen un rato desagradable; pero comprendió su error el día en que cayó sobre ellos una lluvia de tornillos, monedas y otros objetos por el estilo, además de varios plátanos. Esa misma tarde, vio a escasos metros

de distancia a un matón lanzarle un escupitajo a una señora participante como ella en la protesta, cuando el grupo silencioso empezaba a dispersarse por las calles del barrio de Amara.

Durante varios días la asaltaron dudas punzantes sobre si volver o no a las concentraciones. ¿Voy, no voy? En ese plan. Pero llegó el jueves siguiente y, parada ante el espejo del vestíbulo, su conciencia le sugirió, ¿le ordenó?, a través de la mirada que no se arredrara y se juntase, claro que sí, con la gente buena, partidaria de la paz; gente que con su silencio solidario y digno les disputaba un espacio en la vía pública a los empeñados en imponer su proyecto político por la vía de la fuerza. Aunque intranquila, se presentó a la hora de costumbre en la plaza y, como en ocasiones anteriores, sin llamar la atención de nadie se situó en la parte trasera del grupo, cediendo el protagonismo a otras personas más implicadas que ella en las actividades de Denon Artean. La tarde era de viento y frío, de nubes y suelos mojados por la lluvia reciente. Y a lo lejos, en medio del ancho gris, sobre los bloques de viviendas, asomó un pedazo de cielo azul que Maite gustó de interpretar como signo de esperanza. Así y todo, ella notaba los síntomas de un inminente resfriado. ¿Qué le importaba, sin embargo, un achaque pasajero en comparación con el sufrimiento que unos ciudadanos imbuidos de ideología causaban a otros ciudadanos y a sus familias? Tan pronto como acabase la concentración, ella se metería en un bar a entonarse con una bebida caliente y después saldría pitando para casa, donde la esperaban una aspirina y la cama confortadora. Su pronóstico para los próximos días: fiebre, congestión nasal y el jueves o el viernes estaría de nuevo como un roble.

Engolfada en sus pensamientos, de pronto una fortísima pedrada en la frente la derribó. Cada vez que piensa en ello, algo que le sucede con frecuencia, recuerda la cara empapada de sangre, el

dolor intenso y una profunda conmiseración por quienquiera que, desde el otro lado de la calle, la hubiera agredido de una manera tan salvaje.

Una voz, a su lado, se lamentó:

—¡Ay, *ama,* pobre señora!

En vano trataba Maite de abrir los párpados. La sangre que le resbalaba por el rostro se lo impedía. Sintió manos generosas, resolutivas, que se afanaban por atenderla; otras manos sostenían las suyas, y a sus oídos llegaban palabras de ánimo, de condena de la agresión, y promesas de ayuda inmediata. Alguien, ella no podía saber quién, anudó un pañuelo alrededor de su cabeza. Mientras tanto, el grupo logró detener uno de los coches que circulaban por la zona. Un señor, que no paraba de decir: «No hay derecho, no hay derecho», la subió a toda velocidad hasta la cercana residencia sanitaria. En Urgencias le limpiaron la brecha y se la suturaron. Nada preocupaba más a Maite en aquel instante que devolverle el pañuelo a su dueña. Era un pañuelo de cuello, estampado, elegante, con un ligero olor a perfume y a buen seguro caro. Entre una cosa y otra, lo perdió de vista y ya no lo pudo recuperar. Sucio de sangre, lo más probable es que acabara en el cubo de los desperdicios. A ella la tuvieron una noche en observación. ¿Cómo reaccionaría Andoni cuando la viese? Una enfermera se ofreció a llamarlo por teléfono. Serían como las ocho de la tarde cuando él entró con un ramo de flores y semblante serio en la habitación. Maite le explicó sin rodeos ni medias tintas dónde y cómo la habían atacado. Estaba concienciada para soportar cualquier tipo de reprensión por parte de su marido. Sin embargo, todo lo que recibió de él fueron muestras de afecto. El hombre parecía conmovido, además de asustado. De su boca no salió una sola palabra de reproche y eso a Maite le produjo en lo más hondo de sí una viva decepción. Nada de «Ya te avisé»,

«¿Creías que esto es un juego?», «Pensaba que eras más inteligente». Maite, desconcertada, no pudo pegar ojo en toda la noche. Lo de menos, pensaba, era la lesión y así siguió pensándolo hasta el doloroso momento en que, de vuelta en casa, se vio la herida en el espejo ovalado del tocador, rodeada de un aparatoso hematoma.

La entristecía pensar que a Andoni, en el fondo, no le afectaba gran cosa el ataque por ella sufrido, que incluso había intentado desentenderse del asunto o rebajar su importancia con astucia y zalamerías de marido cariñoso. Pensando en ponerlo a prueba y, en cierta forma, también movida por el despecho, un amanecer, los dos en la cama, consideró la posibilidad de participar con un apósito en la cabeza en la siguiente concentración. Habría consumado la idea no más que por inducirlo a él a cambiar de actitud, deseosa de que se volviese rudo y autoritario; pero todo lo que consiguió fue que Andoni la mirara con una mezcla de compasión y pena y le hiciera con los dedos una caricia en la mejilla que la puso al borde de un llanto rabioso. Llegado el día, no se atrevió a acudir a la protesta, por más que la conciencia le insistiese en ir a dar por lo menos las gracias a quienes la habían socorrido y a recompensar a la persona que había sacrificado por ella su pañuelo valioso. Y, aunque de vez en cuando, con mucha cautela, seguía usando el lazo azul por la calle, no hallaba el modo de evitar vergüenza y amargura cada vez que acontecía un atentado y ella se quedaba en casa, mirándose en el espejo la cicatriz sobre la que había inventado una patraña trivial que contó a su madre, a sus conocidos y vecinos y a todo aquel que le preguntaba por aquella marca difícil de ocultar con maquillaje. Fue, por supuesto, la misma patraña que contó a Elene en el autobús que las subía al cementerio. Su hermana se apresuró a adueñarse de la conversación.

—Siempre lo he dicho. Los peores accidentes suceden en casa. Mi suegra, sin ir más lejos...

Y refirió pletórica de entusiasmo un episodio de caída en la ducha y fractura de fémur por el que Maite fingió interesarse para evitar volver al asunto de su propia cicatriz. Y así conversando, las dos hermanas se apearon del autobús. A los pocos pasos, Elene avistó el letrero de una floristería al otro lado de la calzada. Se le ocurrió entonces depositar unas flores sobre la tumba del *aita*. Tras la compra, ella y Maite, cogidas del brazo, franquearon la entrada del cementerio.

—¿Hay que andar mucho?

—Bastante.

Enfilaron un camino recto, en cuesta, bordeado de altos cipreses. No se veía un alma a excepción de un operario de mantenimiento atareado en la limpieza de la cuneta con una escoba y un carro de basurero.

—*My little sister,* en caso de que me muera antes que tú, ¿removerás Roma con Santiago, si hace falta, para que me entierren aquí? Te prevengo desde ahora que mi parentela de Rhode Island no te lo pondrá fácil y no sólo *because of the money,* aunque también. Cabe la posibilidad de que Johnny baje a la tierra antes que yo, lo que supondría eliminar el principal obstáculo. ¿Prometes que repatriarás mi cadáver? Lo dejaré expresado en mis últimas voluntades. Escribiré en inglés y en una adenda en castellano que delego en ti todo lo concerniente a mi sepelio. Te mandaré tan pronto como sea posible una copia de mi puño y letra. Pero no te alarmes. Los gastos de envío corren de mi parte. Sólo tendrás que ocuparte de una urna, no de un armatoste grande y pesado que costaría un riñón transportar desde tan lejos.

—Se hará lo que se pueda.

—Tampoco se trata de que me entierres en este cementerio. Es más, preferiría que esparcieses mis cenizas por los montes de la hermosa tierra de Euskal Herria que me vio nacer y a la que un día quiero unirme para siempre.

Cantaban los pájaros en la mañana apacible. Se sucedían las tumbas innumerables con sus nombres, sus fechas, sus cruces, sus ornamentos, sus inscripciones piadosas... Y en el suelo asfaltado sonaban con sosegado compás las pisadas de las dos hermanas.

—¿Qué recuerdas de la muerte del *aita?*

—Lo que te conté por teléfono el día en que te di la noticia y que, por otro lado, es lo que la *ama* me contó, puesto que yo no fui testigo del caso. Era un viernes. El *aita* se había levantado de la siesta. Encendió el televisor. Ningún síntoma daba a entender que padeciera en aquellos momentos un problema físico. Cerca de las cuatro de la tarde, la *ama* le sirvió el café de costumbre mientras él veía la etapa del Tour de Francia. Le puso la taza, el vaso o lo que fuera sobre la mesa baja de la sala y se marchó a la cocina. Pasados veinte o treinta minutos, el café seguía intacto donde la *ama* lo había colocado. A ella le extrañó que él hubiera vuelto a dormirse, con una postura de cabeza, además, un tanto rara, con la oreja casi pegada al hombro. Al acercarse al sillón, descubrió sus ojos abiertos y entonces ya no tuvo duda de que acababa de quedarse viuda.

—La cosa debió de ser instantánea.

—El médico nos sugirió que al *aita* debió de rompérsele un aneurisma cerebral. En cualquier caso, todo fue rápido y creemos que no sufrió.

—Supongo que me nombraba poco en sus conversaciones.

—En realidad, nada. Bien sabes por qué.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Cada cual vive su vida, ¿no?

—Qué remedio.

Las dos hermanas siguieron andando sin prisa por la cuesta arriba, entretenidas en animado intercambio de confidencias y recuerdos, con buen avenimiento aun cuando a Maite se le escapó de buenas a primeras una risotada y Elene, de pronto seria, la instó a guardar respeto a los difuntos. Un poco más allá de la primera curva, se desviaron del camino principal para emprender la subida por una empinada escalera de piedra que las llevó hasta una de tantas filas de tumbas repartidas por distintos bancales. En una de dichas tumbas, presidida por una cruz de granito, reposaban los restos mortales de su padre y de los abuelos. En el instante de depositar las flores sobre la losa, Elene detuvo de pronto el movimiento e, irguiendo con brusquedad el cuerpo y volviéndose airada hacia su hermana, le preguntó qué significaba aquello.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo se os ocurre escribir Etxarri con ch, a la española? En el caso del abuelo lo entiendo, pues murió hace la tira de años, cuando no se estilaba escribir los nombres en euskera.

—No hubo mala intención. Te confieso, sí, que en su día, afectada por el duelo, no di importancia a las cuestiones ortográficas.

—¿Quién estuvo en tratos con la funeraria?

—La *ama* no era capaz. Yo me encargué de todo. Comuniqué el nombre y los apellidos del *aita* tal como él los escribía y como figuraban en sus documentos, y así apareció en la esquela del periódico y así fue grabado en esta piedra.

—Mal hecho.

—¿Y qué propones? ¿Que cambiemos la losa? Se podría hacer, pero cuesta un pastón.

Elene murmuró con enojo para sí:

—Me dan ganas de llorar.

Depositó las flores encima del nombre de su padre, por no decir que las arrojó, y seca y brusca le dijo a Maite que era su deseo quedarse sola.

—Me gustaría rezar y contarle algunas cosas privadas al *aita*.

Maite no dudó en acceder a la petición de su hermana. Elene, ojos empañados, propuso que ambas se reunieran al cabo de veinte minutos a la salida del cementerio.

—Este es un momento emotivo para mí. Quiero vivirlo en soledad, tal como lo he soñado muchas veces.

—Lo entiendo.

—Si tardo un poco más de lo convenido, espérame, por favor.

—No te preocupes.

Maite abrazó a su hermana, que al principio no interpretó el gesto en su sentido verdadero y sin querer estuvo a punto de no corresponderlo, motivo por el cual se disculpó. A continuación, Maite descendió por las escaleras que llevaban de vuelta al camino, y en calma, contemplando a través de los cristales de sus gafas de sol la extensa colina cuajada de sepulturas y respirando con delectación el aire tibio de la mañana, enristró cuesta abajo en dirección a la salida. Desde la distancia se volvió a mirar la silueta de Elene allá arriba, rolliza, inmóvil, la cabeza inclinada hacia la tumba de su padre y de los padres de su padre. Sintió una acometida de lástima por ella y, antes de reanudar la marcha, dijo para sí:

—No es mala.

La asaltó una súbita tentación de hacerse una entrevista sobre el asunto; pero enseguida la disuadieron una agradable pereza que arrastraba desde la llegada al cementerio y, acaso con más fuerza, otra frase que se dijo en voz baja, que más bien le surgió sola, sin intermediación de la conciencia, y sonó como si en su mente una

puerta se hubiese cerrado de golpe, impidiendo la entrada y salida de nuevos pensamientos. Se dijo, susurrante:

—No es feliz.

Se percató de que no había más que añadir ni comentar, y se entregó de lleno al disfrute de su estado de no dolor, no tristeza, no prisa. Entretanto, sin otra razón que no ver lo mismo que a la subida y porque además disponía de tiempo, decidió alargar la caminata dando un rodeo por senderos laterales. Fue así como avistó por casualidad a dos personas paradas delante de una tumba que le llamaron la atención. A fin de no ser descubierta, se escondió al costado de un vetusto panteón, desde donde las podía espiar a su salvo. Eran un señor y una señora todavía no ancianos, pero ya a las puertas de la última edad. Se emocionó al observar la manera como se agarraban el uno al otro, él con un brazo a lo largo de la espalda de ella, ella con la cabeza apoyada sobre el hombro de él. De vez en cuando cambiaban de postura, pero sin soltarse. Y, transcurridos obra de diez o doce minutos, abandonaron el lugar. Maite no pudo menos de acercarse a la tumba ante la cual la pareja de desconocidos había estado parada en silencioso recogimiento. Distinguió varios nombres cincelados en la lápida, uno de los cuales correspondía a una chica muerta el último mes de diciembre, a los veintidós años. Sobre la tumba se veían unas flores recientes. Maite, ojos cerrados, se esforzó por reproducir en su pensamiento la imagen de la pareja enlazada ante la losa que cubría los huesos de quien tal vez había sido su hija. No permaneció más de un minuto en el lugar. No quería que nadie la pillara husmeando en sepulcros ajenos y, además, en breve debía reunirse con Elene. Antes de reanudar la marcha, cogió un puñado de piedritas redondeadas y de distintos colores de la grava que cubría el suelo delante de la tumba y se las metió con cuidado en un bolsillo del pantalón.

5

La hija predilecta

A Elene las dos de la tarde le pareció buena hora para la comida.

—Como en los viejos tiempos.

En su casa de Providence, los días en que la familia está reunida (días de fin de semana y festivos salvo excepciones), se almuerza más o menos a las doce; pero ella, según dijo en el autobús, de vuelta del cementerio, no había venido a su tierra natal a persistir en hábitos americanos ni a imponérselos a nadie.

Quería lo primero de todo cambiarse de ropa en el hotel. Después compraría pasteles.

—Como comprenderás, no voy a tener el descaro de presentarme ante la *ama* con las manos vacías. ¿Le gustan los pasteles?

—Le encantan.

—¿Todavía existe la pastelería Otaegui?

—Ahí sigue, donde toda la vida.

Y se despidieron abrazándose en plena calle con tal efusión que nadie que las estuviera observando pensaría que esas dos mujeres iban a estar de nuevo juntas al cabo de una hora.

Maite se había comprometido a ocuparse de la comida, cosa que apenas le supuso trabajo, pues tanto los macarrones con chorizo como la merluza rebozada los compró ya hechos en un puesto del mercado de San Martín y luego no tuvo más que calentarlo todo en el microondas. Antes de la llegada de Elene, se aseguró de que el piso estuviera en orden y la *ama,* arreglada y limpia. Por ese lado no tuvo que mover un dedo. Tanto el piso como la madre presentaban un aspecto aceptable. Una vez más, Diana había despachado su

cometido de cuidadora con diligencia, gracias a lo cual Maite pudo concentrar sus mayores esfuerzos en «preparar el ambiente» para que el encuentro de su madre y su hermana transcurriera de la forma más pacífica posible.

—Entiéndelo, *ama.* Elene descubrió el amor de su vida y fundó con él una familia. ¿Dónde está el problema? Ahora tienen dos hijos. Les va bien. ¿O preferirías que tu hija mayor viviera en la miseria y fuese una desgraciada?

—Me da igual.

—Como madre que eres, no te puede dar igual.

—Pues me da igual, qué quieres que te diga.

—Elene se marchará el domingo. Quién sabe cuándo la volveremos a ver. Las tres deberíamos aprovechar el poco tiempo que tenemos de estar juntas para comportarnos como personas sensatas. Piensa, además, que este viaje le habrá costado a Elene un montón de dinero. Se aloja en el Londres, que no es desde luego el hotel más barato de la ciudad.

—Yo recuerdo que le pagamos una estancia en América, tampoco barata, para mejorar su inglés hace no sé cuántos años.

—Trece.

—Trece o trescientos, me importa un rábano. Y desde entonces no se ha dignado visitarnos una sola vez y mientras tanto el *aita* murió, y eso es todo lo que puedo decirte. Ahora ¿a qué viene? ¿A pedir perdón? ¿A dar por fin las gracias? ¿Ha traído a los niños esos que sólo conozco por fotografías? ¿Y por qué va a un hotel? ¿O es que esta casa está por debajo de su categoría? Ahí tiene el cuarto con su ropa y sus trastos como los dejó cuando se fue.

—Yo creo que actúa de buena fe. No le parece correcto presentarse aquí de golpe a dar trabajo y causar molestias.

El diálogo prosiguió en términos similares durante un buen puñado de minutos. La madre porfiaba en su tiesura despechada y en el rencor que la recomía. Maite se desvivía por persuadirla a mostrarse cariñosa con Elene, o por lo menos cordial, aunque su cordialidad fuera fingida, argumentando que el pasado ya no tenía solución ni vuelta atrás.

—Espero que sepas perdonar.

—Perdonar, ¿yo? Antes me tiro por la ventana.

En esto, sonó el timbre, el timbre de siempre, aquella especie de graznido que parecía brotar del pico cascado de un cuervo viejo. Maite, nerviosa, corrió a abrir. Las dos y cuarto. Ay, la puntualidad, la puntualidad. Su madre, hierática, los hombros envueltos en una toquilla con borlas, un punto de fiereza en la mirada, los labios apretados, el mentón altivo, esperaba, toda despecho, sentada en su sillón. De ahí a poco entró en la casa la hija pródiga después de trece años de ausencia, en las manos un paquete de pasteles de Casa Otaegui que Maite se apresuró a poner a buen recaudo sobre la cómoda del pasillo. Anticipándose a su hermana, urgida por el instinto de mitigar la disputa que consideraba inminente, se llegó al umbral de la sala.

—*Ama,* mira quién ha venido.

En el instante de pronunciar aquellas palabras, Maite hizo a escondidas de Elene una mueca de exagerada sonrisa con el empeño de inducir a su madre a imitarla, sin conseguirlo. A continuación se echó a un lado al modo de los árbitros de boxeo que se apartan a fin de que los púgiles queden enfrentados y sin obstáculos intermedios antes de lanzarse el uno contra el otro. Pero hete ahí que, en contra de sus funestos vaticinios, no bien apareció Elene en el vano de la puerta su madre profirió un grito sincera e innegablemente jubiloso:

—¡Hija mía!

—*¡Ama!*

—¡Hija mía!

—*¡Ama!*

Y sin saber ninguna de las dos qué otra cosa decir ni cómo saludarse después de tantos años de separación, llorando ambas a lágrima viva, se estrecharon en un intenso y gimiente abrazo.

—Hija, cuánto te hemos echado de menos.

—Pues mira que yo.

—Seguro que tienes mucho que contarme.

—Uf, voy a necesitar dos días.

Maite las dejó hablando, ya con los ánimos en calma, y se retiró a preparar la comida. Y oyendo desde la cocina el rumor, entreverado de risas, de aquellas voces familiares, se preguntó:

—¿Cómo se explica usted la reacción de su madre? No me dirá que se la esperaba. No hace ni cinco minutos que la mujer estaba corroída por el odio. ¿Usted entiende un cambio tan brusco?

—Yo veo a la *ama* como una casa enorme, digamos como una mansión con cientos de estancias, a muchas de las cuales, cerradas con llave, me está vedado el acceso. A veces la suerte me permite atisbar algún detalle por el ojo de la cerradura. El número de estancias cuyo interior desconozco se ha acrecentado en los últimos tiempos. Así que cada vez me cuesta más entender a la *ama.* Necesita ayuda, pero no le gusta que la ayuden. Experimenta rachas de cólera sin que yo logre adivinar la razón, si es que la hay. En fin, ¿quién sabe qué imágenes y pensamientos le habrán pasado por la cabeza al ver a Elene? Tenga usted en cuenta que mi hermana fue siempre la hija predilecta. Da igual lo que yo haga. Da igual que le dedique tiempo y esfuerzo y me preocupe por su bienestar. Su favorita seguirá siendo mi hermana. Esto es así. No se puede

cambiar y yo lo acepto. Me consta que el nacimiento de Elene se produjo porque la *ama* lo quería a toda costa. Mi caso es distinto. Yo vine al mundo como consecuencia de una espontánea embestida de mi padre alguna noche en que a mi madre le fallaron los reflejos y bajó la guardia. Lo sé por ella. No invento nada. Barrunto que la presencia repentina de Elene le ha reactivado de golpe instintos maternales que tenía adormecidos. No es raro que a mí me hable en tono de reproche, también cuando la estoy ayudando. A su otra hija, la tantos años ausente, no le ha dirigido la menor crítica. La mujer estaba emocionadísima.

Atareada en la cocina, a los oídos de Maite llegaban retazos de conversación.

—Con el andador me arreglo de maravilla.

—Estoy gorda, *ama.* No te emperres en negarlo.

Se conoce que Elene estaba enseñándole fotos a la *ama.*

—Hija, pues sí que es grande tu marido.

—Hay que hacerle las puertas a medida para que no las rompa con la frente.

Se reían.

—Tiene buena dentadura y los niños parecen encantadores.

—Les estoy enseñando los números en euskera.

Cualquier esfuerzo de Elene por que su madre aprendiera a pronunciar el nombre de los nietos resultaba inútil.

—Con el corazón en la mano, dígame si cree usted que sus *aitas* la discriminaban en favor de su hermana mayor.

—Preferiría evitar la palabra *discriminación*. Suena demasiado fuerte. Me recuerda a esas aves que, a poco que se enfrenten con dificultades para conseguir alimento, arrojan fuera del nido a alguno de sus polluelos, por lo común al más pequeño o al más débil. Yo no he vivido nunca un drama semejante. Creo tan sólo que los *aitas*

favorecían a Elene sin darse cuenta. Tengo la impresión de que sus actos se ajustaban a un método de crianza asumido por ellos de modo inconsciente. A buen seguro no conocían otro. Habrían pensado que yo andaba mal de la cabeza o en todo caso se habrían quedado atónitos si les hubiera dicho que me consideraba una niña relegada. Conviene distinguir entre la intención y los hechos. La intención de ellos no consistió, a mi juicio, en depararnos a Elene y a mí un trato diferente; los hechos demuestran, sin embargo, que en la práctica a mi hermana se le concedía de costumbre prioridad. Recuerdo, por ejemplo, que hasta bien entrada la adolescencia, cuando empecé a manejar algo de dinero con el que podía comprarme algún que otro trapito, solían vestirme y calzarme con prendas usadas antes por mi hermana. Muchas veces las acompañé a ella y a la *ama* a las tiendas sin que a mí me comprasen nada. En lugar de dejarme sola en casa, yo me estaba allí con ellas, pongo por caso en una zapatería, formalita y callada, mirando cómo Elene se probaba distintas piezas de calzado. Al final salíamos a la calle con unas botas o unas sandalias preciosas que, andando el tiempo, cuando a mi hermana se le hubiesen quedado pequeñas, pasarían a ser mías con las consabidas e inevitables señales de desgaste. La intención no era humillarme, sino ahorrar dinero. Así de simple. Otro tanto ocurría con el uniforme y los libros escolares, con juguetes y con tantas cosas que un día llegaban a mí usadas, manoseadas y gastadas por Elene, con la única salvedad, que yo sepa, de la ropa interior. Pero no era sólo eso. Recuerdo un domingo en que el *aita* llevó a Elene a las carreras de caballos. ¡Cuánto me habría gustado acompañarlos! En vista de mis lágrimas, el *aita* me explicó que no me podía llevar porque yo aún era muy pequeña y prometió hacerlo más adelante. A mí me quedó la convicción de que me veían como un estorbo. Y también lo recuerdo a él enseñándole a jugar al

ajedrez a su hija mayor, cosa que nunca hizo conmigo, acaso por suponer que Elene me enseñaría a mí. No digo con todo esto que yo albergue resentimiento alguno contra mi hermana o contra los *aitas;* tan sólo que hay cosas que duelen y no se olvidan.

Hubo consenso de las tres mujeres para almorzar en la cocina. La madre, pasitos inseguros, rodillas temblorosas, aún no recuperada del todo del ictus padecido meses atrás, aprovechó el trayecto para exhibir sus habilidades con el andador. Elene la seguía a corta distancia, las manos dispuestas a detener una posible caída. Sentadas a la mesa, menos Maite, ocupada con el trajín de los platos, la madre dijo:

—Me falta mucho el *aita*.

Elene se metió en la boca su pastilla de diabética, la empujó con un trago largo de agua y replicó:

—Hoy no es buen día para sacar las penas a pasear.

Hablaban todas a la vez, cada una concentrada en su respectivo tema de conversación, sin dejar de masticar. A veces coincidían en un mismo tema; entonces las voces se aceleraban y sonaban con más fuerza por el afán de imponerse a las otras. Maite trató de enjugar con la servilleta un churrete de salsa de tomate que se le había parado a su madre en el borde de un labio; pero esta se defendió sacudiéndole una impensada cachetada en el dorso de la mano. Luego de captar el propósito de su hija, pidió disculpas y se dejó limpiar. Elene no tuvo la misma suerte. En la pechera de la blusa se le aposentó un grasiento macarrón.

—Con lo justa que ando de ropa.

Maite se ofreció a lavarle la prenda en su casa; vamos, esa prenda y cualquier otra que Elene tuviese sucia en el hotel, donde sin duda habría servicio de lavandería, pero quién sabe si funcionaba con eficacia y a precio razonable. Y así, las dos hermanas acordaron

reunirse a las seis de la tarde en el piso de la menor, de forma que, mientras se fuera haciendo la colada, Maite le enseñaría su vivienda a Elene, que no ocultaba su deseo de inspeccionarla, y esta intentaría resolverle a Maite algunas dudas relativas a su actual trabajo de traducción.

Atacaron los pasteles. Tocaban a cinco por boca. Elene fue la única que pudo con los suyos. Los sobrantes fueron a parar a la nevera. A la madre la fue venciendo el sopor y optó por volver a su sillón de la sala, donde no tardó un minuto en quedarse frita. Elene tenía previsto pasar por el hotel, pero antes quiso encerrarse un rato en su cuarto de juventud.

—¿Vas a llevarte alguna de tus viejas pertenencias?

—*I don't know yet*. Quizá alguna cosa pequeña de recuerdo. No creas que tengo mucho sitio en la maleta.

Y Maite, sola en la cocina, recogió la mesa y, llorando en silencio, fregó la vajilla y con un trapo la secó.

6

Una lista de dudas

Convencida de que Elene llegaría con retraso, cuando sonó el timbre, un poco antes de la hora acordada, Maite todavía estaba pasando la bayeta por aquí y por allá, temerosa de que su hermana descubriese en algún lugar de la vivienda una mota de polvo y le afease la suciedad. Para ser sincera, ninguna razón la empujaba a creer que Elene perteneciera al tipo de gente que va por las casas de los demás sacando faltas; pero decidió por si acaso tomar precauciones. Tampoco es que tuviera que esforzarse demasiado. Algo de desorden, no mucho, había sobre su mesa de trabajo; fuera de eso, el piso, gracias al buen hacer de la empleada de la limpieza, presentaba el aspecto ordenado y limpio de costumbre. Se dijo:

—Nunca me liberaré de la carga de ser la hermana pequeña.

Maite se sorprendió al ver a Elene bastante más acicalada que por la mañana. En el momento del abrazo, sintió durante una fracción de segundo que le faltaba el aire. La nube excesiva de perfume que envolvía a su hermana le produjo un conato de sofoco.

—Qué bien hueles.

Elene lucía una melena de rizos húmedos hasta los hombros. Acababa de ducharse en el hotel y, con el propósito de que se le ensortijara el pelo, había decidido dejarlo secar al aire. No era este detalle, sin embargo, lo más llamativo de su arreglo personal. Daba la impresión de que se le hubiera ido la mano con el maquillaje, apenas perceptible por la mañana. Destacaba el rojo vivo de los labios, a juego con la laca de las uñas. Una no fina capa de crema facial daba un tono mate a su tez; unida a la sombra de ojos y al

uso abundante del lápiz de cejas, se dijera que Elene se hubiera preparado para una actuación de la farándula.

—Ni que estuvieras invitada a una boda.

—¿No te he contado que por las tardes me baja la autoestima? De alguna manera tengo que equilibrarme. Además, la ocasión lo requiere. Después de tantos años de ausencia, no quiero dejar un mal recuerdo en mi ciudad del alma.

—O sea, que estás citada.

—*Of course, baby.* Desde Providence conseguí reanudar el contacto con la cuadrilla por medio de Ana Mari Ansola. Le escribí, me contestó. ¿Te acuerdas de ella?

—¿Cómo no me voy a acordar si las dos coincidimos todos los viernes en clase de yoga? Mañana, si no falta, la volveré a ver.

—Ah, qué guay. Así me gusta, que os cuidéis. El caso es que por iniciativa de Ana Mari me han organizado un encuentro colectivo esta noche, con cena incluida. Harán bote entre todos y a mí me dispensan de pagar. ¿Adivinas adónde vamos a ir?

—Ni idea.

—A una sidrería de Astigarraga. Se me hace la boca agua sólo de pensar en la tortilla de bacalao que me espera. Del chuletón típico paso, aunque si alguno me ofrece un cacho del suyo no le haré ascos. Cuando vuelva a los Estados Unidos ya me las arreglaré para perder los kilos que voy a engordar aquí.

—¿Os juntáis muchos esta noche?

—Algunos lo tienen crudo para asistir entre semana. Trabajo, hijos pequeños, esas cosas. He sabido que Carlos Ugalde, que por lo visto es arquitecto, se estableció en Barcelona, donde se casó; con Martintxo el Positivo se perdió todo contacto, y a la pobre Rosarito Larrea, tan dulce y tan buena persona que era, va para seis o siete años que un cáncer fulminante se la llevó a la tumba. De todos

modos, nos juntaremos los suficientes para pasar una velada inolvidable.

—Se te ve feliz.

—No lo puedo disimular.

Elene había llegado a casa de su hermana cargada con tres bolsas de plástico, además de con un bolso beis de mano que llevaba colgado en bandolera.

—Menos mal que vives cerca.

En una de las bolsas campeaba el logotipo del hotel. Contenía unas cuantas prendas de ropa que Maite introdujo sin pérdida de tiempo en la lavadora y que se comprometió a devolver al día siguiente, limpias, secas y planchadas, en casa de su madre, donde las tres mujeres almorzarían de nuevo juntas.

En las otras bolsas, Elene llevaba pertenencias suyas de los viejos tiempos: dos muñecos de peluche, un fajo de fotografías, un álbum de sellos postales, objetos de bisutería y, en fin, cachivaches de diverso género y tamaño. Ella los había sacado del cuarto que ocupaba en casa de sus padres antes de su marcha a los Estados Unidos. Deseaba conservarlos a toda costa, pero no le cabían en la maleta. Preguntó entonces a Maite si ella le podría hacer el favor de enviárselos en un paquete; pero no ahora, sino entrado diciembre, como regalo navideño. Añadió que, por supuesto, ella correría con los gastos de correos.

—Hasta navidades falta mucho tiempo. ¿No quieres que te los mande antes?

—No, en navidades.

Y por el tono tajante de la respuesta, Maite comprendió que su hermana la estaba invitando a no formular preguntas.

—Vale, pues colócalo todo ahí —señaló un rincón de la sala— y a principios de diciembre te lo mando.

—No te beso por no mancharte la cara de pintalabios. Otra cosa antes que se me olvide. ¿Podrías agregar una ikurriña al paquete? La de casa se está deshilachando. Igual la puedo comprar yo estos días, pero ahora mismo no sé dónde.

—Una ikurriña ¿de qué tamaño?

—No te rompas la cabeza. Una normal con anillas de enganche. Y es muy importante, importantísimo, y no me preguntes la razón, que en el paquete vaya una postal navideña. Hay asuntos que mi familia norteamericana no está en condiciones de comprender. Me ahorraría tener que darles explicaciones si el paquete llega por iniciativa tuya.

De una de las bolsas, Elene sacó un cuaderno de tapas de cuero gastadas y descoloridas, provisto de un candado en forma de corazón.

—Es mi diario de los catorce años. Si me prometes no leerlo, lo dejo en la bolsa. Si no, me lo llevo.

—¿Cómo lo voy a leer si está cerrado con candado?

—Sí, pero el candado no funciona. Basta darle un pequeño tirón para abrirlo. ¿Ves?

Y lo abrió.

—¿Crees que cuando vivíamos juntas no le echaba de vez en cuando un vistazo a escondidas? Me lo sabía de memoria.

—Entonces recordarás que sólo contiene ñoñerías de adolescente. Me conformo con que no se lo enseñes a tu marido. Me moriría de vergüenza.

Y, soltando una risotada, volvió a meterlo en la bolsa.

Que si quería tomar algo. No quiso nada. No era su deseo permanecer largo tiempo en el piso. Como mucho, una hora. Agregó que le gustaría aprovecharla para ver algo más de lo que había visto hasta entonces: el vestíbulo, la sala y el cuarto de baño donde la

lavadora se ocupaba en aquellos momentos de limpiar sus prendas. Se permitió una humorada cruel:

—Sabiendo que yo vendría, te habrás puesto a limpiar como una loca. Sería una pena que te hubieras esforzado en balde. Conque, *where are you taking me first?*

—Por cierto, *sister,* has prometido ayudarme con la traducción. Tengo una lista de dudas.

—Eso te lo soluciono yo en un abrir y cerrar de ojos.

Maite condujo a su hermana hasta la alcoba matrimonial. En el interior, las cortinas tamizaban la escasa luz proveniente de la calle, dando un tono azulado a la penumbra, y sólo después que Maite hubo encendido la lámpara del techo, con sus brazos de latón dorados y sus tulipas blancas, Elene pudo hacerse una idea precisa de lo que había allí dentro. La mayor parte del espacio se la llevaba una cama de grandes dimensiones, adosada por el cabecero a la pared y cubierta por una colcha con estampados blancos y morados.

—Te lo juro. Con un tálamo así, Johnny y yo iríamos por el octavo hijo. ¿Cómo andáis vosotros de frecuencia sexual?

—No puedo quejarme.

—Dile a tu marido que no se emperre en privarme de sobrinos.

—El domingo, en cuanto llegue a casa, se lo diré.

—¿Cómo es posible que aún no seas madre? No sabes lo que te pierdes.

A cada lado de la cama podían verse sendas mesillas de noche. Sobre la de Maite reposaba una novela junto con unas gafas de lectura. Elene parecía haber perdido de pronto el interés por la inspección de la casa. Ningún comentario dedicó al tocador con el espejo ovalado, ni al óleo de Menchu Gal que mostraba unas barcas de colores vivos amarradas en un puerto, ni al resto de los adornos y muebles, empeñada en persuadir a Maite de las maravillas de la

maternidad. Y sin poner freno al alegato, gesticulante y locuaz, siguió tras los pasos de su hermana por la vivienda hasta el despacho de Andoni, donde dejó por fin de dar la matraca con el asunto de los hijos, sorprendida al descubrir un tablero de ajedrez de más o menos un metro de alto por ancho, dispuesto en posición vertical sobre un caballete y con las piezas magnéticas repartidas por las casillas.

—No me digas que tu marido se encierra aquí a jugar solo.

—Disputa partidas por teléfono con un colega oftalmólogo que tiene consultorio en Alicante. Un día le toca mover al uno, otro día al otro, y cuando acaban la partida vuelven a empezar. Llevan así varios años.

—¿Y a ti no te invita a jugar?

—Jugamos alguna que otra vez, pero me gana enseguida.

—¿Tú qué sientes cuando pierdes?

—¿Al ajedrez?

—No, en general. ¿Sufres?

—No mucho. Tampoco tengo la sensación de ser una constante perdedora.

—¿Sabes si tu marido te engaña?

—Lo dudo.

—¿Lo dudas? O sea, no estás del todo segura.

—Bastante segura.

—¿Como cuánto de segura? ¿Un diez, un treinta, un ochenta por cierto?

—Un ciento por ciento.

—¿Y tú lo engañas a él?

—Jamás.

Elene dirigió una mirada escrutadora por las estanterías atestadas de libros, por el escritorio y el suelo de parqué, y al fin sentenció:

—*Too clean and bourgeois* para mi gusto. Si vieras el desorden que tenemos nosotros te caerías de espaldas, pero al menos hay vida en la casa. No me malinterpretes. No pretendo decir que aquí falta vida; pero, muchacha, esto parece un almacén de muebles y accesorios domésticos sin estrenar.

De allí pasaron al siguiente cuarto, que era el de Maite, asimismo repleto de libros, salvo uno de los tabiques, oculto tras un armario ropero de tres puertas. Un escritorio regado de papeles, diccionarios, bolígrafos, rotuladores y adminículos de oficina ocupaba el centro.

—Mi pequeño reino.

—Esto ya es otra cosa. Aquí huele a trabajo.

Elene tomó asiento a la mesa.

—A ver esa lista de dudas.

Su hermana la sacó de una carpeta y se la tendió.

—Coño, página y media. Ahora resulta que voy a ser víctima de explotación laboral. Supongo que no pagas.

—Ni un duro. En realidad, salvo dos o tres casos, son cuestiones que tengo resueltas; pero me falta, ¿cómo te diría yo?, la última certeza.

Y le explicó en pocas palabras a Elene qué tipo de libro estaba traduciendo. Elene echó un rápido vistazo a la lista.

—Esto es pan comido.

Uno tras otro, Elene fue aclarando términos y expresiones sin la menor dificultad, y estaba a punto de poner fin a la tarea cuando de repente su cuerpo comenzó a tambalearse de modo extraño. Parecía como si de un momento a otro se fuera a desplomar. Puso los brazos encima del escritorio y dejó caer la cabeza sobre uno de ellos.

—¿Qué te pasa?

—Un mareo.

—¿Quieres un trago de agua?

—En la sala —dijo con voz entrecortada— he dejado el bolso. Dentro hay un paquete con pastillas de glucosa. Lo verás enseguida. Tráemelo, por favor.

Maite se apresuró a cumplir el encargo. En la sala, encima del sofá, estaba el bolso beis de Elene. Alarmada, corrió a abrirlo. Dentro encontró, en efecto, las pastillas de glucosa, justo debajo del paquete de preservativos.

7

Manzanas sobre la cama

Repuesta de su achaque, Elene terminó de ayudar a su hermana con las dudas de la traducción, que para ella (con la única excepción de cierto tecnicismo psiquiátrico) no eran tales dudas; aceptó un vaso de agua («del grifo, *mesedez,* porque como el agua de aquí no la hay en ninguna parte», dijo) tras caer en la cuenta de que había bebido poco durante el día y quizá, quizá, habría que buscar por ahí la causa de su mareo; se retocó el maquillaje en el cuarto de baño, abrazó con mucho afecto a su hermana, se despidió de ella hasta el día siguiente en casa de la *ama* y se marchó con una sonrisa que todavía le duraba cuando Maite, apartada a un lado la cortina, la vio salir a la calle.

De nuevo sola, Maite decidió introducir en el texto de la traducción las soluciones que le había proporcionado su hermana. Con dicho fin, se sentó al escritorio; pero antes que hubiese transcurrido un minuto se percató de que sería incapaz de concentrarse en la tarea. Tomó un fajo de papeles manuscritos y de buenas a primeras, llevada de un capricho, los aventó por encima de su cabeza. Verlos revolotear y esparcirse por el suelo, a su alrededor, le produjo placer.

—Vida.

La palabra, pronunciada a media voz, obró en su estado de ánimo un efecto euforizante. Sin parar de repetirla (vida, vida, vida), se desprendió de las chinelas y, descalza, riéndose, deambuló por toda la casa. Aquí tumbó un florero, allá abrió cajones, más allá descolgó un cuadro. Y con cada acción repetía:

—Vida.

O también:

—Hay vida.

De la cocina llevó una fuente con media docena de manzanas a la alcoba matrimonial y, tras desordenar y arrugar la colcha a lo salvaje sentándose encima y dando saltos de niña traviesa, las derramó sobre la cama. En el despacho de Andoni cambió de sitio una pieza en el tablero de ajedrez, una tan sólo, un humilde peón, lo que se le figuraba más taimado y por supuesto más gustoso que alterar de manera evidente la partida, y a continuación, en la sala, arrojó los cojines del sofá al suelo y formó sobre la mesa una larga fila de vasos, copas y otros objetos que fue sacando de la vitrina. Todavía flotaba en el aire un rastro del perfume de Elene. En vano, Maite trató de ignorarlo. El olor pudo con su euforia. La redujo, la apagó, poniendo fin a la alocada diversión.

—Se acabó la vida por hoy.

Y se acabaron en el mismo instante la risa y el gozoso desatino. La casa quedó de pronto saturada de silencio incómodo. Con idea de orearla, Maite corrió las cortinas y abrió de par en par las ventanas del mirador y la puerta del balcón. Y de paso, se dijo, que entren la luz, el ruido, el humo de los coches, moscas, polvo y cualquier cosa benéfica o dañina que la librase a ella de la sensación sofocante de estar encerrada en un panteón con muebles y habitaciones, donde el olor de Elene le robaba hasta la última partícula de aire respirable.

Debía de haber llovido hacía poco, pues se veía la calle mojada. Maite recordó a este punto que, en el telediario de la víspera, el hombre del tiempo había anunciado cielo nuboso y precipitaciones débiles para hoy. Algunos transeúntes llevaban paraguas cerrados. En la calzada, el habitual atasco de media tarde interpretaba un concierto de bocinas impacientes.

Y ya iba a retirarse hacia el interior de la vivienda y a proseguir, si superaba la falta de estímulo, con la tediosa traducción, cuando se fijó en un hombre y una mujer agarrados de la mano, que caminaban por la acera de enfrente en dirección a la calle Urbieta. Se detuvieron ante el escaparate de una tienda de ropa. Ella era un palmo más baja que él y él llevaba un jersey fino sobre los hombros, anudado por las mangas delante del pecho. Maite les calculó una edad más próxima a los cuarenta que a los treinta. En un momento dado, la mujer se volvió a su acompañante y, tras dirigirle unas palabras, apretó la frente contra su pecho. Maite corrió a su cuarto de trabajo en busca de la cámara fotográfica; pero, de vuelta en el balcón, la pareja había desaparecido. Lo más probable era que hubiesen doblado la esquina. No estarían lejos si, como parecía, iban de paseo y no descartaban la posibilidad de pararse a mirar escaparates. Maite abrigaba el convencimiento de que podría alcanzarlos a nada que se diese prisa. Así que se puso a toda velocidad los primeros zapatos que encontró, metió la cámara en un bolso que descolgó del perchero del vestíbulo y, tal como estaba vestida, sin echarse una chaqueta por encima ni coger el paraguas, salió a la calle.

Atravesó la calzada a todo correr, exponiéndose a un atropello. Corría desalada, como si huyera de un perseguidor o fuese ella la perseguidora, a tal punto que los transeúntes se volvían a mirarla con cara de extrañeza. De nada le sirvió apresurarse. El hombre y la mujer no aparecían por ningún lado. Maite supuso que se habrían metido en una tienda, pero ¿en cuál? ¡Justo en aquella zona céntrica de la ciudad había tantas! Con mermadas esperanzas de encontrarlos, Maite se internó por la calle Guetaria; recorrido un trecho sin lograr lo que se proponía, volvió sobre sus pasos y, yendo de aquí para allá, llegó hasta los soportales de la calle San Martín,

frente a la catedral, donde, convencida de la inutilidad de su empeño, resolvió dar por terminada la búsqueda. Pensó en aprovechar la salida para comprarse algo de cena en el mercado, allí junto, lo mismo que había hecho por la mañana antes de ir a casa de su madre; algo ya cocinado que sólo hubiera que calentar. Reparó entonces en dos adolescentes que tonteaban apoyados en uno de los pilares, a la altura de la tienda de música Erviti. Él trataba de besarla; ella echaba la cara hacia atrás, pero sin la menor intención de deshacer el abrazo, ambos en clara actitud lúdica y con semblante risueño. Maite no pudo menos de abordarlos.

—¿Os puedo pedir un favor? Es una cosa simple, pero necesitaría que colaboraseis. Se trata de haceros, así como estáis, una fotografía artística.

Las suaves maneras de Maite, el tono afectuoso que imprimió a su voz y, con toda probabilidad, la fuerza seductora de la palabra *artística* obraron un efecto positivo en los adolescentes. Estos se consultaron con la mirada sin rebajar un punto su jovialidad y, tras una breve vacilación, respondieron sonrientes que sí, que bien. Maite agarró con suavidad a cada uno de un brazo y los colocó conforme a su gusto y criterio delante del pilar, cuya piedra arenisca debía servir como fondo de la imagen. Los adolescentes seguían con docilidad las indicaciones de Maite, quien, tomada una primera fotografía, les preguntó si estarían dispuestos a posar besándose en los labios. El chico, amilanado, clavó en su amiga una mirada insegura. Ella, en cambio, saludó la idea con una risotada. Sin esperar a que él diese su consentimiento, respondió:

—Bueno.

Maite los convenció para que le permitieran colocar brazos, cabeza, torso, en una determinada postura, siempre con el pensamiento de hacer una buena fotografía. Ellos se dejaban mover

como maniquíes articulados. Varias veces hubo que corregir la posición de las caras a fin de que la una no tapase en exceso a la otra, y, cuando ya todo estuvo al gusto de la fotógrafa, esta les pidió que permanecieran quietos.

—Estáis muy fotogénicos.

Les tomó desde distintos ángulos en torno a una veintena de fotografías, sin dejar de hablarles todo el tiempo, haciendo las más dulces manifestaciones de cordialidad. De este modo se las ingenió para prolongar durante un buen rato la escena. Obtenido lo que deseaba, les tendió a modo de agradecimiento un billete de quinientas pesetas. La chica hizo un ademán instintivo de rechazo.

—No hace falta.

—Es para que os toméis algo a mi salud.

Él alargó la mano y aceptó el dinero. Acto seguido, Maite acercó la cara lo más que pudo a la joven pareja y, en susurros, les dijo:

—Sed felices. Es otro favor que os pido. —Y, sin más, se dio la vuelta y puso rumbo hacia el mercado, dejando a los dos adolescentes mudos de asombro.

En los pocos puestos del mercado que encontró abiertos no vio nada que le apeteciese, ni cocinado ni por cocinar, y pensó que con lo que guardaba en el frigorífico ya se las apañaría. De vuelta en casa, se encontró con el desorden que ella misma había causado y decidió restituir los objetos a su sitio y dejarlo todo como estaba antes del disparatado divertimiento. No pasó de arreglar la sala ya que, entretanto, se había servido una copa de vino tinto y, bajo el influjo del alcohol, la fue venciendo la pereza. Prefirió terminar el arreglo de la casa al día siguiente. A cambio, se obligó a corregir el texto de la traducción conforme a las recomendaciones de su hermana. Como tantas otras veces, en particular cuando la tarea no le exigía esfuerzo para concentrarse, trabajó con la radio puesta,

aunque apenas le prestaba atención. Esta vez, sin embargo, una noticia leída en tono grave por el locutor acabó de golpe con su placidez. Y era que en algún momento de la tarde un concejal del Partido Popular, residente en Ermua, había sido secuestrado cuando se dirigía a su puesto de trabajo en la localidad guipuzcoana de Éibar. De momento no era mucho lo que se sabía sobre el caso, si bien las primeras estimaciones oficiales apuntaban a la organización ETA como autora del secuestro. Más tarde, en el telediario de la primera cadena de televisión, Maite averiguó otros detalles del suceso. Fue entonces cuando vio por vez primera la imagen de Miguel Ángel Blanco, un chico de veintinueve años sin relevancia política ninguna, pero con la mala suerte de que alguien relacionado con él o que conocía sus hábitos y sus horarios dio aviso a la organización armada, señalándolo como víctima fácil que se movía sin escolta y viajaba a menudo en tren. El presentador del programa dio paso al ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja, a quien Maite conocía de vista por haberse cruzado con él alguna vez por la ciudad. Renunció, sin embargo, a escuchar las declaraciones del ministro, ya que de pronto sonó el teléfono y consideró preferible atender la llamada. Fue ella quien, nada más reconocer la voz de Andoni, se lanzó a hablar.

—¿Te has enterado?

—¿De qué, *maitia?*

—Han secuestrado a un hombre joven.

—¿Un empresario?

—¡Qué va! Un simple concejal del que poco dinero se puede sacar. Y si no se le puede sacar dinero, ¿para qué lo secuestran? Me temo lo peor.

—No he oído nada. He estado reunido hasta hace un rato con colegas, que además fuman sin parar y me huele la ropa a tabaco

que no veas.

—Tú también fumas.

—Sí, pero no tanto. Acabo de llegar al hotel. Estoy muerto de fatiga. Me ducho, haré que me suban un tentempié a la habitación y me acostaré. Mañana me espera otro día largo de trabajo, aunque no debería quejarme, puesto que tiene mucho sentido todo lo que hacemos aquí.

—¿Qué tal los cursos?

—Muy interesantes. En los últimos tiempos se han inventado nuevos aparatos. Uno de fabricación alemana me ha impresionado. Intentaré convencer a la dirección de la clínica para que lo adquiera. Nos creemos modernos, pero en el fondo somos unos anticuados. Háblame de tu hermana y de cómo ha ido todo con ella y con tu madre. ¿Se entienden o les ha faltado tiempo para sacarse los ojos?

Maite le contó a su marido con abundancia de pormenores cómo había transcurrido la visita de las dos hermanas, primero al cementerio y después, para el almuerzo, a casa de su madre y lo positivo que había sido todo y la armonía que había reinado entre ellas. Elene, dijo, parecía cambiada: más afable, más madura, y había sido la mar de generosa viniendo por la tarde a casa y ayudándola en la traducción, y a cambio ella le había lavado algo de ropa. Acabada la no breve crónica, se hizo el silencio en el teléfono, a tal punto que Maite creyó por un instante que la comunicación se había interrumpido.

—¿Estás ahí?

—Claro, *maitia,* escuchándote. Celebro que hayas pasado un buen día.

—Y tú, ¿me has echado en falta?

—Todo el tiempo.

—¿Me traerás algo de Madrid?

—Por supuesto. ¿Qué quieres?

—No sé, lo que se te ocurra.

Intercambiaron ternezas y se emplazaron para hablar por teléfono al día siguiente más o menos a la misma hora, y ya parecía todo dicho y se disponían a colgar cuando Maite preguntó a su marido, como quien no quiere la cosa, qué tal el hotel.

—Sin problemas. Ya sabes que el Suecia es un establecimiento cómodo y está bien situado.

—¿Tu habitación es la cuatrocientos dieciséis?

—No, la quinientos cinco. ¿Por qué lo dices?

—Una broma mía. Mira que si llego a acertar, te habrías quedado patidifuso.

—Pues sí, la verdad.

Apenas un minuto después, Maite averiguó el número de teléfono del hotel con ayuda del servicio de información. Lo anotó en un margen del periódico y fue a la cocina a picar cualquier cosa que hubiese en el frigorífico. Cenó un yogur natural, un puñado de avellanas tostadas y una copa de vino que pensaba saborear mientras leía recostada en la cama. Con un pie cuidadoso apartó las manzanas hacia el lado de Andoni y, encendida la lámpara de la mesilla, se dispuso a esperar el sueño engolfada en la lectura de una novela escrita por una autora de moda. Al poco rato, a causa quizá de un principio de agradable mareo debido al vino, notó que cada vez le costaba más esfuerzo concentrarse. Llegó un momento en que, tras pasar una página, tuvo que volver atrás porque no se acordaba de lo que acababa de leer.

A todo esto, experimentó la urgencia de envolverse en una completa oscuridad. Se levantó de un salto, bajó la persiana hasta no dejar el menor resquicio por donde pudieran filtrarse las luces de la calle, apagó la lámpara de la mesilla y, tendida sobre la colcha,

distingue una luz mortecina. La luz sale de un ventanuco con rejas a través del cual se vislumbra un recinto apenas iluminado por una humilde bombilla. Maite chista varias veces al hombre sentado en una caja de madera, justo debajo de la bombilla, con la cara apretada contra la palma de las manos. El hombre no reacciona, como si estuviera dormido o padeciese sordera. Ella opta por elevar el tono de voz. De esta manera logra atraer la atención del desconocido. Maite comprueba que se trata de un hombre joven cuyas facciones muestran una mezcla de miedo y tristeza. Le pregunta en susurros si es el concejal de Ermua secuestrado por la tarde. Antes de contestar, el hombre quiere cerciorarse de que la mujer vestida con pijama no pertenece al comando terrorista que lo ha encerrado en aquella mazmorra. Decidida a ganar su confianza, Maite se presenta como persona de bien, amante de la paz; cuenta la historia de su cicatriz y enumera los acontecimientos principales de su vida. Al parecer, sus palabras son del agrado del hombre, quien a continuación no tiene inconveniente en confirmar su identidad. No sabe, agrega, quiénes ni por qué lo han secuestrado, aunque por el *modus operandi* sospecha de ETA, y reconoce que su mayor inquietud no procede tanto de su situación personal como de la incertidumbre y sufrimiento que a buen seguro estarán soportando su familia, su novia y sus amigos. Maite le confirma que la noticia del secuestro está en todas las emisoras de radio y televisión y se disculpa por no poder liberarlo de su cautiverio, pues ni tiene herramientas para romper los barrotes del ventanuco ni sería capaz de proporcionar a la policía datos sobre la ubicación del castillo. El secuestrado se hace cargo del problema en que lo han metido y dice sentirse preparado para cualquier eventualidad. Ella le pregunta si sus captores le han dado algo de cena. Son gente cruel. Ni siquiera me han autorizado a beber un poco de agua. Maite le

ofrece las seis manzanas. El secuestrado se acerca al ventanuco y las va cogiendo de una en una. Si no las puede comer enseguida, escóndalas. Que no se las quiten. Él alaba la generosidad de su benefactora, le da las gracias y con evidentes muestras de pesar regresa a la caja que le sirve de asiento. En aquel preciso instante, Maite se giró hacia un costado y encendió la lámpara.

—Maldita sea. Se me ha olvidado preguntarle si deseaba que yo transmitiese a sus parientes algún mensaje suyo.

Permaneció atenta por si se daba el caso de que el castillo reaparecía; pero conforme pasaban los minutos se fue convenciendo de que tal cosa no iba a suceder. Faltaba poco para las diez de la noche. Antes de poner fin definitivo a la jornada y abandonarse al reposo nocturno, Maite decidió ir al cuarto de baño. Por regla general solía retirarse más tarde, no raras veces a las doce o a la una; pero pensó que si se acostaba pronto se levantaría asimismo pronto, lo que le proporcionaría un tiempo suplementario por la mañana para su trabajo.

Ya se volvía a la alcoba con una grata sensación de limpieza cuando sus pies embutidos en las chinelas la llevaron a la sala como si caminaran solos. Para cuando quiso darse cuenta, ya tenía el auricular pegado a la oreja. Marcó el prefijo telefónico de Madrid. Después su dedo índice fue apretando con calma, con mucha calma, las sucesivas teclas correspondientes a los números anotados en el margen del periódico. Por fin se dispuso a marcar el único que faltaba; pero la yema de su dedo, en lugar de pulsar la tecla, se complacía en acariciarla. Mantuvo el suave contacto, apenas un roce, durante largos, interminables segundos. En el silencio de la vivienda, Maite no oía otro sonido que el de su propia respiración. De pronto, con la misma calma con que había marcado los dígitos telefónicos del hotel Suecia menos el último, apartó el dedo del

teclado, colgó el auricular tratando de no hacer ruido, como si temiera molestar a algún vecino, y se marchó a la cama.

Viernes, 11 de julio

8

Reloj de cuco

A las seis de la mañana se oye trinar a los pájaros en el centro de la ciudad. Más tarde, cuando arrecie el runrún del tráfico, será difícil oírlos. Maite, todavía en pijama, estuvo escuchándolos un rato, asomada a una ventana del mirador con las primeras luces del día. Hacia la parte del río se avistaba algún que otro corro azul en el cielo; en los arbolillos de la calle chisporroteaba alegre algarabía de gorriones y ella se congratuló de haber madrugado, pues más tarde el encuentro previsto con su madre y con Elene le iba a quitar tiempo para la traducción. Renunció al desayuno a fin de ponerse al trabajo cuanto antes. Había dormido bien, notaba la mente despejada y, mediado el mínimo de tarea que se había propuesto llevar a cabo, ya casi traducido el párrafo que ponía fin a un largo capítulo, sonó el teléfono. Reconoció la voz de la mujer que había llamado de víspera a parecida hora.

—Siento haberte sacado tan temprano de la cama, nena; pero me apetecía saber si fuiste al sitio de Hondarribia que te dije y pillaste in fraganti al curaojos.

Maite podía verse reflejada en los cristales de la vitrina. Le daba gusto mirarse mientras hablaba, el pelo suelto, los rasgos ya no juveniles pero todavía atractivos, el pijama de rayas.

—Por supuesto que fui. Allá estaba él en paños menores con esa chica monísima que, además, es una persona educada y con estilo. Nos hemos hecho amigas y yo no tengo ningún inconveniente en que proporcione placer físico a mi marido.

—No te creo.

—¿Qué me puede importar que no me crea alguien a quien no conozco?

—A lo mejor sí me conoces. Demuestra que no mientes. ¿Cómo se llama la chica?

—Hicieron el amor en distintas posturas. Vi la felicidad pintada en las facciones de mi marido. Hoy también los voy a visitar. Hoy con mayor motivo, puesto que prometí llevarles una botella de champán y una barra de turrón de yema tostada.

—Te quieres quedar conmigo, ¿verdad? ¿Por quién me tomas?

—Por si no me crees, te diré que la chica tiene un lunar en el pecho izquierdo, como a dos dedos de distancia del pezón. A la vista de su cuerpo precioso, yo no lo consideraría un defecto.

—En los círculos donde yo me muevo tienes fama de tonta, ¿lo sabías?

—A propósito de nombres, le preguntaré a Andoni por el tuyo. Con sólo describirle tu voz sabrá quién eres.

—No te creo una palabra —dijo la otra con manifiesto enfado y colgó.

El auricular aún en la mano, Maite acercó la cara al cristal de la vitrina y besó el reflejo de sus labios. Acto seguido se dio la enhorabuena. La desconocida no había logrado la satisfacción maligna que andaba buscando; tan sólo que a Maite se le esfumaran las ganas de sentarse de nuevo al escritorio. Susurró:

—Esta no vuelve a llamar.

Conque decidió vestirse, bajar a la panadería en busca de bollos y un cruasán y leer el periódico en casa mientras desayunaba. Fue, volvió, se preparó un tazón de café con leche y, desplegadas las hojas encima de la mesa, se abismó en las crónicas y declaraciones relativas al secuestro del chico ese de Ermua, pobrecillo, el tal Miguel Ángel Blanco Garrido. En el periódico figuraban dos

fotografías del secuestrado. Ambas lo mostraban sonriente y con un aspecto saludable, como de persona, según suele decirse, con todo el futuro por delante; nada que ver con el hombre abatido a quien ella, de víspera, había entregado media docena de manzanas por un ventanuco del castillo. El redactor de la noticia sugería la idea de la venganza. Y es que, nueve días atrás, la Guardia Civil se había apuntado un éxito formidable al liberar al funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, encerrado por espacio de casi año y medio en el inmundo cubículo subterráneo de una nave industrial: toda una humillación de la que ETA deseaba a todo trance resarcirse y, claro, le había tocado la china a este infeliz empleado de una consultoría de Éibar.

—Usted parece convencida de que la suerte del joven concejal está sellada. ¿En qué se basa para llegar a tan funesta conclusión?

—No soy especialista en la materia, pero poseo raciocinio suficiente para atar cabos. Piense usted que en esta ocasión el secuestro no persigue fines económicos. Se trata antes que nada de la cruel escenificación del asesinato de un inocente, de uno como usted o como yo que ha tenido la desgracia de encontrarse en el peor momento en el lugar inadecuado. Se trata tan sólo de mostrar fuerza; fuerza, claro está, que no se tiene, a menos que se tome por tal la capacidad de hacer daño a un simple vecino. Fijémonos en las condiciones impuestas por ETA para la liberación. Son de todo punto inviables. La banda, según el periódico, exige que todos sus militantes recluidos en multitud de prisiones españolas sean reagrupados en Euskadi mañana sábado antes de las cuatro de la tarde. Ni hay sitio donde meterlos ni forma de transportarlos en tan corto plazo, aparte de que el Gobierno de España no está en modo alguno dispuesto a transigir con semejante demanda de rendición. En consecuencia, a ese chico lo van a matar. En su pueblo, la gente

ya ha empezado a manifestarse. Habrá un clamor popular en muchos lugares. Eso es fácil de prever.

—¿Pero?

—Pero no hay nada que hacer. Ese chico está viviendo sus últimas horas. Es mi opinión o mi temor, aunque quizá me equivoque, cosa en extremo deseable. Recuerde usted que en no sé qué círculos por mí ignorados se me tilda de tonta.

—El consejero de Interior del Gobierno Vasco, señor Atutxa, pidió ayer en una declaración pública a ETA que reflexione y que (permítame que lea el pasaje del periódico) «no obstruya la esperanza de un pueblo que quiere vivir en paz». ¿Qué le sugieren estas palabras?

—Me sugieren buena intención retórica al mismo tiempo que impotencia. El consejero, a quien supongo bien informado, sabe mejor que yo que no habrá reflexión que valga. ETA desconoce la compasión, que para sus jefes es una cosa propia de personas débiles. Yo insisto: la bala o las balas que acabarán hoy, mañana o cuando sea con la vida de ese chico ya están dentro del cargador. Lo deduzco, lo presiento y, créame, me lo reveló anoche mi cicatriz de la frente mientras escuchaba la noticia del secuestro en la radio. Sentí de pronto un escozor pequeñito, como si me estuvieran quemando por dentro de la cicatriz con un ácido corrosivo pegado a la punta de un alfiler. No se trataba de un escozor de naturaleza física, sino de un mensaje aciago, una premonición fatal, que hace un rato, ojeando el periódico, he vuelto a sentir.

La entrevista prosiguió en parecidos términos hasta que Maite, terminado el desayuno, se puso a planchar las prendas ya limpias y secas de su hermana. Sin que ninguna razón concreta la empujara a ello, las olió una tras otra, los ojos cerrados a fin de concentrarse en todos y cada uno de los matices olfativos, antes de introducirlas con

cuidado en una bolsa grande de plástico que dejó colgada del picaporte de la puerta de salida.

—Olor a país lejano, olor a gente extraña.

En la pared, un reloj de cuco con su péndulo y su juego de cadenas y de pesas en forma de piña estaba a punto de dar las nueve de la mañana. En breve se abriría una contraventana en el hastial de la casita de estilo alpino; asomaría un pájaro diminuto de madera que anunciaría la hora con un chorro de sonidos nerviosos, desafinados, como de flauta cascada, y se retiraría tan velozmente como había aparecido, dando paso a un desfile rotatorio de figuritas humanas que girarían sobre sí mismas al son de una musiquilla; para Andoni, una cursilada enternecedora; para Maite, un juguete de cierto valor sentimental.

Los silbidos repentinos del cuco la pillaron sentada en el sofá, ojeando el diario de adolescencia de su hermana. La tinta se había desvaído con el tiempo, pero el texto de letra grande y limpia continuaba siendo tan legible como por los días lejanos en que Elene lo escribía a solas en su cuarto, inclinada sobre el tablero de un secreter que aún se conservaba en casa de su madre. Maite abrió el diario al azar.

14 de febrero, viernes.

Más boba que Alicia Barrenechea no hay ninguna. Farda de que le ha bajado por primera vez la regla cuando casi todas las de la clase la tenemos desde hace una pila de tiempo. Yo desde los doce, casi los trece, y todavía no uso sostén, pero la *ama* me ha dicho que pronto deberé ponerme uno. La *ama* me entiende y habla conmigo de tú a tú como suelen hacerlo las amigas. Eso me gusta. En clase algunas dicen que no les cuentan nada a sus *aitas*. Igual no se fían o tienen miedo de que les echen la bronca, quién sabe.

4 de marzo, martes.

Don Jacinto me ha pillado copiando en Matemáticas. No ha venido a quitarme el examen. Le he visto mirarme desde su mesa y sonreír. Me muero de vergüenza. Imagino que me suspenderá. A ver cómo lo explico después en casa.

Maite buscó, leyendo en diagonal, un pasaje que la mencionase. Por fin, hojeado un buen número de páginas, descubrió su nombre. Lee:

31 de mayo, sábado.

Por la tarde hemos ido los cuatro a la chocolatería de la Parte Vieja. En la cocina, antes de salir, los *aitas* habían discutido por un asunto de dinero. Mientras comíamos churros con chocolate, la *ama* seguía de morros, el *aita* no soltaba una palabra. A Maite, torpe como de costumbre, al llevarse la taza a los labios se le ha caído un churretón de chocolate sobre el vestido. La *ama* ya le había advertido que el chocolate quemaba, pero ella es como es, no escucha, no hace caso, está siempre como perdida en las nubes. Ella misma es una nube, una cosa sin forma definida que flota allá lejos, en su propio mundo. Tengo una hermana rara. A veces pego la oreja a la puerta de su cuarto y la oigo hablar a solas. Igual lo único que pasa es que no es inteligente. La *ama* la ha reñido en la chocolatería y menos mal que había gente a nuestro alrededor, porque si no me da que le habría arreado allí mismo una torta de las buenas. El *aita* ha reñido a la *ama* por reñir a Maite. La *ama* se ha defendido diciendo que a quien le toca lavar y planchar es a ella, no a él, y al final hemos vuelto todos a casa andando unos al lado de los otros sin hablar. Como se puede ver, somos una familia normal y corriente.

20 de noviembre, jueves.

Lo pone en la primera plana de *El Diario Vasco* con letras mayúsculas enormes: FRANCO HA MUERTO. Ha sido en el hospital La Paz de Madrid, a las 4.40 de la madrugada. En el cole nos han hecho ir a misa. La madre Gertrudis lloraba y se secaba los ojos con las mangas del hábito. ¿Qué será de España?, ha dicho, como hablando consigo misma, en la hora de Francés. Luego, por orden de la directora, nos han mandado a casa y mañana no hay clase. Durante la cena, el *aita* ha dicho sobre la muerte de Franco: Ya iba siendo hora. La *ama,* muy seria, le ha respondido: Habrá guerra otra vez, ya lo verás.

A continuación Maite buscó entre las anotaciones de Elene las correspondientes a las navidades de aquel año. Al día 24 de diciembre no le dedicó entrada ninguna, quizá porque estuvo enferma, quizá porque, como celebraban con parientes la Nochebuena, no le dio tiempo o no tuvo ganas de escribir. Un día después escribió lo siguiente:

25 de diciembre, jueves.

El *aita* se empeñó en comer ostras aunque no le sientan bien, pero se las habían regalado unos clientes de la notaría y no las quería tirar y se conoce que alguna de ellas no debía de estar en buen estado. A los tíos y a los primos, que también comieron ostras, no les pasó nada. Yo no las probé. No me gustan. El caso es que el *aita* se puso malo y devolvió en el pasillo. A la *ama* le tocó limpiar todo. Ya no jugamos a la banca. Con lo que a mí me gusta y la suerte que tengo todos los años en Nochebuena, que a veces he ganado hasta ochenta pesetas. La *ama* insistía en subir al *aita* al hospital, pero el *aita* dijo que no, que una de dos: o se curaba o se moría, y al fin no se murió y los demás nos quedamos sin jugar a las cartas y a las once de la noche los parientes ya se habían marchado y a mi hermana y a mí la *ama* nos mandó a la cama, qué desilusión.

Maite hablaba sola en su cuarto. Esta vez no me pude aguantar y entré un poco rabiosa, lo confieso. Ella estaba en la cama a oscuras. ¿Se puede saber con quién hablas? Dijo que con unos niños pastores que habían visto a Dios en una cueva. Está chiflada, a mí que no me digan.

Maite aún leyó, con gesto risueño, unas cuantas páginas de diario saltando de aquí para allá. En pensamiento oía con nitidez la voz del *aita,* se le aparecía la cara atractiva de la *ama,* volvía a acordarse de escenas, de objetos, de sucesos desde hacía largo tiempo olvidados, y aún habría leído más, no tanto por la curiosidad de averiguar los secretos inocentes de una niña de catorce años, como por el gusto de revivir imágenes y recuerdos del pasado, si no fuera porque de pronto sonó el teléfono.

—Como sea la pelma esa —se dijo— le cuelgo antes que pronuncie dos palabras.

9

Diana

Al pronto pensó que casi habría sido preferible que hubiera llamado la insidiosa en vez de Diana. Sin tiempo de entrar en materia, a Maite le dio un vuelco el corazón temiéndose lo peor de lo peor, ya que si Diana llamaba era con toda seguridad porque a la *ama* le había sucedido algún contratiempo grave.

—Su señora madre se ha puesto malita.

—No me asuste, Diana, ¿qué pasa? ¿Otro ictus?

Al llegar a la vivienda a la hora de costumbre, la cuidadora se había encontrado a Manoli en la cama envuelta en sus excrementos, y preguntaba si por favor Maite podía ir a ayudarla, ya que para ella sola suponía mucho trabajo hacer la limpieza habitual y ocuparse al mismo tiempo de la señora.

—De madrugada comió unos pasteles fríos que había en la nevera, pero me ha pedido que guarde el secreto. Yo se lo cuento a usted por si hubiera que darle explicaciones al doctor. No hay duda de que los pasteles le dieron churria, lo que ustedes llaman acá diarrea. Por favor, no la riña. Si lo hace quedaré ante su madre como una delatora.

—Gracias por avisarme y no se preocupe. Voy sin falta para allá.

A Maite le vino de buenas a primeras un impulso de llamar al hotel Londres a fin de poner a su hermana al corriente de lo sucedido; pero luego, mientras se calzaba, decidió acudir antes a casa de su madre y formarse por su cuenta una idea precisa de la situación. Según lo que encontrase, llamaría o no a Elene. ¿Quién sabe si Diana se había alarmado en exceso al ver un cuadro sin duda

lastimoso? Quizá la cosa no fuera para tanto y entre Maite y la cuidadora resolvían el problema poniendo la lavadora y duchando a Manoli entre las dos.

De casa de Maite a la de su madre, que vivía a un costado de la catedral del Buen Pastor, son cuatro pasos. Maite se dio toda la prisa que pudo. No bien hubo entrado en el portal dirigió como solía la mirada al buzón de su madre, del cual solía extraer las cartas, los folletos publicitarios y cualesquiera envíos postales que encontrara dentro, y fue entonces cuando se percató de que en la parte inferior del letrero, donde ponía «Viuda de Gregorio Echarri», se había producido un cambio. Elene, ¿quién, si no?, había escrito sin esmerarse poco ni mucho, con tinta de bolígrafo, *tx* sobre la *ch* del apellido paterno.

A su llegada al piso, Maite comprobó con agrado que Diana, siempre diligente, no había permanecido inactiva. La lavadora estaba en funcionamiento. El colchón, recostado contra la pared del dormitorio, mostraba un corro de humedad donde poco antes debía de haber habido una mancha. A la cuidadora le alcanzó asimismo el tiempo para quitarle a Manoli con papel higiénico la parte mayor de su inmundicia. El hedor en la casa revelaba lo ocurrido. Diana había tratado de paliarlo abriendo las ventanas. Entre las dos mujeres ducharon a Manoli, para lo cual hubieron de introducirla en la bañera, cuyo borde alto entrañaba un peligro considerable. Maite insistió como tantas otras veces en la conveniencia de emprender obras con vistas a instalar una ducha adaptada a las necesidades de su madre. Esta no quería ni oír hablar de meter albañiles en su casa.

—Y mientras lo rompen todo a martillazos, ¿dónde me lavo?

—Ya encontraríamos una solución.

—Sí, claro, tú vas y me sientas en el fregadero de la cocina. Tampoco quiero que me vengas con pañales. No soy una vieja que

se lo hace todo encima. Lo de hoy ha sido un accidente.

Así hablando, a Maite le daba vueltas una pregunta en sus pensamientos y, en la primera ocasión, mientras la solícita Diana se ocupaba de secar el pelo de la señora Manoli, aprovechó para retirarse al fondo del pasillo y responderse con una mano delante de la boca y apenas un hilo de voz:

—Agradezco su pregunta, pero comprenda que no me puedo extender en la respuesta. Hágase cargo de la situación que tenemos. Le diré en el poco tiempo de que dispongo que, dejando a un lado el percance de la diarrea y las secuelas del ictus, la *ama* se conserva bastante bien a sus sesenta y cuatro años. Dista de ser o parecer una anciana, aunque ella, en sus momentos de desánimo, afirme que está para el arrastre, que es un carcamal, que sobra en este mundo. ¿Me dice todo eso para que, por compensación, yo la alabe? Es posible. Siempre ha sido propensa a hablar mal de sí misma para que los demás la contradigamos. No le faltan mañas, ¿sabe? Pero si la ha visto usted hace unos instantes bajo la ducha, no le costará admitir que sigue siendo una mujer atractiva a pesar de las arrugas, las canas y la palidez. Aún puede presumir de pechos firmes y de la curva de su cintura. Tiene un poco de sobrepeso por la falta de movimiento, nada grave, y yo estoy convencida de que con la ropa adecuada y el suficiente arreglo personal lograría lucir tipo casi casi como en sus mejores épocas. Es todo lo que puedo declarar sobre la cuestión que usted me plantea.

Una vez lavada, vestida y perfumada, Manoli se llegó poco a poco, apoyándose en el andador, hasta la sala. Asistida por la cuidadora, que de continuo acaramelaba la voz y le hablaba con un delicado dejo colombiano, tomó asiento en su sillón, donde a diario consumía la mayor parte de sus horas. De habérselo propuesto habría podido desplazarse sin la ayuda del andador; pero no se fiaba, y era más

por miedo a una costalada que por otra causa que se servía de aquel artilugio con ruedas para moverse por la vivienda. Le daban mareos esporádicos, a veces se le nublaba la vista, otras veces se le aceleraba el corazón; en fin, entre uno y otro achaque, la mujer necesitaba agarrarse a lo que fuera para sentirse segura.

Maite fue a prepararle una infusión de manzanilla.

—Créame que la conozco mejor que a mí misma. Ella reclama atención a todas horas, necesita afecto más que un geranio agua, y para conseguir lo que busca recurre de ordinario al lamento y la protesta. No son los únicos trucos que emplea para inspirar pena. Con los años ha ido afinando sus dotes de actriz. Mírela usted exagerar sus problemas de movilidad, fingir temblores, inventarse padecimientos físicos y mentales, lo que sea con tal de sujetarnos a los demás a su lado y ponernos a su entero servicio. Igual que hace un momento, ¿la ha visto usted?, cuando venía del cuarto de baño por el pasillo agarrándose a las empuñaduras del andador como quien intenta evitar la caída inminente en un precipicio. Y, sin embargo, anoche no tuvo el menor problema para levantarse de la cama a las tantas de la madrugada e ir por su propio pie hasta la cocina a empapuzarse de pasteles.

Durante los primeros días después del ictus, Manoli había sufrido dificultades para hablar. Pronto se le pasaron y, aunque tenía momentos de confusión y pérdidas ocasionales de memoria, de nuevo se expresaba con lucidez y soltura. A lo que se negaba en redondo era a salir a la calle, en parte por el inconveniente que suponía para ella la falta de ascensor en el viejo edificio, también y sobre todo porque no deseaba que nadie la viese en su estado actual.

Acomodada en su sillón, lanzó en dirección al techo un resoplo con apariencia de suspiro.

—Hija, no estoy en condiciones de preparar la comida.

—Tranquila, *ama.* Yo me encargo.

—¡Con la ilusión que tenía de darle una sorpresa a tu hermana! Me dijo ayer que desde que se instaló en América no ha vuelto a comer salmonetes rebozados. Diana me los ha traído de la pescadería. Están en la nevera.

—Muy bien. Yo los freiré.

—Y las vainas las puedes poner en la olla rápida, pero antes tienes que pelarlas.

De ahí a poco expresó su necesidad urgente de ir al cuarto de baño y Diana, que estaba a punto de terminar su horario laboral de aquella mañana, la acompañó. Tras sentar de nuevo a Manoli en el sillón, la cuidadora anunció que le había llegado la hora de marcharse. Maite la vio colocar las manos sobre los hombros de su madre y estamparle un beso lento en la frente. Manoli lo recibió con la naturalidad de quien está habituado a tales demostraciones de ternura. Diana se despidió con semblante risueño y Maite la precedió por el pasillo hasta el vestíbulo, donde en voz baja, mientras la cuidadora se calzaba los zapatos de calle, le agradeció todo lo bueno que hacía por su madre. Aprovechando la cercanía de las caras, Maite le pasó en lo que parecía un gesto espontáneo, con suavidad, el dedo índice por los labios. Diana pensó que acaso Maite le había apartado una suciedad.

—¿Tengo algo en los labios?

—Tienes amor.

Y las dos mujeres se sonrieron y enseguida la puerta, al cerrarse, las separó.

Aún era temprano. «¿Voy a casa? ¿Me quedo?» Maite no había contado con que esa mañana también le tocaría ocuparse de la comida, así que, después de pensarlo un momento, entre la pereza

de traducir y la de cocinar eligió la segunda. Se lo comunicó a su madre, quien, aferrándose al andador, se dirigió a la cocina dispuesta a supervisar la tarea. Lavadas las vainas, madre e hija, sentada una enfrente de la otra, se pusieron a pelarlas.

—Qué triste, qué horrible es llegar a la vejez.

—*Ama,* no empieces.

—Disimulas bien, pero yo apuesto a que te has dado cuenta de que algo no marcha bien en mi cerebro. Te lo noto en la manera de hablarme, despacio, con pausas, como se habla a los niños y a los retrasados mentales. La mayor amargura es que ni siquiera los más cercanos le digan a una la verdad y finjan que todo sigue como siempre, que nada ha cambiado.

—Según tú, ¿qué ha cambiado?

—Para mí han cambiado muchas cosas y todas a peor. Por primera vez en mi vida me causa repugnancia mirarme en el espejo. Los espejos han sido hasta hace poco mis mejores aliados. Espejos de casa, de los bares, de los hoteles y de cualquier parte. No los he buscado. No los necesito. Solía llevar uno pequeño en el bolso, pero apenas lo usaba. Ellos venían a mí, deseosos de reflejarme. Allí donde por azar los encontraba, me paraba un instante y el espejo de turno me decía: Manoli, eres una mujer bella, estamos orgullosos de repetir tus facciones. Ningún espejo habla hoy día conmigo de esa manera. Se acabaron la admiración y la galantería. El tiempo me ha desfigurado. Los espejos, mala señal, han empezado a guardar silencio cuando los miro. Y luego está el ictus, que me ha averiado la cabeza más de lo que el doctor Balerdi está dispuesto a reconocer. Otro que también prefiere andarse con rodeos y con palabras complicadas que parecen significar mucho y no significan nada. Los análisis, las ecografías, dirán lo que quieran, pero yo no soy la misma de antes. Por las noches, en la cama, intento recordar

nombres, caras, momentos importantes de mi vida, y ¿qué ocurre? Que acabo metida en una bolsa de oscuridad. Lo terrorífico es que la parte del cerebro que se da cuenta de lo que me pasa sí funciona y a menudo tengo sueños raros. Corro hacia mi madre, allá en el pueblo. Madre, madre, espérame, le digo. Ella no se para. Por fin, a todo correr, con la lengua fuera, la alcanzo; me hinco de rodillas delante de ella; quiero besarle la mano, la falda, lo que me deje; pero, rabiosa porque se me ha olvidado su nombre, me rechaza. Mala hija, me reprende, sólo recibo de ti ingratitud, apártate, no sé para qué he salido de la tumba, ¿para que me desprecies? Y yo me despierto de golpe, asustada, empapada de sudor. Por lo que más quieras, Maite, no dejes que me vuelva loca. Haz algo, lo que sea, si ves que desbarro. Incluso te dejo que me riñas. ¿No dices nada?

—Es que tú te lo dices todo.

Cortadas las vainas y ya puestas con agua y sal en la olla, sólo faltaba añadir las patatas; más tarde el ajo frito que tanto gustaba a Elene. Las patatas estaban en una caja de madera dentro de un armario. Al sacarlas, Maite comprobó que habían echado brotes. Sin dudarlo se ofreció a acercarse al mercado a comprar nuevas. Su madre se opuso alegando que, bien peladas, se podían comer. Maite recordó haber leído en una revista que las patatas con brotes son tóxicas; pero como su madre se obstinase en aprovecharlas, no insistió.

—Cometí un error. Sí, como lo oyes. El error de no tragarme un frasco entero de pastillas el mismo día en que murió el *aita*. Nadie se imagina cuánto lo echo de menos. ¡Y mira que discutíamos y nos peleábamos! Pero es que al morirse me dejó tirada en un vacío. ¿Recuerdas cuando leía todas las mañanas mi horóscopo en el periódico? Pues ahora no, ¿para qué? No me interesa el futuro, respiro por costumbre, ya no tengo alicientes. Preferiría estar con

Gregorio en el cementerio y no aquí, en esta casa llena de silencio, pudriéndome al ralentí, cada vez más chocha y más inútil. Es lo que soy, una vieja inútil a la que le tiemblan las piernas y a la que hay que lavar el culo como a un bebé. No pasa un día sin que me pregunte qué puñetas hago yo en el mundo. Estorbo, doy trabajo, causo gastos, me abruma la soledad y me aburro.

—No me negarás que hoy te has levantado con el pie izquierdo.

—Yo he sido muy hermosa. Mira mis fotos de cuando era joven. Qué orgullo de figura, de melena, de dentadura. Atraía a los hombres, también después de casada, que el pobre Gregorio tenía que vigilarme como se vigila un diamante para impedir que lo roben.

—¿Y lo robaron?

—Poco faltó.

—¿Puedo besarte?

—¿No te interesa lo que digo?

—Lo que me interesa es besarte.

—Concho, pues besa de una vez.

Maite se levantó de la silla, tomó la cabeza de su madre entre las manos y le dio un rápido beso entre los ojos. Manoli siguió hablando sin inmutarse:

—Yo quise mucho a mi marido. Más de lo que él se figuraba. No éramos como las parejas de ahora, que a la primera discusión van corriendo a divorciarse. Lo mejor de Gregorio fueron las dos hijas que me hizo. Me da pena no habérselo dicho en vida. No te pienses que soy una resentida. A mi manera he sido feliz. Ahora no lo soy. Me aplasta el miedo de dejaros una imagen de vejez y de enfermedad. Pienso en Elene, que se volverá pronto a los Estados Unidos y quizá no la vuelva a ver y el último recuerdo que se lleve de mí sea el del vejestorio en que me he convertido.

Algo más quiso decir; pero se llevó de pronto las manos a la cabeza y guardó silencio en medio de una frase.

—¿Qué te pasa?

Esperó unos segundos antes de responder:

—Primero mete las patatas en la olla. Mira después si quedan guantes de látex y acompáñame al retrete.

10

Un banco público

Y mientras las vainas se cocinaban en la olla rápida, Maite ayudó a su madre a acomodarse en el sillón de la sala. Por ruego de ella, encendió el televisor. La pantalla mostraba en aquellos momentos imágenes de una calle de Ermua. En primer plano, un reportero formulaba preguntas, micrófono en mano, a un vecino que no bajaría de los setenta años, rodeado de caras curiosas, sobre Miguel Ángel Blanco. El hombre, a cubierto de un paraguas, dijo conocer a la familia («buena gente») del secuestrado, dedicó a este una ristra de calificativos elogiosos y expresó el convencimiento de que ETA había cometido una gravísima equivocación al secuestrar a un chaval que no había hecho daño a nadie.

—Quita eso, haz el favor. No estoy yo con el ánimo de aguantar tanta política.

Maite fue pasando programas con el mando a distancia hasta encontrar uno del gusto de su madre. A continuación fue a la cocina, donde, ya cocidas las vainas, limpió los salmonetes y los dejó enharinados en un plato con la idea de rebozarlos de huevo y freírlos más tarde, cuando las tres mujeres pudieran saborearlos recién hechos. Aún faltaban casi dos horas para el almuerzo. Un rato antes, la campana del Buen Pastor había dado las doce del mediodía. Maite anunció a su madre que se iba a casa. Volvería a tiempo.

—¿Me dejas sola?

—Tengo que traerle a Elene las prendas que me dio ayer para lavar.

—No se te ocurra contarle que estoy suelta de vientre. No hace falta que se entere.

—Antes que se me olvide, ¿tú te acuerdas de cuando al *aita* le sentaron mal unas ostras el día de Navidad?

—A Gregorio le sentaban mal muchas cosas. ¿Cómo me voy a acordar?

—¿No recuerdas que vomitó en el pasillo, los parientes se tuvieron que marchar y nos mandaste a Elene y a mí a la cama?

—¡Yo qué sé! ¿Intentas ponerme a prueba? Pues ya te voy a sacar yo de dudas: se me está olvidando todo. Igual me ha entrado esa enfermedad que borra la memoria y el día menos pensado te pones delante de mí y te confundo con una oveja.

—Perdona. No pretendía enfadarte. Me ha venido una imagen y quería estar segura.

—Hala, hala, mejor vete a tu casa y vuelves para la comida.

Pero en lugar de dirigirse a su domicilio, Maite se desvió por la calle San Martín hasta el banco público del paseo de los Fueros donde Andoni, una tarde lejana, se le declaró con brusquedad de tímido. De cuando en cuando ella iba a sentarse en el banco, siempre o casi siempre libre, ya que el paseo, encajonado entre dos calzadas, no ha sido nunca un sitio concurrido.

El banco estaba mojado de lluvia de la pasada noche. A ella no le importó. Apartó un poco el agua con la mano y tomó asiento como si tal cosa.

—Créame que no se lo pregunto por entrometerme en sus asuntos, pero comprenda que me pica la curiosidad. ¿A qué se debe esta costumbre, rito o como quiera llamarlo de venir a sentarse aquí en su tiempo libre?

—No sabría decírselo con exactitud. Supongo que la nostalgia tira con fuerza de mí. El sitio apenas ha cambiado en los últimos diez

años. Descontando que los árboles hayan podido crecer, lo demás me parece que sigue igual. La memoria es engañosa y habrá diferencias, pero yo no las noto. Por eso, visitar este jardín recogido y hermoso me reaviva sensaciones de un tiempo ido que me son de todo punto agradables. Me encanta la panorámica que se abarca desde el banco: los árboles, la hierba, esa hilera de arbustos y, detrás, el río con su barandilla blanca y su ocasional pescador de caña. Hoy no se ve ninguno; pero algunos días, dependiendo quizá de las mareas, sí que los hay, a veces dos o tres. También ocurre a menudo que se me acercan los gorriones. Dan saltitos delante de mí como a la espera de unas migas de pan. Si me acuerdo, suelo traer un cuscurro de casa. Y yo bien sé que no son los gorriones de entonces; pero se parecen tanto a sus ancestros y vienen a mí tan confiados que me hago el ánimo de que sí lo son.

—Su marido ¿sabe que usted gusta de visitar con frecuencia esta especie de santuario de su noviazgo?

—*Con frecuencia* no es la expresión correcta. Digamos que vengo de vez en cuando y que a lo mejor pasan dos o tres meses sin que me deje caer por aquí.

—Lo preguntaré de otra manera. Su marido ¿conoce este hábito suyo?

—Nunca se lo he revelado. Tampoco considero importante que lo sepa o que lo ignore. ¿Para qué causarle fastidio con mis supersticiones y mis pequeños juegos íntimos? Puede que ni se acuerde del banco. No recuerdo haberlo mencionado en nuestras conversaciones. Andoni tenía claro que quería salir conmigo. Pasábamos los dos una tarde por este lugar, después de habernos despedido de la cuadrilla. Se nos ocurrió sentarnos, hacía calor, me miró, lo miré y él, titubeante, torpe, apocado, se abalanzó de buenas a primeras a besarme en los labios, con tanto ímpetu que se le

cayeron las gafas al suelo. Por entonces él estudiaba en Pamplona, yo en San Sebastián. Nos veíamos los fines de semana. Era domingo. Al día siguiente, por la mañana, se marcharía de nuevo. La idea de no estar juntos durante unos días debió de insuflarle el coraje que hasta entonces le había faltado.

—¿Volvieron a sentarse alguna vez en este banco?

—Sí, muchas veces. También en otros del jardín; pero, por lo general, en este, que desde la primera tarde se convirtió en una especie de talismán para nosotros. De retirada a casa, Andoni solía acompañarme hasta el portal. Veníamos por el paseo de los Fueros, nos pillara o no de paso, más que nada porque ofrecía el escenario perfecto para dos enamorados deseosos de estar a solas. Un día, aquí mismo, de anochecida, me tocó los pechos. Confieso que no me lo esperaba, pues él era muy comedido. De golpe se dejó llevar por un pronto raro en él y metió la mano por debajo de mi sostén. Yo me mantuve calladita. Barrunto que, mientras tanto, la voz de la conciencia le susurró que eso no estaba bien, que a una chica hay que respetarla, así que con la misma rapidez con que había metido la mano la sacó. Avergonzado, me pidió disculpas. Entonces tomé su mano entre las mías y la llevé hasta uno de mis pechos. En aquellos momentos me tentó revelarle el enorme placer que me producía. A ver, entiéndame. No me refiero a un orgasmo ni a nada por el estilo, sino al milagro de sus manos. Tibias, suaves: seda pura, créame. Preferí, no sé por qué, guardar silencio. En fin, perdone la cursilería, pero es que no existen en el lenguaje humano palabras adecuadas para describir el efecto que causa el tacto de esas manos.

—Después de casados, ¿han vuelto ustedes al banco?

—Después de nuestra boda, siempre he venido aquí sola, y antes, en las últimas semanas de soltera, también. Quién sabe si él hace lo mismo sin decírmelo, aunque lo dudo. Es un hombre de ciencias. No

lee novelas, se queda dormido en el cine, está más hecho para los números, los aparatos y el ajedrez que para las escenas románticas. Ojo, que yo se lo respeto. No vaya usted a creer que no nos entendemos.

Por el camino de vuelta a casa, al enfilar su calle, le pareció entrever la posibilidad de un castillo. Buscó oscuridad a su alrededor. A esas horas de la mañana era imposible encontrarla en la vía pública. Conque se apresuró a cerrar los ojos bajo el saledizo que daba sombra a un escaparate; pero, por mucho que forzó su mente para formar un castillo, no lo consiguió. Lo intentó un poco después en el portal de su casa, arrimada a un rincón en penumbra, y ya parecía que sí, que algo empezaba a perfilarse en el fondo de su conciencia, cuando los pasos de un vecino que bajaba las escaleras truncaron los contornos aún vagos de una incipiente fantasía.

En casa hizo un intento vano de reanudar la tarea de traducción. Sólo con ver los papeles esparcidos sobre el escritorio le sobrevino una pereza invencible. Se preparó una taza de café y después, por matar el tiempo, se entretuvo ojeando el diario de Elene.

22 de enero, miércoles.

Yo, de pequeña, era una niña guapa. Todos lo decían. Los parientes, los vecinos, la *amona,* que en paz descanse. Y era verdad. Miro fotos de cuando aún no había cumplido ocho o nueve años y soy una ricura con mis vestidos y mis trenzas y encima siempre sonriendo. Pero ahora que me está cambiando el cuerpo no paro de inflarme. No lo entiendo, porque mucho, lo que se dice mucho, no como. Hace días que tiro a la papelera el bocadillo y la manzana o lo que lleve de fruta al *cole*. Intento comer menos, también en casa, sin que se note para que no me vengan luego con regañinas. Para colmo me salen granos. Eso aún me preocupa más. No te los revientes, que es peor, dice la *ama*. Razón no le falta. Tengo la

espalda llena de bultitos. A veces, en clase, me llevo una mano a uno de ellos por debajo del uniforme, aprieto y siento cómo revienta. Me da mucho miedo que me pase lo que a mi amiga Lourdes, a la que el acné le está destrozando la cara. Así, ¿cómo vas a gustar a los chicos? Yo creo que, como me salga acné (¡qué fea palabra!), me tiro de cabeza al tren.

17 de abril, jueves.

Se ha muerto el señor Guillermo. Era un buen hombre, un poco seco en el trato y bastante menos hablador que su mujer. Hacía mucho que no lo veía, a lo mejor porque estaba en el hospital. Me imagino que lo trajeron a morir a su casa. A media tarde han sonado ruido de pasos y voces en la escalera. Yo estaba sola estudiando para el examen de Religión. El *aita,* supongo, andaría enfrascado en sus asuntos de la notaría; la *ama,* de compras, y Maite en la merienda de cumpleaños de una niña de su curso. Por la mirilla he visto cómo sacaban al señor Guillermo al descansillo en una caja sin cerrar. Sólo se le veía la cara pues el resto del cuerpo y la cabeza lo llevaba envuelto en una tela blanca que a lo mejor era una sábana, no estoy segura. Tenía las facciones amarillas y los ojos cerrados. Es el primer muerto que veo. No les he dicho nada a los *aitas*. Hace un rato, cuando he bajado la basura, había una mesa de condolencias en el portal, ya con algunas firmas. Me he inventado un nombre, Tomás Ansola (por Ana Mari Ansola, la más lista de mi clase y la que mejores notas saca), y he firmado desfigurando mi letra. No creo que se entere nadie, pero si se enteran, ¡menuda bronca que me va a caer! Luego, en la cama, mientras duerma, si duermo, me vendrán pesadillas.

23 de noviembre, domingo.

Lo pone en el periódico. Don Juan Carlos fue proclamado ayer ante las Cortes Rey de todos los españoles. ¿De mí también? ¿Y si no quiero? El *aita* no lo traga. Le oyó hablar por la tele y sentenció: Nos han colado a un tonto. La *ama* intervino: Un respeto, Gregorio, que no nos ha hecho nada. Parece muy alto. En la tele es el más alto de todos. La gente que lo acompaña no le llega al hombro. Eso sí, lee fatal, como si la lengua se le hubiera salido de su sitio. El *aita* cree que durará poco en el cargo. Dice que un rey es una cosa de tiempos antiguos, de la baraja de naipes y de cuentos para niños. A la *ama* le interesan más la ropa y el peinado de la Reina. La juzga elegante. Y como el *aita* sigue renegando y haciendo chistes contra el Rey, le contesta: Tú lo que pasa es que has sido toda la vida un rojo y, si no lo hubieras sido, igual habrías llegado más lejos. ¿Tú qué hablas, sabihonda? Han acabado de morros por culpa de la monarquía.

21 de diciembre, domingo.

El gordo de la lotería navideña ha caído este año en San Sebastián, al número 47.107. En total, 1.875 millones de pesetas, más otros treinta y siete millones para las aproximaciones. Es la gran noticia del periódico. Un buen pellizco ha ido para los militares del cuartel de Loyola, pero también mucha gente de la ciudad se ha visto beneficiada. Todas las series del número premiado fueron vendidas en la Administración de Lotería número 9 de la calle Embeltrán, en la Parte Vieja, lejos del despacho del *aita,* por lo que ya me olía yo que este año tampoco nos ha tocado. Ayer, cuando llegó a casa, se lo pregunté. Nada, hija, ni un céntimo. El *aita* parecía no sé si triste o decepcionado o las dos cosas a la vez.

A Maite la habría complacido encontrar un número mayor de menciones de su nombre en el diario; pero ya se daba cuenta de

que para su hermana ella fue por aquellos años lejanos (y siguió siéndolo más tarde y sin duda lo era todavía) una figura marginal.

Se dijo ante el espejo del baño mientras se preparaba para salir:

—Me da un poco de pena; pero, muchacha, ¿de qué te vas a quejar? Elene tampoco ha sido una presencia relevante en tu vida.

Decidió marcharse aunque era temprano. Deseaba llegar a casa de su madre con una antelación de más de media hora, lo que le permitiría poner la mesa, freír los salmonetes y despachar cualquier otra tarea de última hora con tranquilidad, de forma que a la llegada de Elene, en torno a las dos de la tarde, estuviera todo listo para el almuerzo.

Además de la ropa de su hermana, limpia, planchada y metida con cuidado en una bolsa grande de plástico, Maite cargó con la cámara. La vio por casualidad encima de la cómoda del vestíbulo cuando se dirigía a la puerta de salida, y pensó que a la visita de su hermana después de tantos años de ausencia no debería faltarle el debido testimonio fotográfico. En el momento de abrir la puerta, le llegaron desde la sala los timbrazos del teléfono. Al pronto le vino un impulso de volver sobre sus pasos, lo que la ponía en la disyuntiva de pisar con tacones el parqué o descalzarse. Permaneció inmóvil. «Si suena nueve veces», se dijo, «lo cojo.» Fue contando los timbrazos. Después del séptimo, el aparato quedó en silencio y Maite se marchó sin haber atendido la llamada.

11

Calor y compañía

No había terminado aún de bajar el primer tramo de escalera cuando a Maite le vino al pensamiento el lazo azul y, sin dudarlo un instante, volvió a buscarlo al piso convencida de que el secuestro de Miguel Ángel Blanco le imponía la obligación moral de lucirlo en la pechera. Hacía mucho que no veía la pequeña pieza de tela. Ni siquiera recordaba dónde la había metido y tuvo que revolver cajones y hurgar entre toda clase de objetos hasta dar con ella. Tan deprisa como se la puso se la quitó. Prefería ser prudente y comprobar si en la calle otros transeúntes también llevaban el lazo. Así discurriendo, lo introdujo en un bolsillo del pantalón, pasó la yema de un dedo por la cicatriz de la frente y salió de casa.

Mientras cerraba la puerta con llave, le llegó de nuevo, desde el interior de la vivienda, el sonido del teléfono. Los timbrazos parecían ordenarle conminatorios: «Ven aquí..., ven aquí...», pero ella no tuvo la menor tentación de volver a la sala y ponerse al aparato, lo que durante unos instantes le proporcionó una grata sensación de victoria. De victoria ¿sobre qué o sobre quién? No le importaba en absoluto averiguarlo y todavía, en el momento de pisar la calle, notaba en la comisura de los labios un cosquilleo leve de satisfacción.

En el corto trayecto entre su casa y la de su madre no se cruzó con una sola persona que portase el lazo azul, así que esperó a estar dentro del portal, a salvo de miradas, para prendérselo en lugar bien visible de la blusa. Abrió la puerta, como de costumbre, con su propia llave y se sorprendió al ver que Elene había llegado a la casa

bastante antes de lo acordado, al parecer empujada por un acceso de hambre. Incapaz de contener el apetito, quiso picar un trozo de pan con fiambre o queso, le daba igual, y resultó que manejando un cuchillo afilado se había hecho un pequeño corte en un dedo. Ella lo atribuyó a un falso movimiento debido al hormigueo que sentía en las manos. Su madre le estaba poniendo una tirita cuando Maite entró en la cocina. Sobre la mesa, entre la vajilla y los cubiertos ya dispuestos para el almuerzo, se veía una servilleta con varias salpicaduras de sangre. La madre se apresuró a restar importancia al percance. Elene le replicó:

—Concho, pues me ha dolido.

Maite preguntó dónde debía poner la bolsa con la ropa limpia. Elene le respondió que por favor en el pasillo, junto a la puerta de salida; le dijo: «Eres un sol», y le dio las gracias. Después las dos hermanas acompañaron a la madre hasta el sillón de la sala, cada una a un lado, ya que la mujer no tenía el andador consigo y ellas preferían tomar precauciones. No hizo falta sujetarla de los brazos, pues en realidad Manoli, aunque vacilante, se podía desplazar sin ayuda. En la sala, Maite reveló en tono jovial que había traído la cámara con la intención, según dijo, de «dejar constancia fotográfica de aquel histórico encuentro familiar».

Elene se opuso tajante:

—*No way.* A mí no me vas a sacar ninguna foto. Detesto mi cara, detesto mi cuerpo, me detesto entera y no estoy vestida ni peinada para la ocasión. Pero, si queréis, yo os puedo fotografiar a vosotras.

Antes que los aires de discordia derivasen en tormenta, Manoli intercedió conciliadora:

—¿Por qué no comemos primero? Esta —por Elene— se nos va a desmayar de hambre.

Así acordado, Maite expresó su propósito de freír los salmonetes y Elene se ofreció a ayudarla.

—No hace falta que te molestes. Lo tengo todo preparado.

—Te haré compañía.

A Manoli, arropada con su toquilla, no le importó quedarse sola mirando la televisión. Las dos hermanas volvieron a la cocina, donde comprobaron que las vainas seguían calientes dentro de la olla. Maite puso a calentar una sartén con aceite mientras Elene se ocupaba de batir los huevos.

—¿Y esa cajita?

Maite se había sorprendido al verla medio escondida detrás del frutero. Tenía un envoltorio de papel blanco y azul sujeto con un lazo de regalo.

—Son pastas de piñón. Pensaba sacarlas para postre, pero prefiero que mamá no las vea. Me ha confesado que por la noche se zampó los pasteles sobrantes de ayer y tiene descomposición. Me ha pedido que por favor no te cuente nada, así que mejor dejamos pasar el asunto, ¿vale? También me ha contado que esta mañana tú querías saber si ella se acordaba de las navidades en que al *aita* le sentaron mal unas ostras. Eso me ha bastado para darme cuenta de que has estado leyendo mi diario.

Sin esperar la posible respuesta de su hermana, Elene sugirió echar ajo troceado al aceite de los salmonetes y, una vez frito, añadirlo a las vainas.

—Me encanta el ajo. El ajo es mi droga secreta. Digo esto porque en casa lo tengo que comer a escondidas. Ni a Johnny ni a los niños, no digamos a mis suegros, les hace gracia.

A Elene, palidez, ojeras, se le notaban en la cara las pocas horas que debía de haber dormido la última noche.

—¿Qué tal ayer en la sidrería?

—Te puedo responder con una sola palabra: emocionante. Me es indiferente lo que el futuro me depare. Las horas de felicidad que viví anoche las llevaré para siempre *on my mind*. Fue imposible juntar a la cuadrilla al completo. Al final nos reunimos ocho. No faltó nada en el menú: la alegría compartida, las mismas voces, las viejas chanzas. A los pocos minutos me dolía la mandíbula de tanto reír. ¡Y qué buenas la comida, la sidra y las copas para rematar la fiesta! Nos pusimos al día de nuestras respectivas historias personales. En trece años ocurren muchas cosas, no todas buenas, la verdad sea dicha, y es innegable que se nos nota la edad. A unos más que a otros. Pero al menos los que estuvimos ayer en la sidrería conservamos intactos el buen humor y la alegría. Hubo un momento en que, de puro contenta, no pude contener las lágrimas. Entonces todos se me echaron encima para abrazarme y se pusieron a cantar en mi honor. La gente que abarrotaba la sidrería respondió al unísono cuando uno de la cuadrilla gritó tres veces: *¡Gora* Elene! Necesité como veinte minutos para que se me pasara la llorera.

—Es bonito todo esto que me cuentas.

—*It was just wonderful*. Cuando lleguen las nevadas y el frío, que en Rhode Island es brutal, y yo esté sola en casa, pensaré en la cena de ayer y estoy segura de que el recuerdo me proporcionará calor y compañía, que buena falta suelen hacerme.

—¿Y tenéis plan para esta noche?

—Aún no, pero quedamos en llamarnos. Algo haremos. Hablaban de despedirme mañana con una caracolada. Son pocos días. Tengo que aprovechar.

—Se te ve cansada.

—Normal. Llegué al hotel cuando empezaba a clarear y no creas que con los pasos muy rectos. Pero, bueno, algo he dormido y aquí estoy, preparada para una nueva ronda de felicidad.

Los salmonetes rebozados chisporroteaban en la sartén bajo la atenta mirada de Maite, lista para sacarlos con la espumadera tan pronto como estuvieran en su punto, ni crudos ni demasiado hechos. Y Elene, mientras tanto, acercó por segunda o tercera vez en cuestión de unos pocos minutos la boca al grifo y tomó un trago de agua.

—¿De verdad que no quieres —le dijo Maite— que te saque unas fotos al lado de la *ama* y te las mande por correo?

—No soy amiga de fotos.

—Piensa en los inviernos duros de Rhode Island.

—No te sigo. ¿Qué tiene que ver el invierno con las fotos?

—Pues lo mismo que encontrarás calor y compañía acordándote de la cena de ayer, unas imágenes de la familia podrían cumplir, digo yo, la misma función, incluso si no hace frío.

—*Really ironic.* No te metas en mi soledad, hermanita. Mi soledad es un mundo que se regula por leyes que tú desconoces.

—A tus hijos les gustará verte al lado de su abuela vasca.

—Cuando crezcan no te digo que no. Ellos viven ahora en un universo aparte. Déjate de fotos, haz el favor. No vas a convencerme por mucho que insistas. Voy a ver qué hace la *ama*.

Se dirigió a la sala y regresó a los pocos segundos.

—Se ha quedado frita.

—Ha pasado mala noche. No es buena idea despertarla. Podemos comer tú y yo solas, y luego que lo haga ella en nuestra compañía. En su estado, es dudoso que tenga apetito. Voy a proponer hacerle un plato de arroz blanco.

Elene volvió la mirada hacia la puerta de la cocina, en un claro gesto de disimulo, antes de decir en voz baja:

—Me podrías echar en cara con razón que me meto donde no me llaman, pues vivo al otro lado del océano y entonces, lo sé, lo sé,

todo el trabajo recae sobre ti. Comprendo y acepto que yo no soy quién para organizaros aquí la vida. Si me permites una observación, te diré que no hoy ni mañana, pero algún día quizá no muy lejano, habría que ir pensando en buscarle a la *ama* una plaza en una residencia.

—No se te ocurra mencionar el tema delante de ella porque se nos muere del disgusto.

—¿Quiere esto decir que lo habéis hablado?

—Nunca. No me atrevo. Fue ella la que un día, hospitalizada por causa del ictus, me hizo prometerle que la dejaré morir en su casa. Acostumbra afirmar que su vida está aquí y que de aquí sólo saldrá con los pies por delante para ir al cementerio. Yo sospecho, aunque no estoy segura, que se niega a pisar la calle por miedo a que aprovechemos la ocasión para introducirla en un coche y llevarla por la fuerza a un asilo. Se le meten cosas así en la cabeza. No te preocupes, el tiempo decidirá. La *ama* no tiene edad ni está tan mal como para pensar en recluirla en un centro de mayores. De momento nos arreglamos con Diana, que es eficiente y bondadosa. Yo procuro ver a la *ama* todos los días, me ocupo de sus asuntos, vigilo que esté limpia, que se alimente y tome sus medicinas.

—Agradezco que la cuides y te admiro por ello. Y, por supuesto, si yo puedo ayudar en algo, aunque sea desde la distancia, sólo tienes que mandarme un aviso.

Fritos los salmonetes, Maite los llevó en una fuente a la mesa y los puso a un lado de la olla con las vainas, colocada sobre un salvamanteles de madera. Antes de tomar asiento, Elene se cercioró de que su madre seguía dormida. Las dos hermanas decidieron no despertarla y, sentada una frente a la otra, se sirvieron la comida, conformes ambas en acompañarla con agua del grifo.

Después de unos cuantos bocados, Elene alabó las vainas y a continuación adoptó un tono susurrante y confidencial para decirle a su hermana:

—Si ves algo raro en la próxima factura de teléfono de la *ama* no te extrañes. Ayer por la tarde, cuando ya te habías ido, hice una llamada a Johnny. Sólo quería decirle que estoy bien. A lo mejor podía haberle mandado un mensaje por correo electrónico, pero no dispongo de computadora y además él prefiere escuchar mi voz. Mi idea era mantener un diálogo breve, pero Johnny no paraba de hacerme preguntas. Luego me contó la historia de un compañero de trabajo. James andaba por allí cerca, también se puso al aparato, y al final la niña también quiso saludarme. Total, que no será una llamada barata. Como no es mi intención abusar, estoy dispuesta a enviarte el importe desde Providence. Es que, ¿sabes?, no he traído dinero suficiente.

—No te preocupes por eso. ¿Por qué no vienes a mi casa y llamas desde allí y hablas todo el tiempo que quieras?

—Con la llamada de ayer es suficiente.

Un sollozo estuvo a punto de dejar la frase inconclusa.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho algo inconveniente?

Elene negaba con la cabeza, incapaz de articular una palabra. Y se llevó un dedo a los labios en petición de silencio, temerosa de que su madre las oyera hablar. Llena de lástima, Maite se quedó mirándola sin saber qué decirle ni cómo consolarla. El silencio entre las dos hermanas se prolongó hasta que Elene se serenó lo suficiente como para hablar de nuevo.

—Todos —dijo— me ofrecéis ayuda y cariño, y eso, claro, me vuelve sentimental. Perdóname, enseguida se me pasará. ¡He echado tanto en falta mi tierra! Quien dice la tierra, dice todo lo que en ella se contiene: mi ciudad, tantos rincones adorables, las

amistades, las costumbres, los olores y sabores... Aunque una quiere a su familia y, por supuesto, a sus hijos, la nostalgia pesa. Y la soledad no digamos. Al encontrarme aquí después de tantos años imagínate la de sensaciones que se me agolpan en la cabeza y la pena que tendré que soportar el domingo, cuando me marche lejos, quién sabe por cuánto tiempo.

Maite alargó las manos por encima de la mesa hasta estrechar las de su hermana, movida por una acometida violenta de compasión y afecto. Y sentía dolor en los ojos al ver sus prendas de ropa modestas y anticuadas, el peinado sin gusto, el semblante hinchado, la tirita en el dedo...

De pronto, Elene la miró con fijeza y le preguntó si podía pedirle un favor.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Necesitaría un poco de dinero para gastos personales, nada de lujos, te lo juro, y yo te lo devolvería por transferencia en cuanto llegue a Providence. Me traje la tarjeta de crédito, pero preferiría no usarla en un cajero del extranjero si lo puedo evitar.

—Tranquila. Sólo tienes que decirme cuánto necesitas.

—Había pensado en treinta mil pesetas, quizá treinta y cinco mil. ¿O es mucho?

—No llevo conmigo esa cantidad. Podría entregártela en el hotel, hoy mismo si lo deseas, aunque tendría que ser después de la clase de yoga.

Se oyó a este punto el arrastrar de unos pies lentos por el pasillo. De ahí a poco, la madre apareció en el umbral de la cocina. Soñolienta, con aire fatigado, dijo:

—Ah, pero ¿ya estáis comiendo?

Elene fue sin demora a su encuentro y, agarrándola de un brazo, la condujo hasta la mesa.

—No te queríamos despertar —dijo Maite—. ¿Quieres que te haga un arroz blanco?

12

La paz de casa

—¿No habéis sacado la vajilla buena?

—Qué más da, *ama*. Siéntate.

Manoli tildó el arroz blanco de *txerri jana,* comida para cerdos. Ella quería comer lo mismo que sus hijas, expuesto sobre la mesa con un aspecto y un aroma por demás apetitosos. Y, rechazando la ayuda que le ofrecían y las advertencias sobre su estado de salud, se sirvió con el cucharón dos trozos de patata y unas pocas vainas y, por último, pinchó con el tenedor un salmonete. No le pasó inadvertida la cajita de regalo escondida detrás del frutero.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Eso.

—Nada.

—Lo podéis dejar ahí para cuando me ponga buena.

Elene contó de manos a boca que por la mañana había asistido a una misa en el Buen Pastor. No tenía intención de hacerlo ni sabía de horarios. Pasaba cerca y había entrado a curiosear al estilo de los turistas, y eventualmente a rezar. Su madre reaccionó con sorpresa.

—No me digas que te has vuelto creyente. Pero si, cuando vivías aquí, no pisabas nunca la iglesia. A lo sumo en el colegio de las monjas por guardar las apariencias y por obligación. En esta casa no hemos sido rezadores. El *aita* el que menos. Era capaz de cambiar de acera por no cruzarse con una sotana.

Elene le replicó con malévolo retintín:

—Y, sin embargo, os casasteis por la iglesia.

—Y nos bautizasteis —agregó Maite en parecido tono, sonriendo como para darle un toque humorístico al reproche.

—A vuestro *aita* hubo que llevarlo casi a rastras al altar. Eran otros tiempos.

Elene volvió a la carga:

—En las fotos de la boda se os ve muy sonrientes.

—Tampoco se casa una todos los domingos.

—Pues yo ¿qué queréis que os diga? La vida da vueltas con nosotras dentro, sin que podamos detener el carrusel. Al principio, en Providence, me resistía a cambiar mis puntos de vista, quizá más por pereza que por voluntad de oponerme a unos hábitos que me resultaban novedosos y hasta cierto punto retrógrados. ¿Dónde me he metido?, me preguntaba. Pero, claro, adonde va el novio va la novia. Empecé a ver la vida con otros ojos y, para cuando quise darme cuenta, me había acostumbrado a acudir a la iglesia, influida, no lo niego, por mi marido y por sus padres, muy devotos todos ellos. También, sin duda, por el ambiente social. A los vecinos no se les escapa un detalle.

—O sea, que te volviste creyente para no llamar la atención, algo que tú y Maite aprendisteis cuando ibais al colegio de las Jesuitinas.

—Yo —intervino la aludida— aún conservo el jersey verde y la falda escocesa del uniforme.

—Que antes fueron de tu hermana, por si no lo sabías.

—¿Y qué pretendes? ¿Que se los devuelva?

—Dejad eso. Si queréis que os cuente la verdad, no estoy segura de creer en Dios, aunque reconozco que como interlocutor me vale. Le hablo muchas veces, le pido consejos y favores.

Manoli, con retranca:

—Y, como supongo que es norteamericano, te responderá en inglés.

—Podría si lo quisiera, puesto que Dios tiene la facultad de dirigirse a cada cual en su idioma. Conmigo habla en castellano.

—Si yo fuera Dios, abriría una academia de idiomas.

A Maite la ocurrencia de su madre le arrancó una carcajada.

—Reíd. A mí me da igual. Os aseguro que donde yo vivo resulta ventajoso que todos sepan que practicas la religión. Te ven en la iglesia cantando lo mismo que ellos, venerando al mismo Dios y dándole la mano al *Father,* y la gente del lugar te acepta como uno de los suyos. No les importa cómo te llames ni de dónde vengas. *We are all children of the same God,* dicen. Mis hijos, en todo caso, no deben enterarse de mis dudas. Johnny se llevaría un disgusto. Sus padres me repudiarían. Con deciros que mi suegra canta en un coro de góspel... Estas cuestiones educativas hay que tratarlas con cautela. Supongo que me entendéis.

—Claro que te entendemos —respondió Manoli—. Pero aquí, en San Sebastián, ¿quién te obliga? Tu familia americana no te ve. Tus hijos y tu marido no saben si vas o vienes.

—Yo estaba paseando por el centro y me he metido a comer un pincho de jamón en el Vallés. Total, que al salir del bar he visto la silueta de la catedral al fondo de la calle, he ido para allá y he entrado sin otro propósito que hacer tiempo y echarle una ojeada al interior. Una vez dentro me encuentro a un cura con casulla verde oficiando misa en euskera.

Manoli, que se había atrevido con un segundo salmonete, dijo:

—Dios se adapta a todo y en esta tierra se ha apuntado al nacionalismo.

—Para mí ha sido como volver de golpe a la niñez. He sentido tal fascinación que no podía moverme, como si me hubieran clavado al banco.

Maite le preguntó si había entendido algo:

—¿Lo preguntas con ironía?

—Sólo lo pregunto.

—De vez en cuando captaba una palabra.

Y Manoli, volviéndose hacia Elene, cambió de tema.

—¿Has visto el lazo de esta?

Era imposible no vérselo a Maite en la pechera de la blusa. Aunque un tanto desvaído, el azul resaltaba con fuerza sobre la tela blanca. Elene ignoraba que la pequeña pieza de tela tuviera un significado y pensó que se trataba de un simple adorno.

—Tu hermana es de las valientes a las que les da por meterse en política. Se arriesga a que un día le partan la crisma por la calle.

—¿Quién le va a partir la crisma?

—Que te lo cuente ella.

—El lazo azul no tiene mucho misterio. Es una iniciativa de carácter pacifista como protesta por los secuestros de ETA y como gesto de solidaridad con los familiares de los secuestrados. Lo llevé en otras ocasiones. Me lo he vuelto a poner en señal de rechazo del secuestro, ayer por la tarde, de un joven concejal de la localidad de Ermua. No sé si estás al corriente.

—Esta mañana he visto los titulares en un periódico, pero no he prestado atención.

—ETA amenaza con matar a ese chico si el Gobierno no acerca a sus presos a cárceles del País Vasco en cuestión de horas.

—¿Y los va a acercar?

—Imposible.

—¿Qué más da traerlos cerca? Otra cosa sería soltarlos.

Manoli trató de cortar la conversación.

—Bueno, parad ya.

Elene le replicó:

—*Ama,* tú has sacado el tema.

—Yo —dijo Maite— podría conseguirte un lazo. Es verdad que en algunas zonas de la ciudad es arriesgado llevarlo. En ese punto la *ama* tiene razón. Sin embargo, desde los Estados Unidos te podrías solidarizar con personas de tu tierra de origen a las que causan mucho daño, sin que nadie te ponga mala cara o te increpe cuando vayas por la calle.

—¿Qué sentido tiene hacer algo así tan lejos? Nadie entendería el gesto.

—¿No dices que te llaman *the Basque woman?*

—¿Y qué tiene que ver eso con un lazo?

—Mostrarlo en la vía pública es una forma de ser vasco, a mi juicio, en estos momentos, la forma más decente de serlo. Y lo mismo que izas la ikurriña en el jardín, pues...

Manoli arreó con el tenedor un golpe recio a la mesa.

—Ya basta. No se hable más de política. Os recuerdo que estáis bajo mi techo.

Elene dio la razón a su madre.

—Por la paz de casa, como solía decir el *aita*.

Y reconoció que no estaba al día en los asuntos políticos de España. Se hablaba poco de ellos en los medios de comunicación de Rhode Island. De uvas a peras se mencionaba algún acontecimiento deportivo y para de contar. Del País Vasco nunca llegaban noticias. Ella dudaba que hubiera veinte individuos en Providence capaces de situarlo en un mapa. Igual exageraba. Quien dice veinte, dice treinta, eso no se podía saber. En todo caso, pocas personas. Profesores de universidad y gente por el estilo. Y por otro lado ella no quería que nada ni nadie le estropease la imagen que guardaba de su queridísima tierra vasca, una imagen por demás positiva que la acompañaba con frecuencia en sus recuerdos y sus sueños. Le

importaba un comino, confesó, si esa imagen, su imagen, no se correspondía con la realidad actual ni falta que hacía.

—Ahora que hablas de imágenes y que ya hemos comido, ¿por qué no dejas que tu hermana nos saque una foto?

—Que no, *ama.*

—Concho, una foto para mí como recuerdo de tu visita. ¿No te das cuenta de que me faltas mucho? ¿O te crees que las demás no tenemos derecho a nuestras emociones?

Fue en vano resistirse. Que si las ojeras, que si el peinado, que si los kilos de más... Ante la insistencia de Manoli, que empezaba a dar muestras de enfado, Elene se dio a partido, si bien a regañadientes y con la condición de que ella y su madre posaran en cualquier lugar de la casa que no fuese la cocina con los platos sobre la mesa llenos de raspas y la olla y la sartén y el resto de los adminículos repartidos en desorden por todas partes. De ahí a poco las tres mujeres se retiraron a la sala y allí Maite logró convencer a su madre y a su hermana para que dejaran de poner cara de funeral. Manoli en su sillón, Elene de pie detrás de ella, sonrieron sin entusiasmo y Maite las fotografió.

—Saca dos o tres más por si acaso.

Maite hizo como su madre le pedía. A continuación se ofreció voluntaria para recoger la cocina, a lo que ni Manoli ni Elene se opusieron; y estando ocupada en la tarea, enjuagando los cacharros que luego metía en el lavavajillas, Elene se llegó a su lado y, en voz baja, le dijo:

—Que te conste que las fotos son para la *ama*. No se te ocurra mandarme ninguna por correo.

—¿No quieres al menos una de recuerdo?

A Elene se le dibujó en la cara un gesto de impaciencia.

—Ninguna. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

Maite constató que la vehemencia verbal de su hermana no se correspondía con ciertos asomos de pena o de inquietud o de alarma que parecían pugnar por abrirse paso en sus facciones. Intrigada, no pudo menos de observarlas con detenimiento en busca de confirmación. Había una especie de desajuste o contradicción entre el brillo blando de los ojos y la curvatura severa de las cejas, entre los labios apretados con firmeza, incluso con enojo, y los surcos en apariencia melancólicos de la frente.

—¿Qué miras? ¿Tengo monos en la cara?

—¿Te sientes bien?

—Por supuesto, salvo que me va y me viene el hormigueo en las manos y los pies, y que estoy muerta de sueño, como me pasa de costumbre después de comer y hoy con más razón debido a lo tardísimo que anoche me acosté.

No hablaron más. Elene regresó a la sala y Maite, tras poner en funcionamiento el lavavajillas, se apresuró a encerrarse en el cuarto de baño, acuciada tanto por una urgencia fisiológica como por el prurito de responder a una pregunta que no se le despegaba del pensamiento.

—Ni siquiera sé en qué términos plantearle a usted la cuestión. En vista del proceder de Elene, dígame tan sólo, si se siente capacitada: ¿qué cree usted que está pasando aquí?

—Le pido disculpas de antemano si le causo a usted una decepción. El caso es que carezco de respuesta, al menos de una respuesta clara; pero estoy de acuerdo en que algo anómalo ocurre con mi hermana. Noto que braceo en una poza de sospechas y conjeturas. Elene lleva bastantes años residiendo en un país lejano, donde convive con personas que pertenecen a un sistema mental distinto del nuestro. Durante ese tiempo no nos ha visitado una sola vez hasta ahora. Visto lo visto, me tienta pensar que algunos rasgos

de su conducta son debidos a su alejamiento de nosotras y a la influencia del medio social en el que vive y trabaja y ha sido madre y todas esas cosas. Sin embargo, lo que al principio podría parecerme comprensible y tal vez excusable por las razones que le expongo, empieza a suscitar en mí una creciente extrañeza y aun le diría, si me consiente la sinceridad, una cada vez más honda suspicacia mezclada con preocupación. Advierto en mi hermana detalles que no me cuadran.

—¿Los preservativos en el bolso?

—No, eso es lo de menos incluso en el supuesto no demostrado de que los preservativos apunten al posible hábito de practicar el sexo fuera del matrimonio. Quizá mi hermana y el tal Johnny formen lo que se llama una pareja abierta; aunque, considerando que mi desconocido cuñado es un hombre de rezos e iglesias, no me acaba de parecer plausible esta opción. A lo mejor ellos fornican tanto y en tantos lugares que Elene, por simple precaución, acostumbra llevar preservativos en el bolso y, al emprender el viaje, no se acordó de sacarlos. Son otras particularidades las que a mí de veras me intrigan. ¿Por qué ella se niega con tanto ahínco a que le envíe fotografías de su visita a San Sebastián? ¿Qué tiene de malo enseñarles a sus hijos una imagen actual de su abuela vasca? ¿Y qué me dice usted de la ikurriña? Por mucho equipaje que lleve, ¿usted cree que una bandera ocupa tanto sitio como para que no le quepa en la maleta? Bien doblada apenas abulta y pesa más que una prenda de lencería. ¿Por qué, si tiene una tarjeta de crédito, me pide dinero prestado? En resumen, estoy desconcertada. Yo diría que para cada uno de los actos, ruegos, negativas, argumentos de Elene hallo una explicación si considero cada uno de ellos por separado; en su conjunto, me inquietan y me descolocan. Ojalá me equivoque.

Maite salió del cuarto de baño y, un tanto sorprendida por la ausencia de voces, se dirigió a la sala, donde encontró a su madre en el sillón, con la barbilla sobre el pecho, y a Elene en el sofá, con los brazos cruzados, la cara levantada hacia el techo y la boca abierta, sumidas ambas en un sueño profundo.

13

La cena de ayer

Una mujer de edad, veterana en el grupo de yoga, abordó a Maite al término de la clase. La señora estaba preocupada a causa de la dolencia ocular de una sobrina suya y abrigaba la esperanza de que, por mediación de Maite, la joven pudiera acceder a los servicios de la clínica de Andoni saltándose la lista de espera. Maite observó que Ana Mari Ansola se perdía de vista al fondo del pasillo. Al pronto temió no poder conversar con ella. No había podido hacerlo antes debido a que Ana Mari había llegado con retraso al centro de yoga, ya comenzada la clase, y todo parecía indicar que no lo podría hacer ahora. Una rápida promesa de calculada vaguedad permitió a Maite librarse de la mujer. Se dio prisa en alcanzar la calle y respiró aliviada al comprobar que Ana Mari la estaba esperando en el portal.

—¿Tomamos algo en algún bar de la zona? Dispongo de media hora, tiempo suficiente para contarte detalles de la cena de ayer con tu hermana.

—Por supuesto. Lo mismo te iba a pedir yo, pero una señora me ha entretenido arriba.

Las dos mujeres buscaron un bar por las inmediaciones. Encontraron uno allí cerca, en la plaza de Bilbao, poco concurrido a aquellas horas de media tarde. Se apostaron junto a la barra, pidieron unas consumiciones y Ana Mari entró sin demora en materia.

—¿Has estado hoy con Elene?

—Hemos comido juntas en casa de mi madre.

—¿Y no te ha contado nada de anoche en la sidrería?

—Sí, que se lo pasó en grande, que no parasteis de reír y que, en un momento de la juerga, le cantasteis una canción a coro y ella, emocionada, no pudo contener las lágrimas.

—Qué raro. Elene nos produjo a los de la cuadrilla una sensación de tristeza. La vimos apagada. Nos contó que en su ciudad de los Estados Unidos ha tenido que someterse varias veces a tratamientos por depresión.

—¿En serio? A nosotras no nos ha dicho nada.

—La canción fue un acuerdo a sus espaldas para levantarle el ánimo, pues la velada empezaba a tomar, ¿cómo te diría yo?, un cariz de funeral, no sé si me entiendes. Elene, nuestra querida Elene, tiene algún problema gordo y desde luego no creo que se trate tan sólo de nostalgia de su tierra, como ella afirma cada dos por tres. Cuando se marchó, nos quedamos comentándolo bastante impresionados.

—¿Se fue sola?

—Leandro la llevó en su coche al hotel.

—¿Leandro Albizuri? No jodas.

—Elene había insistido en que quería repetir a toda costa las cenas de los viejos tiempos. Era su ilusión. Claro que no nos reuniremos todos, me dijo, pero sí la mayoría. Y seguro que al rato de estar juntos olvidaríamos los años transcurridos. Se lo planteamos en esos mismos términos a Leandro y él, como un miembro más de la cuadrilla, no tuvo inconveniente en apuntarse a la cena.

—Chica, me dejas de piedra.

—Pues respondió que sí sin vacilar. Quizá le picaba la curiosidad de ver otra vez a tu hermana después de tantos años o deseaba aclarar algunas cuestiones del pasado con ella. Se saludaron no diría yo que fríamente, eso no; antes bien con la cordialidad torpe de los

tímidos. Desde luego que sin las demostraciones efusivas en las que los demás y yo misma incurrimos. Se miraron sin saber qué decirse, los dos con una sonrisa bobalicona, hasta que, por iniciativa de tu hermana, se rozaron las mejillas. Tuve la impresión de que se evitaban. Sin embargo, después de los postres, se sentaron juntos en una esquina de la mesa. Los demás hacíamos como que no nos dábamos cuenta; pero yo creo que todos estábamos pendientes de ellos. Juraría que, conforme pasaba el tiempo, Leandro y Elene se iban poniendo cada vez más íntimos. No me hagas caso, ¿eh? Puede que se trate de figuraciones mías y que todo lo que hubo entre ellos anoche fue que recobraron su antigua camaradería. Algo les debió de ayudar a romper el hielo lo mucho que pimplaron. No sólo sidra, te lo aseguro. Elene se tenía a duras penas de pie y él, por ahí por ahí, a pesar de que tenía que conducir. Fueron los primeros en marcharse. Elene tropezó con el escalón de la salida y, si no es por los reflejos de Leandro, se habría pegado un buen batacazo.

En lo alto de la pared, la pantalla de un televisor mostró de pronto el retrato de Miguel Ángel Blanco. A Maite, que lo podía ver por encima de la cabeza de Ana Mari, el rostro del secuestrado ya le resultaba familiar, como si lo conociera en persona. El aparato estaba conectado con el volumen de voz tan bajo que no había modo de entender desde la barra lo que fuera que estuviese diciendo el locutor.

—Pues yo pensaba que tú me sacarías de dudas sobre la situación de tu hermana.

—A mi madre y a mí nos ha hecho creer que le va de maravilla. Sus hijos, su puesto de trabajo, su marido grandote, la bandera en el jardín... Mejor, imposible, con la única salvedad de que echa de menos su tierra vasca y la cuadrilla, y entonces le vienen rachas de melancolía. Se ha vuelto religiosa, padece diabetes y, como habrás

podido comprobar, ha engordado. Pero, en fin, ¿quién no va cambiando con la edad?

A este punto, dos tipos que rondarían los treinta años, vestidos con buzo de trabajo, entraron en el bar, y el que venía delante, al descubrir la imagen de Miguel Ángel Blanco en el televisor, formó una pistola con la mano y, haciendo como que le disparaba, dijo de modo que los pocos parroquianos que había en el local pudieran oírle:

—Pum, uno menos.

Tendió una mirada en rededor como queriendo comprobar el efecto de su acción en los presentes; pero ninguno pareció inmutarse. Cada cual siguió a lo suyo salvo Ana Mari, quien se apresuró a ocultar con una mano el lazo azul en el pecho de Maite y a quitárselo a continuación con disimulo.

—Vámonos —susurró.

Maite pidió la cuenta y, sin perder un segundo ni mostrarse nerviosas, las dos mujeres salieron a la calle. Caminaron juntas un breve trecho hablando de Elene y haciendo conjeturas sobre algunos rasgos de su conducta.

—¿Hoy también tenéis cena?

—Que yo sepa, no. ¿Dos noches seguidas? Lo dudo. Además, conmigo no podrían contar. Mañana temprano viajaré a Logroño a pasar el fin de semana con mi hija.

En el momento de la despedida, Ana Mari recordó de pronto el lazo azul y se lo devolvió a Maite.

—Mucho cuidado —dijo— con estas cosas.

Poco después, en su casa, Maite tomó un baño relajante. Sumergida hasta el cuello, se abandonó al disfrute del agua caliente, perfumada con un puñado de sales aromáticas. Le venían al pensamiento escenas imaginarias de su hermana en la sidrería de

Astigarraga. Sentada a una mesa corrida, frente a la hilera de *kupelas,* la veía comer a dos carrillos, con los labios aceitosos; beber sin moderación y reír a todo trapo rodeada de amigos. Y después, influida por el relato de Ana Mari, la veía cuchichear aparte, las cabezas juntas, las manos enlazadas por debajo de la mesa, con el novio al que trece años antes, sin que mediara explicación alguna, dejó plantado.

—¿Qué recuerdos guarda usted de Leandro Albizuri?

—No puedo afirmar que lo conociera a fondo. Elene lo trajo unas cuantas veces a casa y yo creo que desde el primer día los *aitas* lo acogieron de buena gana como futuro yerno. Él nunca dejó de tratarlos de usted. Era educado, tranquilo, buena persona, demasiado dócil para mi gusto y puede que aburrido. Pero Elene, que a veces se mostraba con él un tanto rigurosa, parecía apreciarlo. Algunas veces los vi por la calle agarrados de la mano. Parecían hermanos más que novios. Él no era mal partido. Había estudiado Ciencias Empresariales con resultados brillantes. Tenía previsto incorporarse a los talleres de herrería que su padre y un tío carnal poseían en diversos lugares de la provincia. Lo que quiero decir es que Leandro venía de una familia con posibles y casa propia, heredada de los abuelos, en la zona de villas de Ondarreta.

—No obstante, la hermana de usted se decantó por un operario de grúas, lo que implicaba decir adiós a mucha gente y a muchas cosas, entre ellas a una posición económica desahogada, y quedarse a vivir para siempre en un país lejano. ¿Cómo se lo explica?

—Es que no me lo explico, salvo que el gruista sea un hombre fuera de lo común, cariñoso y lleno de virtudes. Algo de gran valor habrá visto mi hermana en él para elegirlo como marido y padre de sus hijos.

—Nada de eso ha impedido, como ahora sabemos, que su hermana tuviera que someterse a tratamiento por depresión, lo que parece indicar que la felicidad de que presume sea impostada.

—Carezco de información para poder opinar al respecto.

—¿Cree que Elene miente cuando se declara feliz?

—Me remito a mi respuesta anterior.

—Quizá pueda contarme cómo encajó Leandro Albizuri la noticia de que su novia había resuelto no volver con él.

—La encajó fatal. Una tarde se hizo el encontradizo conmigo en la calle. Yo era estudiante y aún vivía con los *aitas*. Él estaba ansioso por recibir novedades de Elene. Desde que ella se había ido a perfeccionar su inglés en los Estados Unidos, los dos se carteaban a menudo. Aquello era un ir y venir constante de correspondencia. Incluso habían acordado que él la visitara en los Estados Unidos. Debía de estar muy enamorado de ella, ya se ve que más que ella de él. Al cabo de unos meses, Elene dejó de escribirle. De la noche a la mañana, como quien dice. Me enteré por el propio Leandro. Lleno de preocupación, se preguntaba si Elene habría sufrido algún percance. Un accidente, una enfermedad... Barajaba mil posibilidades, menos la única real. Supo por mí que Elene seguía mandándonos postales de vez en cuando. No hacía ni una semana, le conté, que ella les había pedido a mis *aitas* que le agenciaran ciertos documentos que demostraban la intención de Elene de instalarse en los Estados Unidos. Pues aun así, el desdichado Leandro, tan ingenuo y bondadoso, no acababa de convencerse de que mi hermana hubiera roto con él, hasta que un domingo apareció por casa y la *ama* le reveló la verdad sin tapujos. Años más tarde, vi a Leandro un domingo de carreras en el hipódromo de Lasarte. Me llamó y hablamos, y recuerdo bien que en un momento de la breve conversación me preguntó por mi hermana.

Apoyado contra un neceser, encima del tocador, se veía el sobre con el dinero que Maite había prometido entregarle a su hermana en el hotel esa misma tarde. Movida de un arranque generoso, agregó unos cuantos billetes a la cantidad que Elene le había solicitado. Estaba decidida a no reclamarle el dinero. Si se lo devolvía, bien; si no, también. ¿Qué más daba? ¿Acaso no eran hermanas? Quizá Elene, desde su salida de Providence, se había excedido en los gastos y por alguna razón, tal vez por ahorrarse incordios con el banco o tasas abusivas o para no tener que rendirle cuentas al marido («lo cual, ¡menuda vergüenza!, ni mi hermana ni cualquier mujer provista de un mínimo de dignidad confesarían nunca y yo lo entiendo»); en fin, por algo de eso o por todo junto o a saber por qué ella no quería retirar dinero de un cajero automático de fuera de su país. A Maite le daba igual. Elene necesitaba un favor y ella se disponía a cumplírselo tan pronto como se hubiera vestido y estuviese lista para salir de casa.

Mientras daba los últimos retoques a su arreglo personal, le llamó la atención una mancha de color negro que se movía por el vidrio de la ventana del cuarto de baño, sin que en apariencia se dirigiese a ningún punto en concreto, sino que lo mismo iba hacia un lado que hacia otro, con breves paradas y cambios bruscos de dirección. Maite sintió repentina curiosidad. De cerca y con las gafas de lectura, comprobó que se trataba de dos moscas unidas en un calmado acto de apareamiento. Y la que estaba debajo, incapaz acaso de levantar el vuelo a causa del peso que cargaba a sus espaldas, se resignaba a andar al retortero por el vidrio. Maite alargó el índice con cuidado de no espantarlas. Las moscas no debieron de percatarse de la amenaza o bien, ocupadas en su actividad reproductiva, no se hallaban en esos momentos en condiciones de ponerse a salvo, de modo que Maite logró tocar a la que estaba

encima, y no sólo tocarla, sino que tuvo el capricho, y lo consumó, de alargar unos segundos el contacto. Las moscas siguieron a lo suyo como si tal cosa. Maite abrió la ventana y, soplando con fuerza, las echó fuera. En el patio interior se adensaban las sombras de la tarde. Se oían, asordinados por la distancia y los muros del edificio, los ruidos habituales de la ciudad. De vuelta ante el espejo, Maite se llevó a la cicatriz de su frente, despacio, como en cámara lenta, la yema del dedo con que había tocado una de las moscas.

14

Velas en la playa

Lo normal es que la gente no conozca por dentro los hoteles de su ciudad, a menos que trabaje en alguno de ellos. Uno duerme en su casa y quizá, como es el caso de Maite, frecuente la cafetería o haya visto el vestíbulo de este o el otro establecimiento hotelero. Justificó así, delante de su hermana, la extrañeza que le causaba encontrar en un hotel con fama de lujoso una habitación más bien pequeña. ¿O quizá se lo parecía a ella dadas las dimensiones de la cama doble, que ocupaba cerca de tres cuartas partes del suelo? En cambio, no pudo contener un «¡guau!» admirativo ante las vistas espectaculares que se abarcaban desde el balcón sobre la playa de la Concha, la bahía, la isla, el horizonte marino al fondo, recubierto con el esplendor rojizo del atardecer.

—Barata no será la cabaña.

—Las hay más caras y más baratas dentro del hotel.

Maite mostró el sobre.

—Aquí tienes el dinero. ¿Dónde lo pongo?

—*That's very kind of you.* Déjalo encima de la silla.

Descalza y con ropa, la espalda apoyada en el cabecero de la cama, Elene se reponía de un mareo que, según dijo, le había sobrevenido en el cuarto de baño cosa de media hora antes de la llegada de Maite. Tuvo dificultades para levantarse e ir a abrir la puerta; después, ayudada por su hermana, que la sujetaba de un brazo, se volvió a acostar.

—¿Te mareas a menudo?

—No te preocupes, estoy acostumbrada.

Como consecuencia del vahído, se le cayó la bolsa de aseo. Parte de su contenido se desparramó por el suelo y a Elene sólo le quedaron fuerzas para alcanzar tambaleándose la cama. Maite se apresuró a recoger los artículos de higiene caídos y retiró con papel higiénico los cristales de un frasco de perfume que se había roto.

—*Damn!* Me lo regaló Johnny por mi último cumpleaños. Le costó sesenta y cuatro dólares. Mejor no le digo nada.

—Cómprate otro igual y no se entera.

—Dudo que se venda la misma marca por aquí, aunque ya miraré. Igual tengo más suerte en el aeropuerto de Londres.

Después de beber un trago de agua de un botellín que estaba sobre la mesilla, Elene tomó asiento en el borde de la cama. Los pies descalzos pendían en el aire. Se le habían pasado los síntomas del mareo. Y aprovechó la mejoría para quejarse de los problemas que le causaba el cuerpo: de los achaques varios, de la obesidad, del cansancio continuo y del pelo revuelto y con canas que procuraba, dijo, disimular con tinte cada cinco semanas.

—Odio mi cuerpo. Lo he odiado siempre y lo odiaré hasta el día en que me muera. Espero que Dios me perdone por quejarme del ropaje corporal que me dio.

Maite se ofreció a peinarla. Elene le respondió que tenía previsto entrar al día siguiente en la primera peluquería donde admitieran clientas sin cita. Dicho lo cual, aceptó gustosa que su hermana le arreglara el cabello.

—Porque con esta pinta me daría vergüenza que alguien me viera.

Maite se puso sin demora a la tarea con un cepillo que trajo del cuarto de baño.

—Háblame de mi cuñado. ¿Te trata bien? Johnny es muy controlador. Intenta moderarse; pero a veces se olvida de guardar

las distancias, se mete en mis asuntos y lo tengo que frenar. *Honey, I'm not a crane that you can operate as you please.*

—Nosotros formamos un matrimonio tranquilito. Andoni es un intelectual, un hombre poco físico y de costumbres fijas, en el fondo no muy distinto de mí. Le encanta estar solo, resolver problemas, llevar a cabo proyectos. Nos respetamos y nos queremos.

—Supongo que sin hijos es más fácil la convivencia.

—La falta de hijos nunca ha sido un motivo de discordia para nosotros. No es que uno quiera tener hijos y el otro no. Nos acomodamos a lo que nos ha tocado y punto. Ya has visto que en casa él tiene su espacio y yo el mío. No sentimos la necesidad de controlarnos el uno al otro. A él jamás se le ocurriría someterme a un interrogatorio o pedirme cuentas. Vamos, ni me lo imagino. Y luego tiene una vena de hombre galante que me agrada un montón. Andoni es muy cumplido y muy dado a hacer regalos. De hecho, estoy con la ilusión de una niña impaciente esperando lo que me traerá el domingo de Madrid. Somos muy de conversar en el mirador de anochecida, a oscuras o con velas, mientras compartimos una botella de vino tinto de calidad.

—O sea, que folláis poco.

—Bueno, cuando se tercia. No es una prioridad suya ni mía.

—Qué suerte, chica. Te lo cambio por Johnny, que no piensa en otra cosa. Si no descarga, revienta. ¿Crees que en estos días que estaremos sin vernos se aguantará las ganas? Claro que a mí me da igual con quién se lo monta con tal de no enterarme y de que no me venga a casa con una enfermedad venérea. ¡Pues eso faltaba! ¿Tú estás segura de que tu Andoni, ahora mismo, en Madrid, no estará echando una cana al aire?

—Lo dudo. A estas horas, casi las ocho y media, me imagino a Andoni discutiendo de temas científicos con un compañero

oftalmólogo o disputando una partida de ajedrez con el primero que se le ponga a mano.

—*Are you sure?*

—Se lo notaría esta noche, cuando hablemos por teléfono.

—¿Lo dices porque ya se lo has notado alguna vez y tienes experiencia?

—Lo digo porque nunca se lo he notado y, por tanto, se lo notaría.

Después de cepillar el pelo a su hermana, Maite tuvo antojo de salir al balcón a echar una última mirada a la hermosa panorámica antes de marcharse, y mientras recreaba la vista con el espectáculo del atardecer, el sol ya hundido detrás del horizonte, y se llenaba los pulmones de aire veraniego con olor a mar, Elene se puso a su lado y le preguntó quién era toda aquella gente reunida en la playa con velas en la mano.

—Se manifiestan en apoyo del concejal secuestrado. Como sabes, los terroristas lo matarán si el Gobierno no se rebaja a cumplir lo que le exige ETA. Eso es lo que hay, hermana. La mayoría de la gente no abre la boca; pero por lo visto este secuestro, que en apariencia es uno de tantos, ha llevado a muchas personas a vencer el miedo y a trasladar su indignación y su protesta a las calles. Mañana habrá una manifestación en Bilbao a la que puede que asistan miles de ciudadanos.

—¿Vas a asistir?

—Ya me gustaría.

—¿Y por qué no vas?

—Porque mañana tenemos en casa de la *ama* la última comida las tres juntas.

Había bajamar y una muchedumbre nutrida, en la que no faltaban los menores de edad, se apretaba sobre la arena, formando un círculo en torno a un espacio vacío. De vez en cuando se les oía

corear alguna consigna que desde el balcón del hotel resultaba incomprensible a causa de la distancia. Y Maite dijo que tenía previsto acompañar a aquella gente hasta la hora de retirarse a su casa, donde, después de la cena, esperaba una llamada telefónica de Andoni.

—¿Te animas a manifestarte conmigo un rato?

—Te miraré desde aquí. No estoy en condiciones.

Se despidieron con afectuosos roces de mejilla hasta el día siguiente en casa de su madre. Y en el momento de salir de la habitación, Maite quiso saber si su hermana estaba citada aquella noche.

—Preguntona.

—No es mi intención ofenderte.

—Tengo una cita con el pasado.

A Maite, sola en el pasillo, mientras se dirigía al ascensor, se le apareció en el pensamiento, sobrepuesta a la cara de Elene, con resplandor de fogonazo, la cara de Ana Mari Ansola pronunciando las mismas palabras que su hermana acababa de decir. Por no ser acusada otra vez de entrometida, había preferido abstenerse de indagar. Allá cada cual, pensó, con sus inclinaciones, sus debilidades, sus ansias, sus búsquedas y sus rollos.

Una vez en el vestíbulo, Maite decidió abandonar el hotel a través de la cafetería en lugar de hacerlo por la recepción, y en efecto, tal como se había barruntado o como Ana Mari le había sugerido en su imaginación, allí estaba, sentado en un sofá entre dos columnas, rechoncho y bastante calvo, el pasado de Elene sumido en la lectura de un periódico.

A pesar de la corta distancia que los separaba, él no se percató de la presencia de Maite. A esta le vinieron fuertes tentaciones de llegarse a él, saludarlo y hacerse la tontita con la idea de que el otro,

forzado por la situación, se sintiese más o menos constreñido a ofrecer explicaciones acerca de su presencia en la cafetería del hotel, e incluso por un momento ella consideró la posibilidad de pedir una bebida y situarse en un rincón del recinto desde el que practicar a su salvo el espionaje. Le faltó poco para poner por obra el propósito; pero se le ocurrió que tal vez Elene tenía previsto reunirse de un momento a otro con su pasado en el salón de la cafetería y determinó, en consecuencia, que lo más prudente era salir de inmediato a la calle.

La hora crepuscular consumía sus últimas claridades. Ya toda la ciudad era un incendio de luz eléctrica. Un grupo numeroso de gente se arracimaba en la playa. Maite, tras permanecer un rato acodada en la barandilla del paseo, decidió sumarse a la manifestación. Bajó por la rampa hinchando sus pulmones con la brisa del mar, al modo de los ejercicios respiratorios de las clases de yoga. Descalza, encontró la arena en ese punto de transición del calor de la tarde al frescor nocturno, lo que hacía sobremanera agradable sentirla en la planta de los pies.

Le ofrecieron una vela encendida, insertada en un vaso de plástico pensado para que la cera derretida no cayera al suelo. Con la vela en la mano, Maite se adentró entre los manifestantes. De ahí a poco, una voz de mujer, no se sabe dónde, profirió con desgarrado y agudo furor:

—Miguel Ángel, te esperamos.

La muchedumbre coreó al instante la consigna antes de tornar a un silencio colmado de murmullos. Maite escudriñaba rostros de aquí y de allá en busca de alguno conocido. Ninguna fisonomía le sonaba hasta que por fin, al otro lado del espacio vacío, distinguió a un señor mayor que solía participar en las concentraciones de los jueves de Denon Artean y cuyo nombre ella desconocía, pero del que no

había olvidado que fue uno de los primeros en acudir en su ayuda la tarde de la pedrada.

Maite sintió un impulso de ir a saludarlo. No descartaba que el señor se acordase de ella, aunque le resultaba dudoso que él la conociera por el nombre. Nadie los había presentado. Aún le pesaba a Maite no haber devuelto en su día el pañuelo de cuello a la mujer que la socorrió. Quizá aquel hombre, con su vela en la mano que iluminaba el lazo azul sujeto a la pechera de la camisa, se avendría a servirle de enlace, de modo que a ella le fuera dado entrar en contacto con la dueña de la prenda perdida y recompensarla con otra similar o con dinero. El problema era que, para llegarse a él, Maite debía o bien atravesar el espacio vacío alrededor del cual se arremolinaba la gente, lo que le parecía tanto como profanar la ceremonia de solidaridad que allí se estaba escenificando, o bien dar la vuelta por detrás de la multitud y tratar de encontrarlo. Ninguna de las dos opciones le agradaba, así que desistió.

A ratos volvía los ojos hacia la fachada blanca del hotel Londres tratando de localizar el balcón correspondiente a la habitación de Elene; pero, aunque más o menos suponía por dónde quedaba, no tuvo la certeza de haberlo encontrado, de suerte que la esperanza de descubrir el abrazo de dos siluetas en una de tantas ventanas encendidas terminó desvaneciéndose. Otro asunto atrajo de pronto su atención. A pocos metros de ella, un desconocido tenía posada una mano con gran ternura sobre la cabeza de una niña de cinco o seis años. De vez en cuando la acariciaba y la niña parecía agradecérselo apretándose contra su costado, como quien busca consuelo o protección. Maite supuso que se trataba de un padre con su hija. La niña lucía una melena ceñida por una diadema con una flor blanca de tela. El pelo le caía en bucles pardos hasta los hombros. La débil luz de las velas más próximas confluía en aquella

hermosa cabecita infantil, así como en la mano afable del hombre. Maite se desentendió de la manifestación, de los eslóganes que de cuando en cuando acallaban el chapoteo rumoroso de las pequeñas olas al romperse en la orilla, y mantenía los ojos conmovidos en la cabeza de la niña, incapaz de fijarlos en otro lugar, hasta que el recuerdo de la prevista llamada telefónica de Andoni la sacó del grato hechizo. Decidió entonces retirarse sin demora. En el momento de abandonar la concentración, no pudo menos de acercarse a la niña por detrás y rozarle el pelo con el dorso de la mano. El roce fue breve y suave. La niña no pareció notarlo. O quizá sí, pero pensó que era su padre quien la tocaba y no se inmutó.

Mientras subía por la rampa de salida, de vuelta a la ciudad, lanzó una última mirada a los balcones del hotel, sin obtener el resultado que esperaba. Se rio para sus adentros: «¡Serás fisgona!». Siguió, camino de su casa, por calles concurridas, entretenida en la observación de indumentarias y semblantes. A cada paso se cruzaba con peatones que deambulaban en actitud relajada de paseo. Ninguno parecía estar nervioso ni tener prisa. Veía personas que se paraban a conversar en las aceras o a contemplar escaparates, que empujaban carritos de bebé, caminaban cogidas de la mano o se saludaban al pasar, y por un momento pensó que la vida era, si no injusta, rara; que al tiempo que unos disfrutaban de la hora bonancible, un hombre joven, sin culpa ninguna, estaría en ese preciso instante encerrado en un lugar maloliente y oscuro, tal vez maniatado, lleno de angustia por saberse en poder de unos individuos pertenecientes a una organización cuyas víctimas mortales se contaban por cientos.

En casa, decidió cenar tan sólo un yogur, pero a la segunda cucharada lo tuvo que dejar. Le sabía demasiado a desánimo y a pena. Con el pijama puesto, tomó asiento en el sofá de la sala y

encendió el televisor. Abrigaba la esperanza de que el telediario anunciase la liberación de Miguel Ángel Blanco. De nuevo, la imagen del secuestrado apareció en la pantalla. Se especulaba, se creía, se murmuraba; pero lo cierto es que desde el anterior parte de noticias que ella había escuchado no se había producido ninguna novedad. Tan pronto como empezaron las declaraciones de estos y los otros políticos, Maite apagó el televisor. A oscuras esperó la llamada prometida de Andoni. Dieron las diez, las diez y media, las once, y el teléfono seguía sin sonar. Entonces Maite se dijo: «Esperaré media hora más y, si no me llama, derramaré unas lágrimas y me iré a la cama».

Y cuando empezaba a sumirse en un estado borroso entre la vigilia y el sueño, sin más luz que la que se filtraba del exterior por las ranuras de la persiana, lo ve de rodillas delante de sus pies, cariacontecido, nervioso, suplicante, pues alberga, según afirma con un temblor de voz, el pleno convencimiento de que lo van a matar. Qué poco he vivido, se lamenta. Veintinueve años. Qué poco. Me habría gustado vivir más. Tenía tantos planes, dice, tantas ilusiones. Ya no volverá a ver la luna. Se le ha metido eso en la cabeza. Y también que se acabaron para él la música, el abrazo de los seres queridos, los bares de su pueblo y la lluvia que detestaba cuando era libre y acudía a su trabajo; pero ahora no, ahora le encantaría sentir las gotas frescas en el rostro. Maite le pregunta si se comió las manzanas que ella le llevó al castillo de ayer. Él responde que sólo una y la mitad de otra, que en su situación actual no está con ánimo de alimentarse. Maite busca en su mente palabras de consuelo. Que de dónde saca él que lo van a matar; que sepa que en muchas ciudades de España la gente se está echando a la calle para exigir su liberación; que a buen seguro mañana, en Bilbao, se reunirá una cantidad de manifestantes como nunca se ha visto y que incluso

destacados representantes del nacionalismo y el clero vasco piden a ETA que detenga de inmediato esta crueldad. Él dice que tiene miedo; que si preservar la vida depende de lo que digan los nacionalistas y los curas delante de los micrófonos, entonces no hay nada que hacer; que uno de los secuestradores es bruto y malencarado, con malas pulgas y mucha potestad en el comando, y cada dos por tres le acerca a los ojos la pistola con que mañana lo van a matar. Bah, eso son fanfarronadas de terrorista. Que no haga caso. Seguro que el Gobierno admite una cesión a socapa, yo qué sé, suelta a unos cuantos presos o les rebaja la condena con cualquier excusa o los trae a cárceles de por aquí, ya verás como dentro de unos días estás de vuelta con tu gente y tu grupo musical y con tu novia si la tienes, y todo se queda en un susto. Sonó, ¿dónde?, ahí cerca, un repentino timbrazo. ¿Qué es eso? Tranquilo, Miguel Ángel. Es mi marido, que me llama por teléfono.

—Perdona, *maitia*. Se me ha hecho tarde. He tenido un día fatigoso y acabo de llegar al hotel. Aún no me he quitado los zapatos. Estoy que me caigo de sueño.

—¿Me has echado en falta?

—A todas horas. Ardo en deseos de volver a verte.

Sábado, 12 de julio

15

Un vaso de oro

Esos teléfonos manuales o portátiles o comoquiera que los llamen, que Maite había visto en los anuncios y cada vez más personas llevaban en la chaqueta o en el bolso a todas partes, debían de ser la mar de útiles. Si ella se compraba uno, pero ¿dónde?, y le agenciaba otro a la *ama,* pero ¿cómo?, podría tener a esta más y mejor vigilada. Pensaba dirigirle la misma propuesta a Andoni, de modo que existiera entre ambos un hilo de comunicación constante, no como ahora.

Y se dijo mientras se aplicaba la sombra de ojos ante el espejo del baño:

—Si me aburro, podría marcar el número de casa y pasar horas con un teléfono en cada mano hablando conmigo y entrevistándome. Hola, ¿qué tal estoy? Bien, ¿y yo?

Antes de bajar a la calle, nueve y pico de la mañana, confirmó desde el mirador que el pronóstico del tiempo en el periódico de la víspera era acertado. Algunas nubes emborronaban el cielo matinal sin pinta de transportar lluvia. No soplaba una mota de viento y la sensación térmica era grata. Maite salió de casa vestida con ropa ligera, zapatos cómodos y un bolso de mimbre para la compra, y se dirigió lo primero de todo a la cercana avenida de la Libertad, donde compró el periódico en uno de tantos quioscos. Se metió a continuación en la cafetería Avenida XXI a leer las noticias y a desayunar un cruasán y una tostada con café con leche.

Los titulares del periódico hacían alusión a las movilizaciones que se habían producido de víspera en toda España y a las que estaban

previstas ese sábado, con Bilbao como escenario de la mayor manifestación, «en un esfuerzo», podía leerse, «para salvar la vida del concejal».

—¿Qué le recuerdan a usted estas palabras?

—Sin la menor duda me traen al recuerdo el célebre poema «Masa» de César Vallejo, que alguna vez supe de memoria. Hoy no, aunque tengo presente el contenido. Me refiero a aquel que trata de un combatiente muerto en la batalla al que se van acercando cada vez más personas con el ruego de que no se muera, hasta que al final lo rodean todos los hombres de la Tierra y lo convencen para que se levante, abrace al que le queda más cercano y eche a andar. La diferencia entre el poema y nuestra triste realidad vasca es que en esta parcela del planeta no falta por desgracia gente deseosa de que un hombre sea ejecutado a sangre fría. Incluso diría, a juzgar por los resultados electorales, que no son pocos los que celebrarían el crimen y que, por supuesto, se creerán cargados de razón. No me extrañaría que ahora, en esta cafetería, haya, qué sé yo, dos, tres, cuatro parroquianos dispuestos a aplaudir la muerte del concejal, echándole como de costumbre la culpa al Estado y a la propia víctima.

¿Cómo desayunar y leer con comodidad al mismo tiempo? Luego de varias tentativas, Maite se resignó a plantar la taza, el plato y los cubiertos encima del periódico. Podía así mantenerlo desplegado sobre la mesa de dimensiones reducidas sin que las hojas colgasen por uno u otro lado. En la portada se veían dos fotografías: la que pancartas, periódicos y televisiones reproducían por esas fechas hasta adjudicar una fama involuntaria al rostro de un joven desconocido fuera de su pueblo dos días atrás, y una segunda, a modo de ilustración de la noticia principal, que mostraba a la hermana y la novia del secuestrado cogidas de la mano con los

brazos en alto. Rubias ambas, en sus semblantes se apreciaba una leve expresión risueña, un poco más acentuada en el caso de la hermana, a cuya sonrisa asomaban tanto la esperanza como un atisbo de entereza, coraje, decisión o algo por el estilo difícil de determinar. Detrás de ellas, entre las cabezas de las dos mujeres, la seriedad rígida del *lehendakari* Ardanza no dejaba dudas acerca del vano empeño de hacerse ilusiones sobre el probable desenlace que esperaba a Miguel Ángel Blanco. A la vista de la imagen, a Maite se le figuró que la máxima autoridad del Gobierno vasco se había puesto por adelantado el rictus oficial con que tarde o temprano asistiría a las honras fúnebres.

Una suave presión del cuchillo bastaba para partir el cruasán tierno y caliente, como recién sacado del horno. Maite clavaba cada trozo cortado con el tenedor y lo sumergía en la taza hasta impregnarlo por completo en el café con leche. Cuando cesaba el burbujeo y se supone que el trozo había alcanzado su máxima dilatación, ella lo ingería sin apartar la mirada del periódico, inclinando un poco la cabeza a fin de que el cruasán gotease dentro de la taza en su camino hacia la boca.

Desentendida de las personas que se repartían por el local, Maite concentraba su atención en la lectura de detalles, conjeturas, declaraciones relacionadas con el suceso que mantenía en vilo a todo el país «o al menos», se corregía, «a la gente de buena ley». Según el reportero, no había constancia del lugar exacto donde el comando de ETA había interceptado a Miguel Ángel Blanco. Algunos testigos presenciales aseguraban haber visto al concejal tomar el tren en la estación de Ermua, de donde se deducía que el secuestro debió de consumarse a su llegada a Éibar, mientras la víctima se dirigía a primera hora de la tarde a su puesto de trabajo.

El periódico dedicaba una página entera a enumerar las acciones de las Fuerzas de Seguridad del Estado, que trabajaban a destajo, peinando a la desesperada ciertas zonas de la provincia de Guipúzcoa donde se sospechaba que los terroristas mantenían retenido al secuestrado. Se hablaba de seguimientos, de teléfonos pinchados, de sensores de calor operados desde el aire, de registros de caseríos, de controles de carretera; pero lo cierto es que «no había una línea de investigación con visos de prosperar», según había admitido en declaraciones a la prensa el secretario de Estado para la Seguridad. Y Maite lanzó una rápida mirada al reloj e hizo cálculos. Casi las diez. Faltaban, pues, seis horas para que expirase el plazo impuesto por ETA al Gobierno. Cerrados los ojos, Maite trató de forzar la posibilidad de un castillo, a sabiendas de que una norma no escrita prohíbe dictarle a la imaginación lo que debe soñar. No obstante, espoleada por una zozobra creciente, lo intentó en repetidas ocasiones. También ella, como tantos ciudadanos, sentía el impulso de acudir en socorro de un hombre que tal vez estaba viviendo sus últimas horas. Vano empeño. El ruido de voces en el local le impedía omitir en su pensamiento cuanto sucedía alrededor. El sabor de la mermelada de albaricoque esparcida sobre la tostada y el movimiento de la mandíbula al masticarla anulaban por completo su capacidad de concentración. Decidió en consecuencia interrumpir el desayuno. Tras apartar a un lado el plato, la taza y los cubiertos, clavó los codos en el periódico, de paso que apoyaba el mentón sobre la palma de las manos, dispuesta a permanecer en aquella postura y a mantener los ojos cerrados hasta tanto se iluminase en la oscuridad de su mente el contorno de un castillo.

«Aunque tenga que estarme aquí toda la mañana», se dijo.

Pensó en bajar al baño y, a oscuras, esperar a encontrarse a las puertas de un castillo. No le hizo falta llevar a cabo el propósito, ya

que de pronto se vio parada en el portal de un edificio como hay tantos en los suburbios de las ciudades y en los pueblos industriales. Empieza a subir una escalera entre paredes desconchadas, sin saber poco ni mucho adónde la llevarán sus pasos. En el primer descansillo pulsa un timbre que emite un ronco sonido. Segundos después, siente que alguien mueve la tapa de la mirilla en el interior de la vivienda. Sospecha que un ojo la está observando con atención suspicaz. El examen ha debido de serle propicio, ya que de pronto se abre la puerta. Aparece a su vista una señora ni vieja ni joven, con rulos, bata y zapatillas de felpa. Sus facciones contienen un punto de dulzura. Ansiosa de no perder tiempo, Maite le pregunta sin rodeos si es la madre del terrorista. En lugar de responder, la mujer agacha la mirada. No está claro si admite la suposición de Maite o le ha dolido la rudeza de la pregunta. Maite opta por disculparse, pues comprende que una persona de su nivel cultural no debería presentarse con esos modales bruscos en una casa ajena; así que repite la pregunta, esta vez esforzándose por dar a sus palabras un tono, si no afable, al menos educado. Por consideración hacia la mujer, cuyas muestras de desconcierto son evidentes, argumenta en los términos más moderados que está en peligro la vida de un hombre sin culpa; que si nadie pone freno a esta situación angustiante, dentro de seis horas una desgracia aterradora caerá sobre la víctima, su familia, sus amigos, sus compañeros y, por extensión, sobre toda la sociedad. La señora atina a contestar después de unos instantes, insegura, balbuceante, con la voz entrecortada por un pujo de llanto: Que por favor no llame terrorista a su hijo. El muchacho es bueno. Ella y su marido lo educaron para que hiciera siempre el bien. El problema es que tiene mucho temperamento. Se enfada enseguida, no sabe estarse quieto, le chiflan las aventuras y las armas. A todo eso se une el que se siente

muy vasco, hay quien murmura en el pueblo que demasiado vasco. O sea, que nos ha salido *abertzale*. Eso no hay quien se lo quite. Luego llegaron las malas compañías, dejó de ir a misa, le metieron ideas. Su *aita* ya le dijo que iba por mal camino; pero él, erre que erre, se defendió diciendo que había recibido la llamada de Euskal Herria. En el fondo le mueven buenos sentimientos. ¿Qué digo buenos? ¡Los mejores! Lo que pasa es que él pone demasiado corazón en todo lo que hace y ahora pues vaya usted a saber dónde estará. Ella y su marido lo vieron por última vez hace un año. Decían que si andaba por Francia, ocupado en sus asuntos. Maite: ¿Qué asuntos? La mujer se encoge de hombros y a continuación responde que asuntos de la juventud. En mis tiempos... Y, sin que nadie se lo solicite, cuenta una historia de cuando ella tenía dieciséis años y entró a trabajar en una fábrica de hilados porque en casa eran siete criaturas, ella la mayor. Entonces, añade, había mucha necesidad y Franco tenía oprimido al pueblo vasco. Del interior de la vivienda sale un olor intenso a pescado frito. Todo lo que Maite acierta a distinguir desde el descansillo, por detrás de la señora, es una lámpara de cinco tulipas que cuelga del techo. Desde la lámpara se derrama una luz mortecina que apenas permite vislumbrar las paredes de un pasillo sin muebles ni adornos. Piensa, dice Maite, que tu hijo es miembro de un comando que hoy por la tarde va a matar a un hombre de veintinueve años. ¿No te has enterado? Pues en la tele y en la radio no se habla de otra cosa. Es que ella, se excusa, sólo oye programas que dan música y películas. Claro, claro. Pues mira, el hombre que te digo también tiene una madre y un padre. ¿Te imaginas el martirio que estarán sufriendo, las noches en blanco que habrán pasado, la de lágrimas que habrán vertido y las que aún han de verter? La señora, como hablando para sí, murmura: ¡Jesús, María y José, cuánto lo siento! Seguro que son personas

honradas y trabajadoras como nosotros. La culpa, se lo digo yo, es de la política. Deberían prohibir la política y dejarnos vivir a todos tranquilos. Y añade: Yo ¿qué puedo hacer? Y es entonces cuando Maite da un paso adelante hasta pisar el felpudo de fibra de coco que ostenta la tradicional fórmula de saludo: *«Ongi Etorri»;* le agarra a la mujer con suavidad, incluso con ternura, las manos, unas manos rojizas, húmedas, y la urge a ponerse en contacto con su hijo, ya que, por muy agresivo que un muchacho sea, cabe la posibilidad de que lo calmen y le hagan recapacitar las palabras de una madre. La señora acepta la propuesta. Opina, sin embargo, que nada se puede hacer si no interviene su marido, pues sólo él conoce a quien podría mandar un aviso al chaval. Volviendo la cara a un lado, pronuncia en voz alta un nombre de pila. De ahí a poco se llega a su lado un hombre vestido con un pantalón de pijama y una camiseta blanca sin mangas. Sujeta una colilla apagada en la comisura de los labios. Tiene los brazos y los hombros velludos, una barba de tres días y cara de sueño. Que qué pasa. Esta señora nos pide que hablemos con el hijo para que la organización no ejecute a un hombre. El marido, sin sacarse la colilla, como si la llevara pegada a la boca, se rasca el cogote. ¿Y para eso me despiertas? Tenías que haberle explicado aquí a la señora que venga en otro momento. Esta semana trabajo en el turno de noche y, si no duermo por el día, ¿cómo voy a estar en condiciones de rendir en la empresa? Maite insiste en aclarar que se trata de un caso urgente. Y para que no quepan dudas al respecto, concluye: De vosotros depende la vida de un ciudadano. La mujer se vuelve al marido. ¿Se te ocurre un remedio? El marido propone buscar al enlace que se encarga de llevar las cartas al hijo y traerles a ellos las de él; pero, claro, la entrega del mensaje y la respuesta igual tardan tres o cuatro días. Para empezar, el intermediario arregla carrocerías en un taller

mecánico del pueblo de al lado y seguro que su jefe no le da permiso así como así para dejar el puesto. Ahora bien, por intentarlo que no quede, ¿eh? Que luego no digan que él y su mujer no movieron un dedo. Nada de venirles con acusaciones y mandangas. Y añade adoptando de repente una expresión huraña: Oye, ¿no serás de la policía? Maite alude a su oficio de traductora. El hombre y la mujer se consultan con la mirada y parecen hallar plausible la respuesta de Maite. Mientras él se retira a cambiarse de ropa, la mujer invita a Maite a entrar en la vivienda. Le ofrece un tazón de arroz con leche. Maite agradece y declina. Acaba de desayunar en una cafetería, dice. Como la mujer insiste en que Maite coma o beba, esta acepta por cortesía tomar agua del grifo. La mujer saca un vaso del aparador. El vaso tiene color dorado y pesa bastante. Maite supone que debe de tratarse de una pieza valiosa, extraña en un hogar a todas luces humilde. Pregunta si es de oro y si es un cáliz de iglesia. La mujer confirma y añade, como disculpándose, que el vaso perteneció en su día a un tío sacerdote, hermano de su madre. Lo reservan para los invitados. Maite lo vacía de un trago. Que si quiere más. No, gracias. El marido aparece a todo esto en la cocina, vestido con un mono de trabajo. Confiesa sus dudas. No sé si estamos haciendo lo correcto. A mí no me gusta que haya muertos; pero le digo una cosa: antes de meterme en líos, me vuelvo a la cama. A mí en el pueblo se me aprecia y me saluda todo cristo. Yo eso no quiero que cambie. Teme que le cause problemas que lo vean por la calle en compañía de una persona que porta el lazo azul. Maite no vacila en quitárselo y él dice: Eso está mejor. Los tres salen al descansillo, la mujer con los rulos cubiertos bajo un pañuelo de cabeza. Por más que lo intenta, el hombre no acierta a cerrar la puerta con la llave. Su mujer se impacienta. Oye, ¿qué pasa? La puta llave, rezonga él. A ella no le parece bien que use

palabrotas en presencia de una visita. Maite se apresura a restar importancia al asunto. Se ofrece a cerrar la puerta. ¿Tienes una habilidad especial o qué? A Maite le corre tanta prisa acudir en auxilio del secuestrado que no vacila en responder que sí. El hombre le entrega la llave y, en efecto, sin hacer fuerza ninguna ella consigue hacer girar a la primera el mecanismo de la cerradura. En el momento de devolver la llave a su dueño, Maite notó que le clavaban un dedo en el hombro. Levantó la cara, sobresaltada. A su costado, el camarero la miraba con el entrecejo fruncido en señal de preocupación.

—Disculpe. ¿Se siente mal? ¿Necesita ayuda?

Hasta pasados unos instantes, Maite no acertó a hacerse cargo de la situación.

—¿Eh? No. Tráigame la cuenta.

16

El maldito remolino

De camino a la salida, Maite sintió que la atravesaban por detrás miradas como agujas. Miradas de reproche, de compasión, de curiosidad. A esa mujer le ha ocurrido un percance físico, está drogada, sufre un trastorno emocional... Se imaginaba a los parroquianos y camareros haciendo conjeturas por el estilo. Apenas hubo puesto un pie en la acera, un golpe de realidad disipó sus figuraciones. Un convoy de la Guardia Civil cruzaba en aquellos momentos la avenida a considerable velocidad, la puerta trasera de cada vehículo abierta y asomado a ellas, con medio cuerpo fuera, sendos guardias con su fusil listo para ser utilizado en cualquier instante. «Suerte, muchachos», se dijo Maite para sí. «A ver si lo encontráis.»

Lo llevaba todo anotado en una lista confeccionada en casa a primera hora de la mañana. Empezó por adquirir las velas en una tienda de artículos exóticos, no lejos de allí, en la avenida, con su oso enorme de peluche junto a la entrada a modo de reclamo publicitario; cinco velas en total, una para cada brazo del candelabro, blancas, sin aroma, porque tanto Andoni como ella detestaban los olores artificiales. Y aprovechó para comprar en el mismo establecimiento un paquete de servilletas de papel con motivos florales; bastante pretenciosas, pensó, pero toda la vida le han sentado bien al romanticismo unas dosis de cursilería. Se llegó después al mercado de San Martín, donde fue haciendo acopio de los ingredientes de la cena que pensaba prepararle al día siguiente a

su marido, y, como remate de la compra, en el puesto de la casera que le vendió la verdura, adquirió ocho calas.

Maite habría previsto dedicarse a sus tareas de traducción durante al menos una hora y media o dos horas antes de dirigirse a casa de su madre, considerando que, si le surgían dudas, podía contar por última vez con su hermana para que se las resolviera; pero, entre pitos y flautas, se le hizo tarde y al final, perezosa, soñolienta, tuvo que conformarse con despachar a duras penas una sola página. El tiempo le habría alcanzado quizá para traducir una segunda. Sin embargo, una llamada telefónica que le dio mala espina y a la que, en consecuencia, no atendió le hizo perder la concentración y las escasas ganas que tenía de proseguir el tedioso trabajo.

Pasaban unos minutos del mediodía cuando salió a la calle. Compró por el camino el pan para la comida. Con la barra bajo el brazo, recorrió el resto del corto trayecto que separaba su casa de la de su madre. Iba con tiempo, persuadida de que, por una razón o por otra, ni su madre ni su hermana estarían en condiciones de ocuparse del almuerzo y le tocaría de nuevo a ella atarearse en la cocina. Tampoco es que le importara mucho. Quién sabe si alguna vez las tres mujeres volverían a sentarse juntas a una misma mesa. ¿Por qué no mostrarse generosa en una ocasión tan especial? Preparar una ensalada, cocer un puñado de pasta o freír unos filetes, pescado o lo que hubiese en la nevera de su madre no le suponía a Maite ningún sacrificio. Así que con el mejor de los ánimos dobló la esquina de la calle San Martín con la plaza del Buen Pastor, y apenas había recorrido unos pocos pasos en dirección al portal de su madre cuando se llevó una sorpresa mayúscula. Al pronto pensó que sus ojos la engañaban, en parte porque sólo podía ver de espaldas a la persona que acababa de golpear su atención; pero enseguida tuvo que admitir lo inesperado. Sentada en un banco

público, con el andador delante de las piernas, su madre tomaba el sol como la cosa más natural del mundo después de largos meses sin pisar la calle.

—¡Huy, *ama!* ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has bajado?

Manoli le contó impertérrita que llevaba tres cuartos de hora disfrutando del aire fresco y que al principio había estado echando migas de pan a las palomas.

—Si llegas a venir antes, me habrías encontrado rodeada de una bandada de veinte o treinta, sin contar los gorriones.

Aburrida en casa, se había asomado al balcón como de costumbre, sin otro esparcimiento que el examen detenido de indumentarias y semblantes. Explicó que, estando en esa ociosa ocupación, Diana vino a comunicarle que había terminado los quehaceres de la jornada y se disponía a marcharse; fue entonces cuando Manoli reveló a la cuidadora su deseo de salir a la calle. Sola no se atrevía, pero con la colaboración de Diana no tenía inconveniente en intentarlo. En caso de enfrentarse a dificultades insalvables, se volvería atrás y santas pascuas. Diana la animó, advirtiéndole que una vez en la plaza no podría hacerle compañía, a lo que Manoli respondió que eso no significaba ningún problema para ella, puesto que tarde o temprano llegarían sus hijas, con cuya ayuda regresaría a casa. Decía saber por experiencia que es más difícil bajar las escaleras que subirlas. Diana convino en hacerse cargo del andador y en caminar un peldaño por delante de Manoli, de modo que si esta perdía el equilibrio se pudiese apoyar en los hombros o en la espalda de la cuidadora. Recorrido el primer tramo, se conoce que Manoli fue ganando confianza. De ahí en adelante todo resultó más fácil de como se lo había imaginado. Poco a poco, agarrándose con una mano al barandal, logró bajar los dos pisos sin tan siquiera detenerse en el descansillo del primero a tomar aliento.

Una vez en la calle, más por cautela que por necesidad, se sirvió del andador para llegarse al banco libre que se veía delante de la fuente de agua potable, en el que se acomodó no poco orgullosa de su pequeña hazaña. Allí, Diana le entregó la bolsa con las migas de pan seco, elogió su valentía y se despidió.

—He tenido mis motivos para bajar a la calle esta mañana. Tomar el aire, charlar con cualquier vecino que se acerque, es lo de menos. Lo mismo que echarles pan a las palomas. Eso lo puedo hacer sin salir de casa. Cuántas veces coloco en el balcón, encima de un periódico para que no me quede el suelo hecho una porquería, un puñado de migas. Luego me escondo detrás de la cortina y paso el rato mirando los pájaros que no tardan en llegar.

Maite besó a su madre en las mejillas y tomó asiento a su lado. Mientras la oía hablar, lanzaba miradas discretas, además de aprobatorias, a su ropa, su calzado, su arreglo personal, sin encontrarle tacha ninguna. Atribuyó tan buen aspecto a la intervención mañosa de Diana, mujer atenta que de costumbre iba más allá del cumplimiento estricto de sus obligaciones y gustaba de mostrar un afecto particular en sus palabras y sus obras, razón por la cual Manoli le profesaba una estima sin paliativos.

—Quiero que tú y tu hermana sepáis que, aquí donde me veis, tan frágil y tan venida a menos, estoy agarrada con uñas y dientes a la vida. Sí, como lo oyes. Aquí sigo, mírame, firme como una torre y dueña de mis actos a pesar de los problemas que he tenido y que no niego. Nadie va a echarme de mi casa. Antes cometo una locura, no hace falta que te explique de qué tipo.

—No tengo la menor idea de a qué viene todo esto. Has bajado a la calle, señal de que progresas en tu recuperación. Te felicito e incluso te animo a que salgas a pasear todos los días. ¿Por qué no te alegras?

Se estaba bien allí, en la plaza poco transitada. Un perro conducido por una señora le arreó unos lametones al agua esparcida por el suelo, alrededor de la fuente. Los rayos del sol formaban espacios de luz y sombra en el costado de la catedral, regalando claridad a estos contrafuertes, escatimándosela a aquellos otros y prolongando el juego de matices lumínicos por los pináculos, los arbotantes, los ventanales y el rosetón del transepto, de tracerías recargadas, que, como el templo en su conjunto, no era sino un pastiche neogótico del siglo XIX.

—No me gusta que me hables como a una niña pequeña. Respétame. No soy una anciana.

—Nadie ha dicho que lo seas.

—Tampoco una señora llena de desmemoria y confusión. Sesenta y cuatro años no son un drama. Otras personas, a la misma edad, todavía trabajan. Creo que no me has entendido, aunque me tranquilizaría saber que no me tienes por un ser inútil que depende de la ayuda de los demás.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas. Tu hermana, también.

—*Ama,* no inventes.

—Os conozco, os he parido, os he visto crecer. A mí ¿qué me vais a ocultar si con solo veros la cara ya sé lo que estáis pensando? Me parece que es hora de que hablemos claro o por lo menos yo voy a hablar claro. Escucha con atención. Ni atada de pies y manos conseguiréis tu hermana y tú encerrarme en una residencia.

—Estás obsesionada con eso.

—Yo sé lo que me digo. Algo planeáis. Elene, ¿para qué ha venido después de tantos años? A arreglar los papeles del asilo a mis espaldas, ¿verdad? Se necesita su firma, supongo.

—Me vas a hacer llorar. No es sólo que no se nos ha pasado por la cabeza semejante monstruosidad, sino que en ningún caso podría llevarse a cabo. Porque, para empezar, ni siquiera cumples la edad mínima para ingresar en una residencia.

—O sea, que te has informado.

—Y, por si fuera poco, a nadie se le puede llevar a un centro geriátrico contra su voluntad. Es obligatorio su consentimiento expreso.

—¿Estás segura?

—Pues claro.

—Nunca, grábatelo bien, nunca habrá consentimiento por mi parte. Así que si Elene ha hecho un largo viaje para engatusarme, ha perdido el tiempo.

Sentada a su lado, Maite no veía la cara de su madre, tan sólo una mejilla en la que no era posible discernir gesto alguno. Sí le veía las manos, unas manos delgadas, pálidas, con lentigos de envejecimiento, pero todavía tersas, que se agitaban con un temblor de excitación en el aire. Sin duda, la idea de acabar sus días en una residencia («tanto da si para viejos o para inválidos», decía en un tono entre admonitorio y lastimero) causaba honda inquietud a Manoli, por lo que Maite consideró oportuno sosegarla jurándole por lo más sagrado que no existía por parte de ella ni de Elene ningún plan de recluirla. En su opinión, la circunstancia de que ella hubiese bajado por sus propios medios a la calle demostraba que se estaba recuperando y pronto no necesitaría la ayuda de nadie.

—¿Por qué te crees que se me ha metido entre ceja y ceja pisar la calle?

—Me lo figuraba.

—Tengo el presentimiento de que me quedan veinte o treinta años de vida. Recuerda a la *amona* Rosario, que murió a los noventa y

cinco, o a su hermana Celia, que está a punto de cumplir los cien y ahí sigue, aunque se haya quedado ciega. Espero haber heredado los mismos genes.

Madre e hija decidieron caminar a paso tranquilo hacia el edificio de Correos, visible al fondo, como a medio centenar de metros. Irían por un costado del jardín y volverían por el otro. Iniciado el corto paseo, Manoli se agarraba con fuerza al andador, por más que decía no necesitarlo salvo para mitigar su temor a las caídas. Maite le hizo una sugerencia:

—Deja que yo lleve el andador y tú te sujetas de mi brazo.

Y así lo hicieron para satisfacción de Manoli, que no ocultaba lo orgullosa que se sentía de volver a andar por la calle.

—Qué bonita mañana se ha puesto, ¿no crees? Hija, lo que yo daría por tener tus años. Practica la gimnasia, aliméntate bien, vigila el peso, haz todo lo posible por llegar lo menos cascada a mi edad. Pensarás: todavía me falta mucho. No te confíes. ¡Si supieras lo rápido que pasa la vida! Imagina que retiras el tapón a una bañera llena. Al comienzo hay tanta agua que da la impresión de que tardará mucho en marcharse del todo. Pero poco a poco el nivel va bajando. Cuando por fin se forma el remolino por encima del desagüe, ya no hay nada que hacer. Yo intento no sentir dentro de mí el maldito remolino.

—Antes me has dado a entender que aspiras a vivir tanto como la hermana de la *amona*.

—Sólo si llego a esa edad en buenas condiciones físicas y mentales. De lo contrario, prefiero ir a criar malvas junto al *aita*.

—Veo que te dejas llevar por el pesimismo.

—Soy realista.

En el momento de emprender el regreso, a Manoli se le antojó de buenas a primeras andar unos metros sola.

—Me voy a soltar de tu brazo.

—*Ama,* mucho cuidado.

Pero Manoli, confiada en sus fuerzas, no se dejó arredrar por las advertencias de su hija; antes al contrario, insistió con firme resolución en llevar a cabo la tentativa y, con Maite pegada a su costado, las manos dispuestas a sujetar a su madre al menor tambaleo, logró avanzar media docena de pasitos sin aparente dificultad. Ella mismo decidió poner fin al experimento apenas comenzado.

—Ya puedes agarrarme. Tampoco quiero exagerar.

Y como en los inicios del paseo, Maite empujando el andador, Manoli aferrada al brazo de su hija, las dos mujeres reanudaron su marcha lenta hacia el portal. Ahora era Maite la que llevaba el peso mayor de la conversación.

—A mí lo que me parece importante, mientras se nos vacían de agua nuestras respectivas bañeras, es que nos llevemos bien. Deberíamos firmar ante notario un documento que nos obligue a guardarnos afecto la una a la otra. En serio, *ama*. Date cuenta de que estamos solas, con Elene viviendo lejos y el *aita* en el cementerio.

—Tú tienes a tu marido.

—Estaba pensando en los cuatro miembros originales de la familia Echarri-Lizaso. Elene se marchará mañana. Volveremos a estar tú y yo solas. Me encantaría que nos entendiéramos y mantuviéramos una relación fluida, una relación de generosidad y cariño mutuo. ¿Cómo lo ves?

—¿Nos llevamos mal o qué? ¿Qué cosas dices? ¿Has bebido?

Así hablando, madre e hija llegaron cogidas del brazo junto a la fuente. A este punto, Manoli señaló con el dedo el banco donde habían estado las dos sentadas.

—Oye, ¿no es esa nuestra barra de pan?
—Ay, Dios. Me la he debido de olvidar.
—Yo no sé dónde tienes tú la cabeza.

17

Almuerzo en familia

No le faltaba razón a Manoli. Resultaba más fácil subir las escaleras que bajarlas. Peldaño a peldaño, sin dejar de aferrarse al barandal, fue recorriendo lenta, pero segura, los tramos sucesivos. Maite la seguía pegada a su espalda, en una mano el andador plegado, en la otra la barra de pan.

—Despacio, *ama,* que tengo las manos ocupadas.

La mañana cálida, el ambiente calmo de la plaza con sus palomas y gorriones y el paseo alrededor del jardín habían puesto a Manoli de buen humor.

—Si me caigo de espaldas, intenta sujetarme con los dientes.

En su euforia, ya hablaba de irse de vacaciones a Benidorm o de hacer a pie el camino de Santiago, y Maite le seguía la corriente y se conoce que Manoli le tomó gusto al divertimiento y, soltando chanzas, llegó ante la puerta de su vivienda. En el descansillo, la saludó la viuda del delineante, octogenaria del cuarto derecha que bajaba a la calle con la bolsa de la compra.

—Manoli, dichosos los ojos que te ven. ¿De paseo?

—Aquí, con la hija.

—Te encuentro guapísima. ¿Estás mejor?

—Ya ves.

Y cuando, tras breve conversación de circunstancias, madre e hija se despidieron de la vecina y entraron en el piso, Manoli se apresuró a decir apenas cerrada la puerta:

—Tan chismosa como siempre. ¡Y qué mayor está la pobre! ¿No te parece?

—Normal. Pasa de ochenta.

—Ochenta y tantos y en su casita tan tranquila. A ver si tomamos nota.

Quedaba por resolver el asunto del almuerzo. Un vistazo al interior de la nevera convenció a Maite de que era misión imposible cocinar en el poco tiempo de que disponía ningún guiso digno de la que iba a ser la comida de despedida de Elene. Propuso en consecuencia una solución rápida y fácil: pegarse una escapada al cercano mercado de San Martín, donde ya había estado ella por la mañana, y comprar allí algún plato listo para el consumo que las tres mujeres sólo tendrían que calentar. Su madre estuvo enseguida de acuerdo. Curada de su problema intestinal, sugirió a Maite que pensara asimismo en el postre. Dicho y hecho: Manoli se acomodó en su sillón de la sala con el televisor encendido y Maite se dirigió sin falta al mercado, donde compró tres raciones hermosas de chipirones en su tinta y un melón piel de sapo. De vuelta en casa de su madre, colocó sobre el fuego una cazuela de arroz blanco para acompañar los chipirones y decidió preparar a modo de entrante una ensalada de tomate con aceite de oliva, sal gorda, ajo picado y aceitunas. No esperó la llegada de Elene para ponerse a la tarea. Mientras tanto, sola en la cocina, conectó la radio.

De nuevo, el programa informativo abrió con la noticia del secuestro de Miguel Ángel Blanco. Se habían celebrado manifestaciones de protesta contra ETA y en favor de la liberación del joven concejal de Ermua por toda España; pero sin duda la más multitudinaria, con alrededor de medio millón de participantes, había sido la de mediodía en Bilbao, a la que acudió una nutrida representación de la clase política, con el presidente del Gobierno, señor Aznar, acompañado de varios ministros, además del *lehendakari* Ardanza, el presidente de la Generalitat catalana, señor

Pujol, y un sinnúmero de miembros destacados y no tan destacados de todos los partidos, salvo los de Herri Batasuna. Se habían coreado diversos lemas: «Miguel Ángel somos todos», «Libertad, *askatu»,* «ETA, suéltalo», «Vida sí, ETA no». Según el locutor, la formidable concentración había abierto un resquicio a la esperanza. ¿Cómo iba a desoír la banda terrorista semejante clamor popular? Incluso algunos militantes de la izquierda *abertzale* habían adoptado en público una postura contraria al secuestro. Se trataba de unas pocas voces discordantes que permitían entrever un comienzo de disidencia en el bloque monolítico de la izquierda radical independentista. Aquella inmensa masa de ciudadanos que había abarrotado las calles céntricas de Bilbao invalidaba cualquier pretensión de ETA de presentarse ante los ojos del mundo como ejecutora de la voluntad del pueblo vasco. «La crueldad», dijo una voz que Maite, atareada con los tomates, no pudo identificar, «se vuelve tarde o temprano contra el que la practica y mi pronóstico es que a ETA, a la vista de todo este gentío, ya no le queda más remedio que recular.»

El almuerzo estaba previsto para las dos de la tarde. A las dos y media, Elene aún no había llegado. Mientras la esperaban, Manoli se quedó dormida en su sillón; Maite, la mesa puesta, la comida lista, permanecía de pie junto a la ventana de la cocina mirando las ventanas de enfrente, la ropa tendida, las paredes desconchadas y las tuberías del patio de luces. El patio remataba en un cerramiento de vidrio laminado, resistente a la intemperie, pero tan sucio que impedía el paso de una buena parte de la claridad del día.

—¿Lo habrán maniatado? ¿Estará a oscuras? ¿Le habrán dado de comer y beber? Me pregunto si para sus captores es importante que ese hombre sufra. Si su sufrimiento, quiero decir, forma parte de lo que aspiran a conseguir. ¿O se trata tan sólo de que hay que hacerle

sufrir para que la evidencia de su dolor y su angustia les permita a ellos sentirse fuertes? Quizá ni siquiera reparen en el daño físico y psicológico que le infieren. Los estoy oyendo razonar a su manera: Defendemos una causa; la causa es absoluta y radicalmente buena; por tanto, lo que sea que hagamos en nombre de la causa, aunque produzca dolor, aunque traiga la muerte, será por fuerza absoluta y radicalmente bueno. No puede ser de otro modo. Este hombre, cuyo destino nos hemos visto obligados a tomar en nuestras manos, se opone a la causa. La impide, la estorba, la perjudica. Eso lo convierte en absoluta y radicalmente malo. ¿Qué aporta a nuestra lucha apiadarse del enemigo? Ofrecerle comida y bebida, aligerarle la atadura, ¡dejarlo libre!, supondría que nosotros mismos colaboramos con el mal. ¿Cabe mayor traición? Tanto sacrificio en nombre del pueblo ¿para esto? La única forma de librar a este hombre de ser ejecutado es que él mismo se ejecute. Como tiene las manos atadas, no nos queda más remedio que matarlo nosotros, pero que conste que él es quien se mata por haber tomado partido contra la causa sagrada del pueblo vasco.

—Advierto que usted responde sin que le haya preguntado.

—Perdóneme. Falta poco para que se cumpla el ultimátum. Comprenda que estoy nerviosa.

Una voz repentina a sus espaldas produjo en Maite un violento sobresalto.

—Hija, ¿con quién hablas?

—¡Ostras, *ama!* ¡Qué susto me has dado! Estaba aquí contándome cosas para matar el tiempo.

—El *aita* también hablaba a veces solo.

—Habré heredado la costumbre de él.

—Tu hermana no llega. ¿Qué hacemos?

Acordaron sentarse a comer la ensalada de tomate y después ya verían. El caso era engañar al hambre. Ya estaban por la segunda rodaja cuando sonó el timbre.

—Os pido disculpas, pero es que, nada más salir de la peluquería, la diabetes me ha jugado una mala pasada en plena calle. Si no es por unas señoras que se han dado cuenta de lo que me ocurría y me han acompañado hasta una farmacia, ahora mismo yo estaría en el hospital o a lo mejor en el otro mundo.

—No te preocupes, hija. Acabamos de empezar a comer. ¿Qué has hecho con la tirita del dedo?

—Ya no la necesito.

—¿Tienes hambre?

—Bastante.

Manoli y Maite coincidieron en alabar el peinado de Elene. Esta explicó que la habían atendido en un establecimiento próximo al hotel. Una recepcionista se lo había recomendado. La chica tuvo, además, la gentileza de confirmar por teléfono que Elene sería recibida sin reserva de hora. Dado que se encontraba de visita en la ciudad y que todo lo que tenían que hacerle era lavar y marcar, la admitirían encantadas, aunque sin garantías de que le tocara pronto la vez. De hecho, Elene permaneció más de una hora tomando café con galletas que la peluquería ponía a disposición de las clientas y ojeando revistas en un espacio dentro del local habilitado para sala de espera.

—Desde el punto de vista profesional, me han parecido impecables; pero, para mi gusto y mi bolsillo, *too expensive*.

Manoli se volvió a Maite.

—¿Qué dice?

—Que le han cobrado mucho.

—Ah, sí. Es lo que tiene esta ciudad. Todo está por las nubes.

Las tres mujeres comían, vaciaban trago a trago la botella de vino tinto que había traído Elene, mojaban trozos de pan en el aceite de los tomates y platicaban, ora en serio, ora de broma, siempre en buena avenencia, entrelazando distintos temas de conversación. Las hijas celebraron con aspavientos elogiosos la valentía mostrada por su madre al salir a la calle después de tanto tiempo de reclusión, y una y otra, disputándose el turno de palabra, hablando a la vez, perseveraban en animarla a repetir la experiencia tantas veces como fuera posible. Maite vaticinó que su madre no tardaría en olvidarse del andador. Elene ya la veía haciendo vida normal. Manoli protestó, convencida de que sus hijas usaban con ella un tono condescendiente, de falsa y exagerada alegría, más propio para dirigirse a los cortos de entendederas y a los viejos chochos. Le replicaron, se defendió. Insistieron, las mandó a freír espárragos. Y estando en estas burlas y porfías sin dejar de engullir y beber, a Manoli, de repente, le vino un arranque de nostalgia.

—¿No veis que un lado de la mesa está sin ocupar? ¿No echáis en falta al *aita?* Aún más en un día como hoy, con todas nosotras juntas.

Elene zanjó:

—No empieces. Cada vez que estamos reunidas nos bajas el ánimo con el recuerdo del *aita*. Pero... ¡si os pasabais la vida discutiendo! ¿Ya lo has olvidado?

—En todos los matrimonios se discute. ¿O es que en el tuyo no?

—Mi matrimonio es perfecto y el de Maite imagino que también. ¿A que sí?

La aludida asintió, risueña, y Manoli, blandiendo el tenedor con una aceituna prendida en la punta, la barbilla alzada en actitud de despecho, replicó:

—¡Qué más quisierais!

Maite puso a calentar uno tras otro los platos de chipirones y arroz blanco en el microondas, y de pronto fue Elene quien sintió los embates de la nostalgia.

—Mañana, a estas horas, estaré volando a Londres. Ojalá pudiera parar el tiempo o ralentizarlo. Si fuerais buenas personas, me encadenaríais a una pata de la cama y me obligaríais a quedarme.

—Concho, hermana. Yo iba a ofrecerme para llevarte en coche al aeropuerto, pero me lo voy a pensar. No quiero que me eches en cara que te empujo fuera de tu tierra.

—En el hotel me han informado del horario de autobuses. Para llegar a tiempo al aeropuerto debería salir con bastante antelación. Si tú me llevaras, me harías un favor grande.

—Cuenta con ello. No me lo tomarás a mal, ¿eh?

—Por esta vez, no.

Manoli terció:

—En ese caso, podríamos vernos por la mañana, aunque sólo sean cinco minutos, y despedirnos antes que Maite te lleve al aeropuerto. Así, esta comida no es lo último que hagamos juntas. Los alimentos empezaban a saberme tristes.

Elene los encontraba salados.

—¿Se puede saber en qué fábrica de sal os han vendido estos chipirones?

Como prueba de que se trataba de un producto de calidad, Maite mencionó lo que había pagado por ellos.

—Mis nietos ¿han probado los chipirones allá donde vivís?

—¿Te digo la verdad? Si James Aitor y Cindy Amaia estuvieran aquí y nos vieran meternos en la boca cachos de animales cubiertos de salsa negra, primero vomitarían, después se caerían desmayados. Y mi Johnny, lo mismo.

—¿Los traerás algún día para que los conozca?

—Estoy en ello. Comprende que cuatro pasajes de avión y dos habitaciones de hotel nos salen por un ojo de la cara.

—Hotel no necesitáis. Ya nos apretaríamos.

—A mi regreso les plantearé la idea. Rebaja, eso sí, tus expectativas. Para empezar, no hablan castellano.

—Pues tendrás que hacer de traductora porque yo, de inglés, no sé una palabra y, como comprenderás, a estas alturas de la vida no voy a ponerme a estudiar.

—Otra posibilidad, si quieres ejercer de abuela, es que Maite aporte nietos. Órganos reproductivos no le faltan.

—Me parece a mí que a esta se le está pasando el arroz.

—¡Alto ahí! Tengo treinta y cuatro años. Aún estoy a tiempo.

—Pues, hermanita, a ver si tu marido y tú os metéis en faena.

De postre, las tres mujeres compartieron el melón cortado en tajadas dispuestas sobre una fuente. Al término del almuerzo, Maite se ofreció a recoger la mesa, a lo que Elene se opuso alegando que en los días precedentes su hermana se había encargado de poner orden en la cocina y limpiar los trastos. Ahora le tocaba a ella. Maite replicó:

—Déjame a mí, tú estás de vacaciones.

Manoli sugirió usar el lavavajillas, a lo que Maite tampoco estaba dispuesta.

—No merece la pena, *ama*. En dos minutos lo tengo todo limpio y seco.

En vista de que las dos hermanas no llegaban a un acuerdo sobre cuál de las dos se encargaría de fregar, convinieron en decidirlo a cara o cruz y Maite perdió. Entonces Elene acompañó a su madre a la sala, la ayudó a acomodarse en el sillón y, pasado un rato, volvió a la cocina con una bolsa de plástico cuyo contenido deseaba enseñarle a Maite a toda costa.

—Mira lo que he comprado esta mañana.

Así diciendo en un tono susurrante de misterio, extrajo de la bolsa una ikurriña y, con el orgullo pintado en las facciones, la desplegó delante de su hermana, que en aquellos momentos secaba los cubiertos con un trapo.

—Hasta tiene sus anillas para atarla con la driza al mástil.

—Si la doblas, te cabe en la maleta.

—Quiero que me la mandes dentro del paquete de Navidad.

—Pero si no pesa ni ocupa sitio.

—Joder, *how annoying you are!* Te pido por favor que te la lleves a tu casa y me la mandes en el paquete con las otras cosas que te he dejado. Ahórrame explicaciones, te lo ruego.

—No te entiendo.

—No hay nada que entender.

—Bueno, bueno, no te sulfures.

Obtenido el esperado consentimiento, Elene estampó los labios en la mejilla de su hermana.

18

Cuatro de la tarde

El acuerdo de verse al día siguiente por la mañana, aunque fuera lo justo para darse unos besos rápidos y decir adiós, facilitó una despedida apacible, sin derramamiento de lágrimas ni escenas propias de un melodrama. Las dos hermanas salieron juntas del piso de su madre, la mayor con el pensamiento de pasar primero por el hotel, cambiarse de ropa y asistir después «con la debida devoción» a misa en alguna iglesia de la ciudad, pues le urgía, según dijo, «pedirle a Dios perdón por los pecados cometidos desde su llegada a San Sebastián, así como por los que consideraba inevitable cometer antes de su marcha». Maite no tenía más plan que meterse en casa, dedicar una o dos horas a su trabajo de traducción, permanecer atenta a las noticias y acabar el día viendo alguna película en la televisión francesa, mientras se hundía en un sopor grato con la ayuda de un buen vino y esperaba la llamada de Andoni antes de meterse en la cama.

Yendo por la calle, Elene cogió a su hermana del brazo y se ofreció a acompañarla hasta el portal de su casa. La plaza en torno a la catedral presentaba un aspecto de edén urbano: grupos de conversación, niños que correteaban a resguardo del tráfico entre las parcelas de jardín, señoras peripuestas, carritos de bebé, perros tranquilos, palomas al acecho de cualquier desperdicio comestible componían una imagen de sábado pacífico y burgués que indujo a Elene a exclamar:

—¡Qué bien se vive aquí! Mejor que en Providence, desde luego.

—Te va a doler marcharte.

—No te puedes imaginar cuánto.

—¿Y por qué no convences a tu marido y os instaláis en esta ciudad? Yo os echaría un cable en todo lo relativo al traslado, el papeleo, la búsqueda de vivienda y lo que fuera necesario.

—*No chance*. Me juré a mí misma no tocar el tema nunca más en casa para que Johnny no se ponga agresivo. El idioma y la falta de perspectivas laborales son un obstáculo. El apego que él siente por sus padres y sus cinco hermanos, de los que tendría que separarse, es otro. Habría que arrancar a los niños de su colegio actual, al que van a gusto, y meterlos en otro de aquí donde al principio no conocerían a nadie y los mirarían como a monos de feria. Tendríamos que dejar nuestra casa con porche y jardín, nuestros respectivos puestos de trabajo, nuestras actividades y nuestro círculo de amigos. Uf, hermana, para bien o para mal estoy atada a aquel lugar y allá me enterrarán. ¿De qué voy a quejarme si yo misma lo elegí?

—Al menos podrías proporcionarle a la *ama* la alegría de que la visiten sus nietos. A mí también me gustaría conocer a mis sobrinos, llevarlos a las atracciones de Igueldo, al acuario o a dar un paseo en barca por la bahía. Si el problema es económico, Andoni y yo os ayudaríamos a costear los pasajes y os cederíamos nuestro piso por unos días. ¿Qué me dices?

—Eres demasiado generosa como para que yo me sienta bien ocultándote la verdad. Nada me agradaría tanto como enseñarles a mis hijos la ciudad donde nació su madre y estoy segura de que ellos vendrían encantados. Pero, para resumir, Johnny se opone. ¿Y sabes por qué?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Por miedo.

—¿Le da miedo volar en avión?

—Ojalá fuera eso.

—¿Entonces?

—Le da miedo que, aprovechándome de alguna argucia legal, yo me quedase en España para siempre con los niños. Me costó descubrirlo, pero al fin se lo sonsaqué. En buena medida la culpa es de mis suegros, que le han llenado la cabeza de fantasmas. Se entiende así su resistencia a que yo hable castellano en casa y a que nuestros hijos aprendan el idioma.

—Pero eso es injusto. ¿Cómo lo aceptas?

—Lo acepto con resignación y pena. Con pena lenta, que es una tristeza que se deja digerir a cachitos. Basta con ser madre para entenderlo. Puedes llorar cuanto quieras. Puedes llorar por tus ojos el mar entero, pero eso no cambia nada.

Enfilaron la calle Fuenterrabía. El escaparate de una tienda de ropa atrajo su atención y las dos hermanas, agarradas del brazo, se detuvieron un instante a contemplar el género. A Elene, según dijo dando un giro brusco a la conversación, le repetían los chipirones.

—Será porque a quien los ha cocinado se le ha ido la mano con la sal.

—No sé, no sé. Algo no va bien dentro de mi cuerpo. No me refiero a la diabetes, que más o menos tengo controlada con la medicación. Es otra cosa que se ha escondido en alguno de mis órganos, insinuándose sin descubrirse del todo, y a la que aún no logro ponerle nombre. Espero que no te haya molestado lo que te he dicho de tener hijos. Son bromas que una suelta sin ánimo de herir, sólo porque está entre personas de confianza y el vino empieza a causar efecto. En todo caso, si te he ofendido, perdóname.

—Descuida. Lo último que me apetecería es enfadarme contigo.

—Aún te voy a decir más. Hacéis requetebién tu marido y tú en renunciar a la descendencia si compartís esa decisión. Actuando

unidos, el fracaso o el éxito lleva la firma de los dos. No hay entonces posibilidad de envenenar la relación con reproches.

—Procuramos no discutir.

—Es maravilloso formar una pareja armónica.

—En caso de desavenencia, digamos que yo no necesito tener razón a todo trance y a Andoni nunca le urge pronunciar la última palabra.

—A veces, los niños vienen por su cuenta, sin que nadie los llame, como fue mi caso. Te confieso que con el primero me quedé embarazada antes de saber si deseaba o no ser madre. A la niña tampoco la concebimos como parte de un plan de ampliación de la familia. Se empeñó en que tenía que nacer y nació. Vino de fábrica con el carácter ya instalado. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja no para hasta imponer su voluntad, a grito limpio si hace falta. Eso enorgullece a su padre, encantado de ver en la niña una copia de sí mismo.

Reanudaron el camino sin soltarse del brazo. Ya cerca de la calle San Marcial, Maite lanzó una mirada furtiva a su reloj de pulsera. Comprobó, nerviosa, que faltaban unos minutos para las cuatro de la tarde. Elene continuaba desgranando confidencias.

—De joven yo te he envidiado una barbaridad. ¿No te diste cuenta?

—Es la primera noticia que tengo.

—Entiéndeme. No es que tu suerte o tu felicidad me produjesen envidia. Jamás te he deseado nada malo. Era otra cosa. Yo quería ser tú o como tú, tener tu cara, tu figura, tu forma de ser, tu gusto en el vestir, y no estas carnes que Dios me endilgó o esta voz que detesto o mi nulo instinto para la elegancia.

—Ay, chica, no digas eso.

—Habría deseado ser tu melliza. ¿Entiendes lo que trato de decir? O sea, que tú no hubieras dejado de ser la que eres, pero yo hubiera sido idéntica a ti. Mi vida habría transcurrido por caminos más favorables de haberme correspondido un cuerpo como el tuyo. Tienes una nariz perfecta y unos ojos preciosos, con un toque muy atractivo de dulzura y melancolía. ¿Nunca te lo han dicho? ¡Y qué delgada y esbelta te conservas! Yo lo pasé fatal en la adolescencia, y eso que de pequeñita era muy mona y muy salada, todos lo decían, hasta que las hormonas me estropearon. Los recuerdos del colegio me ponen la carne de gallina. Los chicos me evitaban. Preferían a las guapas, claro está, y a los quince o dieciséis años, con la cara salpicada de granos, yo he llegado a humillarme y a mendigar amor entre los chavales de mi entorno, desesperada por las ganas de experimentar qué coño es eso de despertar deseo en otra persona. Les debía de parecer una salida.

—Un poco de mala fama sí que tenías.

—¿Cómo lo sabes?

—Rumores.

—Era pura desesperación. En la discoteca, cuando llegaba el baile agarrado y veía a mis amigas morrearse y dejarse manosear bajo las luces moradas, yo me derretía sola en la oscuridad, amargada y al borde de las lágrimas, y en esos momentos, te lo juro, me habría entregado a cualquiera. Había veces en que sí bailaba, pero siempre con el tío más feo o con el más tonto, lo que no hacía sino agravar el problema.

—Sin embargo, tuviste novio formal.

—Eso ocurrió más tarde. ¡Pobre Leandrito!

—Lo presentaste a los *aitas* y todos en casa dábamos por hecho que, al acabar los estudios, os casaríais.

—Recuerdo a Leandro como una versión masculina de mí misma. Por eso creo yo que nos juntamos, porque éramos los dos patitos feos de la cuadrilla. En el fondo, sin llegar a aborrecerlo, nunca lo aprecié.

—Tengo entendido que era buena persona.

—Demasiado buena. El jueves coincidimos en la sidrería después de tantos años sin saber el uno del otro. En el momento de estrecharle la mano me entró un ataque de vergüenza y un sentimiento horroroso de culpa.

—Normal. Lo dejaste tirado.

—Incluso pensé que me montaría una escena en la sidrería; pero por suerte es un hombre que ignora el rencor.

—Motivos para ponerte mala cara no le faltan.

—Ni siquiera me tomé la molestia de enviarle una carta desde los Estados Unidos para comunicarle que había conocido a otro hombre y decidido permanecer para siempre a su lado. ¿Cómo explicarle a Leandro, sin hacerle daño, que yo no deseaba encadenarme a una persona como él, tan formalito, tan manso, tan aburrido? Tonto no es, de donde deduje que tarde o temprano comprendería que lo nuestro había terminado. Nunca lo superó. Lo sé por Ana Mari. Sigue soltero a pesar de que está forrado de pasta. A un empresario de éxito como él, sin ser un Adonis, seguro que le salen pretendientes a porrillo. Se expresa como un profesor, conduce un coche de gama alta, posee una villa en una zona noble de la ciudad y, aunque sigue tan soso como siempre, tiene un aire de señor maduro, aplomado, que, joder, no carece de atractivo.

—Cuidadito con enamorarte.

—La otra noche, durante la cena, yo me preguntaba cómo habría sido mi vida si me hubiera casado con él.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Nunca hay respuesta a este tipo de preguntas. Sirven para pasar el rato, pero no para obtener claridad. Llegas a una encrucijada y debes decidir si tiras por aquí o tiras por allá; pero, una vez que has emprendido este rumbo y no el otro, ya no hay vuelta atrás. Intento imaginar los hijos que habría podido tener con Leandro. Con un poco de fantasía, hasta logro ponerles cara, voz y nombre, y me los imagino retozando a mi alrededor. Pero lo cierto es que nunca nacerán. Se quedaron en posibilidades no consumadas como tantas vivencias que hubiéramos tenido él y yo, no sé si buenas o malas, alegres o tristes.

A pocos pasos de su portal, Maite se detuvo de repente, dando a su hermana un brusco tirón del brazo que la obligó asimismo a detenerse.

—¿Qué ocurre?

—¿No oyes?

Las campanadas de las cuatro de la tarde sonaban en la torre de la catedral. Maite tendió una mirada nerviosa en derredor como en espera de discernir una señal o de avistar algún detalle anómalo que alterase la paz de la calle; pero todo (coches, escaparates, fachadas, transeúntes) siguió como hasta entonces. Y Elene comprendió al instante.

—Se cumple el plazo que le dieron al concejal secuestrado. Es eso, ¿verdad?

—Subo a casa corriendo a escuchar las noticias.

—¿Tú crees que lo matarán?

—Espero que no.

—Después, en la iglesia, rezaré por él.

Delante del portal, Elene entregó a su hermana la bolsa con la ikurriña. Y como viera a esta presa de una evidente intranquilidad, se abstuvo de recordarle lo que de todos modos Maite ya sabía: que

debía enviársela a Providence, junto con el resto de sus pertenencias, en un paquete de Navidad. A continuación, Maite confirmó la hora en que pasaría al día siguiente a recoger con su coche a Elene a la entrada del hotel para llevarla al aeropuerto de Bilbao, tras lo cual le tomó una mano y la acercó a su frente de modo que la yema del dedo índice tocara la cicatriz.

—¿Esto es un rito tuyo?

—Digamos una superstición en la confianza de que me traiga suerte.

Se abrazaron y besaron, y Elene aprovechó la cercanía de las caras para susurrarle a Maite al oído:

—*I love you so much, little sister.*

A lo que Maite, en el mismo tono secreteante, respondió:

—Y yo a ti también.

19

Caballos

Maite subió a toda prisa a su vivienda y, sin quitarse los zapatos, se precipitó hacia la radio. Saltaba de un canal a otro en búsqueda ansiosa de la fatídica noticia o del desmentido aliviador. En todas partes se topaba con la programación habitual, por lo que, pasados unos minutos, desistió de seguir pegada al aparato. «¡Qué bobada! Si acaba de ocurrir un hecho relevante en algún lugar de la provincia, los medios de comunicación necesitarán un tiempo antes de estar en condiciones de transformar el suceso en información y difundirlo.» Le pareció más sensato esperar con la radio desconectada al noticiario de las cinco.

De pronto se sintió como atravesada por el silencio que llenaba la casa, un silencio flotante, minucioso, que se le metía muy adentro en los pulmones con cada toma de aire, al tiempo que ejercía una presión constante contra su pecho, su espalda, su cara. Fue entonces y sólo entonces, apagadas las voces de los distintos locutores, la música, los desapacibles anuncios publicitarios, cuando tuvo constancia de que le empezaba un dolor de cabeza. A diferencia de su madre, ella no era propensa a las jaquecas. No obstante, en ocasiones, si había pasado una mala noche, bebido alcohol en exceso o no había comido a su hora, se le ponía detrás de los ojos una punzadura intermitente, no intensa pero pertinaz, que por lo común podía eliminarse en cuestión de minutos con ayuda de una aspirina. Y eso es lo que ella hizo: puso una pastilla efervescente dentro de un vaso con agua del grifo, vació el contenido de un trago y, con las persianas bajadas que la protegían

de la claridad agresiva del exterior, se acostó en el sofá de la sala a fin de facilitar el efecto del fármaco.

La casa tranquila, la cabeza descansada sobre un cojín, los ojos cerrados, a Maite, vencida por un creciente sopor, le vinieron imágenes de la última vez que habló con Leandro, hacía de ello unos cuantos años. No es que ella forzase el recuerdo, sino que su memoria, influida por la conversación reciente con Elene, tuvo el antojo de hacerle guardar cola delante de un mostrador de apuestas, ya avanzada la tarde de uno de tantos domingos estivales de carreras. Había acudido al hipódromo de Lasarte acompañada de Andoni, que era, de los dos, quien mayor afición profesaba al *turf.* En el momento de toparse con Leandro, ella se encontraba sola. Andoni estaría, bien estudiando embelesado los caballos en el *paddock,* distracción que lo colmaba de placer, bien haciendo apuestas por su cuenta antes de reunirse con Maite en la tribuna. Marido y mujer jugaban de costumbre por separado, alentados por un pique inofensivo y lúdico, pero pique al cabo, Andoni a partir de los datos que obtenía ojeando con detenimiento el programa de carreras y consultando a un compañero de la clínica que por lo visto era un experto en la materia; Maite, dejándose llevar por la intuición, por la sonoridad de los nombres de los animales o por cierta fijación que tenía con jinetes a los que consideraba algo así como hijos predilectos de la fortuna. Andoni acertaba con más frecuencia; pero arriesgaba menos, de ahí que las apuestas de veras lucrativas las había ganado ella sin otra guía que sus corazonadas. Bien es cierto que ambos apostaban cantidades módicas, no más que por pasar el rato, y que las ganancias iban a un fondo común destinado a sufragar cenas o almuerzos en los restaurantes.

Cerca de disputarse la última carrera, Maite decidió hacer su apuesta estrafalaria de la tarde, jugando a espaldas de Andoni un

dinerillo a una gemela poco solicitada por los apostantes, ideal para conseguir un beneficio cuantioso en caso de producirse la gran sorpresa, sin la menor idea de a qué caballos correspondían los números elegidos. Rara vez se producía la ansiada sorpresa, pese a lo cual, domingo tras domingo, la secreta ilusión de Maite se mantenía en su punto habitual de firmeza.

Al retirarse con su boleto del mostrador de apuestas, oyó que una voz masculina pronunciaba su nombre. Le costó unos instantes reconocer en aquel individuo con bastante menos pelo que en otros tiempos, de perfume penetrante, evidente timidez y sonrisa desangelada, a Leandro. Se percató de que no estaba solo. A escasa distancia, un acompañante joven, vestido con cazadora a pesar del calor, clavó los ojos en Maite, acto seguido miró hacia un lado, después hacia otro y siguió así, sin moverse del sitio, durante el minuto o minuto y medio que duró la conversación. Tras despedirse, Maite comprobó desde las escaleras que llevaban a la tribuna que el joven caminaba dos o tres pasos a la zaga de Leandro. Sobre lo que acababa de ver habló poco después con su marido.

—Vengo de hablar con uno que fue novio de mi hermana. Casi no lo reconozco. Juraría que anda con escolta.

—¿Es político?

—Es empresario.

—Entonces seguro que lleva escolta.

Durante el rato en que Maite estuvo con Leandro, se conoce que este no pudo sustraerse al asedio de la curiosidad y, tras una serie de generalidades y bagatelas sobre el calor, las carreras de caballos y el gentío que llenaba el hipódromo, preguntó de manos a boca por Elene, interesado en averiguar si a su antigua novia le iba bien en los Estados Unidos.

—Sería raro que él la hubiese llamado a usted sólo para cambiar impresiones sobre el tiempo y los caballos, ¿no cree? Se supone que algo más tendría en la mente.

—Me he expresado mal. En realidad, él no preguntó por Elene. Sus palabras exactas fueron: «¿Qué tal le va a tu hermana en los Estados Unidos?». O sea que evitó llamarla por su nombre. Lo interpreté como una tentativa, acaso inconsciente, de distanciarse de la mujer que años atrás lo había abandonado. Al considerarla en función de su parentesco conmigo, Leandro estableció una separación tajante con respecto a ella; pero no creo que lo hiciera por despecho. Él ofrecía más bien una imagen de apocamiento. Mi sospecha es que le causaba apuro mostrarse delante de mí como el hombre chasqueado y el perdedor sin paliativos que era, ¿me comprende?

—Usted es la entrevistada y usted sabrá. Le rogaría que dejase de lado las disquisiciones y se centrara en el tema que nos ocupa. Vaya por favor al grano. ¿Qué le respondió usted a Leandro aquel domingo en el hipódromo?

—Me sentía tan violenta a su lado que no tuve la calma suficiente para mentirle. Conque le conté que, por las cartas que de cuando en cuando llegaban a casa de mis padres, sabíamos que Elene vivía con su marido en Providence, que tenía un buen puesto de trabajo y que había sido madre por segunda vez. Leandro profirió una tibia exclamación aprobatoria, se quedó como cortado, yo no supe qué agregar y allí terminó la conversación. No volví a verlo hasta ayer en la cafetería del hotel Londres. Aquel lejano domingo en el hipódromo me causó una impresión de hombre caviloso y apagado, con sus cejas mustias y una expresión facial de poca o ninguna vitalidad. No me extrañaría que las noticias que le proporcioné de Elene lo apenaran. Lo cierto es que en aquellos momentos, con los altavoces

anunciando que los caballos acababan de salir a la pista, lo único que a mí me importaba era reunirme sin pérdida de tiempo con Andoni y presenciar la carrera.

Abiertos los cajones de salida, los caballos se arrancaron a galopar por la pista de hierba. Uno de los de la gemela jugada por Maite se quedó descolgado en los primeros metros. Un comentarista refería incidencias de la carrera por los altavoces. En el público se percibía una tensión creciente. El rumor general iba en aumento conforme los caballos se acercaban a la curva que precedía a la larga recta final. Arreciaba el bullicio. Algunas personas se pusieron de pie, privando con sus cuerpos la visión a otras a las que, para no perderse detalle de la llegada, no quedaba otro remedio que levantarse asimismo de sus asientos.

Y en medio del guirigay entusiástico, Andoni acercó su boca al oído de Maite.

—Conviene no arrimarse a las personas que llevan escolta.

Sorprendida, Maite perdió todo interés por lo que estaba sucediendo en la pista de carreras.

—¿Por qué dices eso?

—Tú hazme caso a mí, *maitia*.

—¿Crees que he corrido peligro por intercambiar cuatro palabras con el antiguo novio de mi hermana?

—Lo que yo digo es que nunca está de más extremar la prudencia. Las balas y las bombas no suelen hacer distinciones.

Ganó el 4, seguido del 1, los favoritos de los pronósticos y aquellos por los que Andoni había apostado. Los caballos elegidos por Maite llegaron, uno dentro del pelotón, el otro en último lugar, a siete u ocho cuerpos del anterior.

El vino bebido en casa de su madre causó a Maite la soñolencia que le impidió despegarse del sofá hasta poco antes de las cinco de

la tarde. También al vino, además de a la tardanza en comenzar el almuerzo, atribuía ella el dolor de cabeza que la aspirina efervescente, tomada a tiempo, logró atajar. Se preparó en la cocina una infusión de manzanilla y la fue bebiendo a pequeños sorbos mientras escuchaba las noticias de la radio, apenas diferentes de las difundidas una hora antes. El locutor hizo la consabida alusión al ultimátum dado por ETA al Gobierno, cuyo plazo ya se había cumplido; mencionó concentraciones celebradas durante el día en numerosas ciudades de España, entre las que destacaba la manifestación multitudinaria de Bilbao; citó las palabras de rechazo y condena de diversos políticos, para concluir que, en lo relativo al secuestro, no se habían producido novedades. Maite pensó que quienes movían los hilos dentro de ETA no podían ser tan cortos de mollera como para ignorar que su acción había desatado una enorme respuesta popular dentro y fuera del País Vasco y no darse cuenta de las consecuencias negativas que tan descomunal rechazo tendría para sus maquinaciones armadas. La gente, se decía, había empezado a perder el miedo; y ETA, la calle. Hasta el papa Juan Pablo II había exigido la liberación del secuestrado. «Quizá no lo suelten hoy ni mañana, por aquello de extraer algún beneficio efectivo o simbólico de su crueldad y no quedar ante los ojos del mundo como unos chapuceros o unos blandos, pero no cabe duda de que lo soltarán.»

Persuadida de que se había abierto una puerta a la esperanza, depositó la taza con la manzanilla sobre la mesa y, tras apagar la radio, deseosa de silencio, se apresuró a colocarse en un hueco al costado de la nevera, donde, inmóvil y con los ojos cerrados, se percató de la posibilidad de un castillo. Maite se adentra a lomos de un caballo en un ámbito colmado de oscuridad. A cada instante, una brisa fría le da en la cara. Ella no maneja las riendas. Lo hace un

jinete de complexión menuda, tan menuda que ella, al principio, pensaba que era un niño. No se ve nada. Negrura. No se ven paredes, suelo ni techo. No se ve el caballo, que desprende un intenso olor a heno y camina sin forzar el paso; tampoco al jinete a cuyo torso Maite se agarra con todas sus fuerzas. ¿Avanzan por una cueva? ¿Por los bajos de un edificio de grandes dimensiones? ¿Por el sótano de una fábrica abandonada? De repente, una fosforescencia tenue le permite vislumbrar los contornos no se sabe si de máquinas, muebles descomunales o acaso formas escultóricas alineadas a los costados de un ancho corredor. Maite ve ahora que el caballo es de color alazán y que el jinete es el famoso Claudio Carudel, por el que tiempo atrás, cuando estaba en activo, tanto ella como Andoni profesaban una estima rayana en la veneración, al punto de que habrían apostado por él aunque montase una yegua coja. De sus pensamientos amables la saca de golpe una voz enérgica. En la claridad macilenta se distinguen siluetas humanas. Un hombre con aspecto abatido está sentado en una silla; otro, de pie, a su lado, empuña una pistola; más allá, apenas visibles, hay otro hombre y una mujer. La voz dice: Alto ahí, date la vuelta y lárgate con tu caballito de carreras y tu jinete de peluche por donde has venido. ¿No ves que estamos ocupados en la ejecución de un enemigo del pueblo vasco? Hace una hora que lo teníamos que haber eliminado y, sin embargo, aquí seguimos perdiendo el tiempo por culpa de todos los pesados que venís a pedirnos que no lo matemos. No te hagas ilusiones. A gente mucho más importante que tú hemos rechazado. A políticos, a deportistas, a cocineros célebres, a personalidades de la cultura y demás bocazas. Es necesario que este individuo, convertido en mártir por vuestra propaganda intoxicadora, desaparezca del tablero político de Euskal Herria. Así lo han decidido nuestros jefes y lo que han decidido los jefes es lo

correcto, puesto que lo han decidido ellos y, por tanto, no admite réplica. A nadie le gusta hacer estas cosas, a nosotros menos que a nadie, pero hay un conflicto histórico. ¿No lo sabías? Si no te vas, serás testigo de la ejecución. Te aseguro que no es un espectáculo agradable. Puede que luego llores porque unas gotas de sangre han teñido de rojo tu lazo azul. Se oyen a este punto risitas en un rincón. El timbre de voz y la actitud del cabecilla del comando son amenazantes; pero Maite no se arredra. Al acercarse al cabecilla, ve en sus manos la pistola negra. Es incapaz de identificar la marca, puesto que ella no entiende de armas. Luego se fija en el secuestrado. No hay duda de que es el de la foto de la televisión y los periódicos. Está atado con alambre de espino a una silla. ¿El alambre con las púas roñosas también es por el conflicto? Por supuesto. El conflicto y la existencia de un pueblo oprimido son la clave que lo explica todo. Maite no tiene el hábito de discutir con hombres armados; pero se las ingenia para conservar la calma. Y la moral ¿qué? ¿Y el respeto mutuo? ¿Y el amor? Su interlocutor se enfurece. ¡Qué moral ni qué amor ni qué ocho cuartos! Primero está el conflicto y luego, si eso, lo demás. A Maite no le tiembla la voz: He ido a casa de tus *aitas.* El cabecilla sonríe incrédulo; vuelve la mirada hacia el rincón en penumbra donde están sus compañeros, uno de los cuales le dice: No le creas una sola palabra a esta fascista, *kontuz,* quiere que te pongas sentimental y así debilitarte, hagamos una votación para decidir si tomamos medidas contra ella. Maite no se inmuta. ¿Conque no me creéis? Y a continuación hace una descripción pormenorizada de los padres del cabecilla, de sus respectivas fisonomías e indumentarias, menciona detalles del piso donde estos viven y recuerda que la señora de la casa le ofreció un tazón de arroz con leche. Concluye, seria, firme: Es preciso que soltéis a este hombre y os marchéis a Francia. El cabecilla da

muestras de inseguridad. ¿Qué hacemos? La voz titubeante de la mujer responde desde el rincón: A nosotros no nos preguntes, no queremos líos con tu familia. El cabecilla argumenta que él es el jefe del *talde* y se hará lo que él ordene, ya que no hay posibilidad en estos momentos de consultar a la dirección. Mi *ama* es una gran cocinera y no quiero que se apene. Mi *aita,* cuando sale de la fábrica, cultiva lechugas y tomates en un huerto al pie del monte y está delicado de salud. Se vuelve hacia el secuestrado. ¿Tú qué quieres: irte con la típica señora burguesa de Donostia o que te peguemos un tiro en la nuca? Yo preferiría irme con esta señora. Pues no se hable más, súbete al puto caballo y perdeos de vista los tres antes que me arrepienta. A ver qué hostias les cuento yo ahora a los jefes.

Lo imaginado en el castillo afianzó en Maite los mejores presentimientos. Movida de un arrebato de esperanza, recorrió las habitaciones encendiendo las lámparas, hasta llenar la casa de luz. Estaba convencida de que en el siguiente noticiario se anunciaría que ETA había decidido ampliar el plazo para el cumplimiento de sus exigencias, lo que supondría un primer paso en la dirección de un acuerdo con el Gobierno, de modo que, transcurridos unos días, quizá unas semanas, a la víctima del secuestro se le permitiría regresar a Ermua, la banda afirmaría en un comunicado no haber hecho concesión alguna y enseguida una bomba aquí, un pistoletazo allá, desatarían la discordia entre los políticos de distinto signo y contribuirían a desviar la atención de las multitudes que llevaban dos días abarrotando las calles con sus protestas.

Incapaz de concentrarse en el trabajo y ya con todo el piso encendido por un fulgor de lámparas, Maite deambulaba descalza de un lado para otro haciendo tiempo en espera de escuchar las noticias de las seis. Le agradaba sentir el frescor del suelo en la

planta de los pies y no pensar en nada y no encontrar en ningún lugar de su cuerpo un punto de dolor, una molestia siquiera leve o un bulto preocupante. No tenía sed, ni hambre, ni sueño. Y cuando, a falta de unos pocos minutos para el comienzo del noticiario, se dirigía a la sala dispuesta a conectar el aparato de radio, retumbaron en la soledad resplandeciente de la casa los timbrazos del teléfono. Le parecía improbable que Andoni quisiera comunicarse con ella a esas horas. ¿La *ama* tal vez? ¿Le habría sucedido un contratiempo? Su estado de ánimo, calmado, positivo, y una rara intuición la persuadieron después de unos segundos de titubeo a atender la llamada.

Era Andoni.

—*Maitia,* te llamo antes de lo previsto. ¿Ya te has enterado?

—¿Enterado de qué?

—Han encontrado a Miguel Ángel Blanco con disparos en la cabeza. Al parecer no está muerto. Lo han llevado al hospital y eso o poco más es lo que se sabe por ahora.

Un sollozo repentino dejó a Maite sin habla. En el otro extremo de la línea telefónica, torpe, afectuoso, Andoni se esforzaba por consolarla, *maitia* por aquí, *maitia* por allá, encadenando expresiones de condena: no hay derecho, es una atrocidad, qué mierda de país.

Advirtiéndola más serena, le dijo:

—Quiero que me hagas un favor. No salgas de casa, no te metas en líos. ¿Me lo prometes?

—Me siento muy sola.

—Tranquila, *maitia.* Mañana estoy ahí. Durante una larga temporada no pienso aceptar compromisos que me obliguen a viajar.

La conversación se prolongó por espacio de un cuarto de hora. Ella preguntó por el cursillo, por el tiempo en Madrid, por las

comidas. Él dijo que dentro de un rato, de vuelta al hotel, pensaba ir a comprarle un «regalito» en El Corte Inglés y preguntó a su vez por Elene, por algunas cuestiones domésticas y también si pensaba ir al día siguiente a los caballos.

—Ya sabes que yo sola no voy al hipódromo. Igual suspenden las carreras por lo que ha pasado.

—Lo dudo.

Se despidieron.

—Adiós, *maitia*. Recuerda lo que te he pedido. Quédate hoy en casa. Nunca me cansaré de repetir lo mucho que te quiero.

Maite fue apagando las lámparas hasta que no hubo en el piso más luz que la proveniente del exterior. En la alcoba matrimonial, se desprendió del lazo azul. Tras darle un beso, rozó con él la cicatriz de la frente y lo dejó caer en un cajón del tocador.

20

Horas penosas

Bien poco le costó a Maite sintonizar una emisora que confirmase la noticia. Miguel Ángel Blanco había sido trasladado a media tarde en ambulancia al hospital Nuestra Señora de Aránzazu de San Sebastián. Su estado era de extrema gravedad, se temía por su vida, etc. Maite mantuvo apenas un minuto conectada la radio. Lo que deseaba saber ya lo sabía. ¿Para qué más detalles? Al cabo de un rato le vinieron tentaciones de encender el televisor, pero se abstuvo. Le daba pavor llenarse la cabeza con imágenes de camillas y batas blancas, de caras llorosas, de políticos solidarios y compungidos diciendo lo habitual.

—En situaciones como la de hoy, se le renuevan a usted las ganas de trasladar su domicilio fuera del País Vasco. ¿Acierto?

—Acierta usted de pleno salvo en un punto. Desde que me arrearon la pedrada en la frente, puede que incluso antes, el deseo de levantar el vuelo y cambiar de aires es continuo en mí y no coyuntural. Claro está que se intensifica con cada acción terrorista; pero nunca desaparece del todo. Si de mí dependiera, metería todos nuestros bártulos hoy mismo en un camión de mudanzas y me instalaría en cualquier ciudad tranquila lejos de aquí. No tendríamos por qué salir de España. Muchos vascos nos han precedido. Me iría a un sitio donde fuera posible vivir sin miedo, rodeada de ciudadanos normales y corrientes que van a su trabajo y hacen sus cosas, que no son perfectos ni están desprovistos de debilidades humanas y de problemas; pero, joder, que no se creen llamados a defender de la

mañana a la noche una identidad y a imponérsela a los demás a tiro limpio.

—¿Y qué le impide a usted marcharse?

—La *ama*. No puedo dejarla sola. Sería un crimen. Entiéndame. Tampoco estoy con ella a todas horas. Su estado actual no requiere cuidados constantes; pero la prudencia aconseja no bajar la guardia. Procuro visitarla a diario. Total, vive ahí cerca. Echo un vistazo, miro que no le falte nada, le doy un beso y me voy. Y si por hache o por be no me es posible visitarla, la llamo por teléfono y me aseguro de que se encuentra bien.

—¿Qué opina su marido acerca de un posible cambio de residencia?

—No resultaría difícil convencer a Andoni de afincarnos en otro sitio a condición de que él pudiese seguir ejerciendo la oftalmología. El clima político del País Vasco le desagrada profundamente; pero así como yo estoy atada a mi madre, él está atado a su profesión. Ahora bien, si le surgiese de pronto una oferta atractiva de trabajo, qué sé yo, en Madrid, en Valencia, en el extranjero, le aseguro a usted que él sería el primero en proponer que hiciéramos las maletas.

Pese al temor de averiguar detalles tal vez truculentos, en todo caso tristes y dolorosos, que reaparecieran en forma de pesadillas durante el reposo nocturno, Maite cedió al prurito de informarse. Pasadas las nueve de la noche, acercó el oído a la radio no más de dos o tres minutos, tiempo suficiente para cerciorarse de que Miguel Ángel Blanco seguía con vida, aunque con muy mal pronóstico, al punto de que el locutor dejó caer la palabra *agonía* durante la lectura de la noticia. En diversos lugares se habían formado manifestaciones espontáneas contra ETA y sus adeptos. Se hablaba de ataques a sedes de Herri Batasuna y a *herriko tabernas,* así como de la suspensión por orden del Gobierno de Navarra de la corrida de

toros de esa tarde en Pamplona y, desde hacía un rato, de la decisión municipal, expresada por el alcalde pamplonés, señor Javier Chourraut, de suspender los festejos oficiales de San Fermín durante veinticuatro horas. Maite no quiso saber más. Ya leería el periódico a la mañana siguiente, antes de recoger a Elene a la entrada del hotel, y apagó la radio.

De nuevo, silencio; de nuevo, la soledad turbia de penumbra que le ponía en el centro del pecho una sensación cercana al sofoco. Intentó cenar, más por emprender algún tipo de actividad que por hambre, pero no consiguió pasar del segundo bocado. Se le ocurrió a todo esto relajarse escuchando cualquier pieza suave de música clásica, algo de Schumann o de Satie, mientras degustaba, a modo de bálsamo, una copa de vino. Lo que fuera menos encender el televisor y ver lo que no quería ver. En su cuarto de trabajo, estuvo ojeando discos sin demasiada convicción. Lejos de haber mirado todas las carátulas, desistió del propósito a causa del remordimiento de conciencia que le producía la idea de procurarse un placer auditivo o de cualquier otro tipo, acostada en el sofá, mientras un hombre sobre cuya inocencia no albergaba la menor duda se debatía entre la vida y la muerte en una unidad de cuidados intensivos, en un quirófano, donde lo tuvieran. Estaba claro: lo que ella necesitaba no era música ni un vino solitario que a buen seguro aumentaría su tristeza, sino aire fresco, gente en movimiento a su alrededor, luz de farolas y escaparates, ruido de voces, de automóviles, de lo que fuese, y todo aquello lo tenía en realidad al alcance con sólo ponerse unos zapatos y bajar a la calle, desoyendo el ruego de Andoni de permanecer en casa. ¡Andoni! La evocación del marido ausente suscitó en ella una punzada de entusiasmo. Se le figuraba que una conversación telefónica con él, a poder ser larga, le aportaría consuelo. Sería, además, la ocasión de recibir las muestras de cariño

que tanto echaba en falta. Conque corrió en busca de la hoja del periódico en cuyo margen estaba escrito el número de teléfono del hotel Suecia. La sostuvo un instante, indecisa, en la mano. Al punto comprendió que no se atrevería a correr el riesgo de que un recepcionista le revelase que la persona con la que ella deseaba hablar no figuraba en el registro de huéspedes. Sacudida por un golpe de rabia contra sí misma, Maite despedazó la hoja de periódico. No paró de rasgarla hasta tener la certeza de que ya no se podría reconstruir el número telefónico. Y justo cuando volvía de la cocina, de arrojar los jirones de papel al cubo de la basura, la sobresaltó el sonido del teléfono. Supuso con gusto que Andoni había adivinado su deseo ferviente de conversación y la llamaba.

—Soy Leandro Albizuri. No sé si te acuerdas de mí.

—Pues claro que me acuerdo. ¡Qué sorpresa! Hablamos por última vez en el hipódromo, hace ya unos cuantos años.

Pero Leandro no estaba para remembranzas, aún menos para intercambios de lindezas ni diálogos insulsos, así que expuso sin ambages y en un evidente tono de alarma el asunto que motivaba su llamada. Se trataba de Elene.

—¿Qué le pasa?

—Está mal, con dolores fortísimos. Le he propuesto pedir una ambulancia o un taxi que la traslade a Urgencias, pero no hay manera de vencer su tozudez.

—Es diabética. Ya ha tenido un ataque esta mañana. Puede que ahora esté teniendo otro.

—Yo no te puedo decir qué es, pero desde luego es otra cosa. Da la casualidad de que también soy diabético y lo de Elene no se parece ni por asomo a nada de lo que yo conozco.

—¿Has pensado en llamar a un médico?

—Se niega. He tratado de insistir, pero lo último que yo quiero es que, después de tantos años sin vernos, Elene se enfade conmigo. Me da que se piensa que tenemos un sistema sanitario como el de los Estados Unidos y que la asistencia médica le va a costar una fortuna. Le he dicho que no. Incluso me he ofrecido a sufragar los gastos. Pues bien, ni aun así admite que la suban al hospital.

—¿Dónde está ahora?

—En la habitación del hotel, revolcándose de dolor en la cama.

—¿Sola?

—Conmigo. Bueno, he salido un momento para llamarte desde una cabina telefónica. A ella le he dicho que voy a buscarle una aspirina. Hubiera podido usar el teléfono de la habitación, pero prefiero que Elene no oiga lo que te cuento. Fíjate que yo no sabía tu número y, por no preguntárselo a ella, he pedido prestado el listín en la cafetería. Estoy bastante nervioso, ¿sabes? En cuanto acabemos esta conversación, vuelvo a su lado.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Te importaría venir enseguida? Es mucha responsabilidad para mí. Igual tú, como hermana, la convences para que alguien la examine.

Faltaban escasos minutos para las nueve y media de la noche cuando Maite, a paso vivo, jadeante, cruzó la entrada del hotel. La recepción estaba atestada de gente con fisonomías nórdicas. Sorteando cuerpos, maletas y bultos de todas clases, Maite se dirigió a los ascensores y, tras breve espera, entró en uno que hubo de compartir con otras personas. De la visita de la víspera le quedaba un recuerdo preciso de cómo encontrar la habitación de Elene. Durante unos instantes mantuvo la oreja pegada a la puerta, de cuyo pomo colgaba el letrero de NO MOLESTAR. No alcanzó a

percibir ruido alguno procedente del interior. Llamó con los nudillos. Leandro, atento a su llegada, abrió al instante.

Encontró a Elene en una posición corporal extraña, de rodillas en el suelo, junto a la cama, con el pecho y un lado del rostro apoyados sobre las sábanas revueltas. Parecía estar rezando en un reclinatorio volcado hacia delante. Maite se volvió hacia Leandro en solicitud silenciosa de una explicación. Le bastó componer un gesto rápido de cejas levantadas. Él entendió a la primera y dijo que Elene no paraba de probar posturas; pero se conoce que sólo con ayuda de aquel arrodillamiento inusual conseguía soportar un poco los dolores. Maite se acuclilló junto a su hermana, quien permanecía inmóvil, incapaz de volver la mirada. Elene apretaba los dientes, acometida por ráfagas sucesivas de sufrimiento, o bien relajaba las facciones y serenaba la respiración. En tales ocasiones se le ponía un leve temblor en los labios como si estuviera bisbiseando una plegaria. Maite le pasó una mano compasiva por la cabeza, le apartó unos mechones de la frente sudorosa y le picoteó un beso rápido en la mejilla.

A continuación le preguntó si estaba en condiciones de hablar. Elene respondió que sí mediante una leve sacudida de la cabeza, y antes que su hermana tuviese tiempo de hacer propuesta alguna, con voz entrecortada musitó que no pensaba salir de la habitación, a lo cual Maite, dulcificando la voz, replicó:

—Pues algo tendremos que hacer.

—Lo que sea, pero aquí dentro.

Leandro observaba a las dos hermanas en silencio, parado a varios metros de distancia como con aprensión de contagiarse de alguna enfermedad. Maite se volvió hacia él.

—¿Ha tomado la aspirina?

—Sí, pero ya ves que no le ha hecho efecto.

Maite sugirió a su hermana que se tumbase encima de la cama. Trató de levantarla, pero fue en vano. Ni le alcanzaban las fuerzas ni Elene podía soportar el suplicio que le causaba el menor movimiento del cuerpo.

—¿Dónde te duele?

—Por todo.

—Pon la mano donde más te duela.

Poco a poco, Elene se llevó la mano hacia la parte superior del vientre, cerca del costado derecho. El pelo empapado de sudor se le adhería a la frente. Su cara mostraba una palidez extrema.

—¿El dolor es continuo?

—No para. Me da que algo se ha roto en mi interior. ¡Menudo problema un día antes de emprender viaje!

—¿Y no podrías posponer el vuelo? Te puedes alojar en mi casa y estudiamos la manera de ayudarte.

—Mañana me iré aunque sea arrastrándome por el suelo.

La colcha yacía a los pies de la cama. Sobre la mesilla del lado del balcón se veía un grueso libro, un antifaz para dormir, un vaso y una botella empezada de Coca-Cola. No le pasó a Maite inadvertido que sobre la mesilla de la otra parte había una botella idéntica, aunque vacía y sin el complemento del vaso.

—¿Te ha ocurrido esto de hoy con anterioridad?

—Una vez, el invierno pasado, en la oficina. Surgió de repente, me duró alrededor de una hora y de la misma manera que vino se fue. No se lo dije a Johnny porque no me pareció importante. Quizá comí algo en mal estado y esta tarde también.

—Después del almuerzo en casa de la *ama,* ¿qué has comido?

Contó que había merendado chocolate y churros con Leandro en la Parte Vieja y eso era todo. Leandro la corrigió.

—Olvidas los cacahuetes.

—Bueno, pues los churros o los cacahuetes, una de las dos cosas me ha sentado como un tiro. Hace un rato he vomitado. Espero que lo demás salga cuanto antes por el conducto de abajo y así se acabe la gaita.

Maite se apartó dos pasos de la cama y durante unos instantes estuvo contemplando las hermosas vistas de atardecer en la bahía. El cielo se había amoratado sobre la ciudad, ya próximo a las sombras de la noche; no así a lo lejos, en el horizonte marino, donde el rojo intenso, el amarillo y un resto de azul se disputaban, entre nubes dispersas, los últimos matices del crepúsculo. Aún quedaba gente en la playa agrandada por la bajamar. No se había repetido la manifestación silenciosa, con velas, de la víspera, que de nada había servido. En esto, Maite se volvió hacia su hermana por impulso de una súbita revelación.

—Acabo de adivinar lo que te pasa. Tenía la sensación de haber visto algo parecido en algún sitio. ¿Y sabes dónde? En casa. Me acuerdo de que al *aita* solían darle estos cólicos. Se negaba a que lo operasen, quizá porque, como el dolor se le iba solo, prefería soportarlo a pelo; pero al final no tuvo más remedio que pasar por el quirófano. ¿Te has hecho mirar alguna vez la vesícula? —Elene negó con la cabeza—. Apuesto a que la tienes llena de piedras. A ver, enséñame de nuevo dónde te duele.

Elene cumplió con ardua lentitud la petición de Maite. Esta lo tenía claro:

—La vesícula, mi niña.

Leandro, que parecía haber recobrado la calma, intervino aplomado:

—Por si sirve de algo, voy a proponer lo siguiente. Tuve cálculos hace unos años, aunque en mi caso fueron renales. Una historia por demás dolorosa, difícil de olvidar. Un médico me aconsejó que

subiera y bajara escaleras, que diese brincos; en suma, que moviese el cuerpo de forma brusca con el objeto de forzar la salida del cálculo. Igual si Elene hiciese lo mismo, los cálculos suyos se recolocarían dentro de la vesícula o se le terminaría de salir uno que tenga atascado y lograría así una tregua en su dolor o incluso el final del problema.

Maite le preguntó a su hermana si estaba de acuerdo.

—No estoy para bobadas. Si cambio de postura, reviento.

A Maite lo único que se le ocurría era combatir el dolor con analgésicos más fuertes que la aspirina y confiar en que la noche trajera el remedio. Y añadió:

—Después, hermanita, yo que tú iría en Providence al consultorio más cercano.

Leandro se ofreció a buscar una farmacia de guardia por las inmediaciones del hotel. Maite tenía otra idea.

—Mi madre guarda en casa, entre toneladas de medicamentos, unos supositorios de efecto bastante potente contra los dolores. No la voy a llamar por teléfono para evitarle un sobresalto. Se habrá quedado frita delante del televisor. Espero que le queden unos cuantos supositorios y que no hayan caducado. Voy sin falta a buscarlos. Tardaré veinte minutos, a lo sumo media hora. Y tú, *my poor sister,* procura no desmayarte porque entonces no te podrás resistir y pudiera ser que mañana te despiertes en la cama de un hospital.

Así diciendo, encareció a Leandro que cuidase de su hermana, reiteró su promesa de regresar cuanto antes y salió disparada de la habitación.

21

Hipótesis

Tal como Maite había imaginado, su madre estaba viendo la televisión con su toquilla de borlas sobre los hombros, pero no dormida. La mujer tenía buen oído, de modo que apenas hubo puesto su hija un pie dentro de la vivienda, preguntó a esta desde su sillón de la sala:

—¿Eres tú?

Maite fue derecha a besar a su madre y a explicarle el motivo de su irrupción.

—Me voy enseguida.

En aquellos instantes, daban en la televisión noticia del atentado a Miguel Ángel Blanco.

—*Ama,* no sabía yo de tu interés por este asunto.

—El chico este no llega con vida a mañana.

—¿Ha muerto?

—Sobre eso no dicen nada, pero con dos tiros en la cabeza, ya me contarás. Yo, en su lugar, preferiría morirme a quedar convertida en un vegetal.

Manoli guardaba en su dormitorio, repartida en los cajones de una cómoda, una muchedumbre de fármacos, bien porque tuviera necesidad de ellos, bien porque, de suyo aprensiva, tendía a almacenarlos «por si acaso», valiéndose de la facilidad con que su médico de toda la vida se los recetaba.

Maite no lograba encontrar en el revoltillo de cajas, blísteres empezados y sin empezar, frascos, utensilios de botiquín y envases

de todo tipo lo que buscaba. Impaciente, le echó un grito a su madre.

—*Ama,* ¿cómo se llaman los supositorios que decías que eran tan fuertes?

Manoli contestó desde su sillón:

—¿Qué supositorios?

—Unos que, según tú, quitaban los dolores de raíz.

—Serán los que me recetó Balerdi cuando la gota. Alguno quedará. Ya sabes que yo no tiro nada. ¿Por qué no me traes los cajones? No pensarás que voy a ir yo allá. Si voy es para meterme en la cama.

Maite extrajo de la cómoda un primer cajón y cargó con él hasta la sala; después otro, y fue en este segundo donde Manoli, luego de un rápido vistazo, le señaló una caja roja y blanca de diez supositorios, aún sin caducar, de los cuales quedaban tres.

—Estos son.

—Se los llevo corriendo a Elene. Está la pobre que no se tiene de dolor.

—¿Por qué no le dices que aplace el viaje de vuelta? Aquí hay sitio de sobra para ella. Balerdi, si no está de vacaciones, podría examinarla. Es tan buena persona que igual ni le cobra.

—La muy cabezona no quiere médicos a su lado. Tampoco hacen falta, puesto que yo ya sé lo que le pasa. ¿Te acuerdas de los cólicos de vesícula del *aita?* Pues a Elene le ha dado uno igualito.

—Recuerdo al *aita* en el suelo de nuestro cuarto, encogido y gimiendo como un animal apaleado. ¡Dios santo, qué dolores! ¿Y tú crees que con estos supositorios vas a sacar a Elene del apuro?

—Más le vale que así sea.

—Se ha vuelto rara. A mí me parece que hace cosas que no son normales.

—¿Por ejemplo?

—Es que yo no sé inglés y no puedo estar segura. Hoy por la tarde, al rato de haberos ido juntas, Elene ha vuelto aquí a llamar por teléfono a su marido. A lo mejor me equivoco, no me hagas mucho caso, pero juraría que al despedirse le ha mandado saludos desde *London*. Lo que en ningún momento ha dicho ha sido el nombre de San Sebastián, tampoco pronunciado a la manera americana porque me habría dado cuenta.

—Le habrá dicho adiós desde el hotel Londres, que es donde se aloja.

—Entonces, según tú, ¿ha traducido el nombre del hotel y dicho hotel *London?*

—Bueno, *ama,* déjalo. En un punto te doy toda la razón. No tienes ni idea de inglés.

Maite puso término al diálogo alegando que le corría prisa volver junto a Elene. Se despidió de su madre y la emplazó a estar despierta y vestida al día siguiente en torno a las diez menos cuarto de la mañana, que es cuando Elene pasaría a decirle adiós. El encuentro por fuerza habría de ser breve. Las dos hermanas disponían de poco tiempo, ya que debían seguir camino en el coche de Maite hasta el aeropuerto de Bilbao-Sondika, lo que, salvo imprevistos, supondría alrededor de una hora de viaje y puede que un poco más.

—Os abrazáis y adiós.

—Bueno, algo es algo.

De regreso al hotel, Maite encontró a su hermana acostada sobre la cama en posición fetal. ¿Se hallaba inconsciente? ¿Dormía? Leandro, nada más abrir la puerta, hizo señas indicativas de que la enferma lo había pasado mal durante los no más de treinta minutos que Maite había permanecido ausente.

—¿Cómo te encuentras?

No hubo respuesta. Saltaba a la vista que Elene no estaba para conversaciones. A sus espaldas, desde el otro lado de la cama, Leandro mostró a Maite una hoja arrancada del bloc de notas del hotel en la que podía leerse: «¿Llamamos a una ambulancia?».

Maite no hizo caso de la sugerencia. Le costaba respirar el aire estadizo y maloliente. Pidió a Leandro que por favor abriese la puerta del balcón. Después acercó la cara al oído de su hermana.

—Te he traído los supositorios. Los tres que había. A la *ama* le sirvieron de ayuda en un caso doloroso.

Con un hilo de voz, Elene le pidió a su hermana que le pusiese uno. Maite se volvió hacia Leandro, quien al punto adivinó lo que de él se esperaba y se encerró en el cuarto de baño.

—¿Quieres hacerlo tú misma?

Luego que Elene, tras varios segundos sin reacción, negase con la cabeza, Maite la despojó con cuidado de los pantalones. Surgieron acumulaciones adiposas en toda su derramada y tremulenta proporción. A Maite aquellas carnes dramáticas y blancas, como vaciadas de sangre, le produjeron un acceso de lástima que estuvo cerca de arrancarle una lágrima. No fue entonces, sino poco después, ya introducido el supositorio en el abismo de las nalgas descomunales, al desnudar a Elene de cintura para arriba, cuando surgió a la vista un hematoma más amarillo que morado, de donde cabía deducir que no era reciente. El hematoma tenía una forma indefinida, sin contornos distinguibles; se extendía desde el lomo hasta media espalda. Elene se adelantó con voz débil a la previsible pregunta.

—Un motorista me tiró al suelo.

—¿En Providence?

—Cuando me dirigía al colegio de los niños.

—¡Concho, pues menudo golpe! Te tuvo que doler un montón.

—Estuve dos días sin poder agacharme.

Puesto el pijama, Elene pidió a Maite que cerrase la puerta del balcón y la dejaran sola, con la luz apagada. Antes de salir al pasillo, Leandro se acercó a la cama y, con voz melosa, preguntó a Elene cómo se sentía. En vano esperó una respuesta. Movido por un arranque no se sabe si de ternura o de compasión o de ambas cosas a la vez, le acarició sentidamente la cabeza. Algo susurró al oído de Elene que Maite, a unos pocos metros de distancia, fascinada por la escena, no entendió. Le aseguraron que volverían de ahí a un rato y tampoco les respondió.

El cartel de NO MOLESTAR aún pendía del pomo de la puerta. Nadie atravesaba en aquellos momentos el pasillo. Se oían ruidos sueltos, amortiguados por los tabiques. Maite se encaminó hacia el fondo, en la dirección contraria a los ascensores, y Leandro fue detrás. En esto, ella se dio la vuelta e, inclinando el cuerpo, agarró con las dos manos aquella con la cual Leandro acababa de acariciar la cabeza de Elene y se la llenó de besos impetuosos. Leandro quedó paralizado y mudo por la sorpresa.

Maite se apresuró a disipar su incertidumbre.

—En esta mano tuya hay mucho amor. Te lo agradezco.

Y Leandro, comprendiendo por fin el sentido de la acción de Maite, soso y tímido, intentó justificarse:

—No es nada. En situaciones así uno hace lo que puede.

Semejante respuesta conmovió a Maite.

—Eres un encanto de persona.

—Bueno, bueno, no exageres. Creo que te debo una explicación.

—No me debes nada. Nadie me debe nada. Yo me conformaría con volverme invisible para mirar de cerca a las personas que se abrazan y se hacen el bien sin que notaran mi presencia a su lado.

Qué pena. A lo mejor hay que morirse para consumar este deseo mío que es más fuerte que yo.

—Dudo que no te hayas preguntado qué pinto en la habitación de Elene. Desde luego que no pasaba por aquí y me he dicho: Voy a hacerle una visita a mi antigua novia. Para tu información, anoche también estuve con ella en el hotel.

—Te vi en la cafetería. No pienses que eres el único con derecho a la sinceridad.

—Mis sentimientos hacia tu hermana no han variado a pesar de los años que he estado sin verla. Tampoco variarán en el futuro, aunque ella viva lejos y no me sea posible disfrutar de su compañía. Puede que yo tenga pocas cosas claras en la vida, pero esta es una de ellas. Ea, ya te lo he dicho.

—Entiendo que la has perdonado.

—¿Perdonado? ¿Qué tengo yo que perdonar? ¿Que eligió formar una familia con otro hombre y se quedó a vivir con él y con sus hijos?

—El olfato me dice que eso es lo que te habría gustado a ti.

—No pudo ser y reconozco que eso me duele. Bueno, me dolía. Va para largo tiempo que lo asumí. La vida ha sido generosa conmigo. Digamos que vivo bien dentro de lo que cabe. Me sobra algún que otro achaque. En lo material, no me falta de nada. Pero una cosa es que la vida dé mucho y otra que lo dé todo.

—Sí, pero justo lo que tú más querías te lo ha negado.

—Ya veremos.

—Ah, ¿cómo? ¿Habéis convenido en mantener una relación secreta? El único inconveniente es que os separa un océano, por si no te habías dado cuenta.

—¿Te ríes de mí?

—Un poco.

Leandro tendió una mirada en derredor: al suelo enmoquetado, a la hilera de puertas numeradas, al pasillo desierto. Permaneció unos momentos pensativo antes de reanudar la conversación.

—Yo también debería reírme más a menudo de mí mismo.

—Todos tenemos nuestras facetas ridículas. Si yo te contara...

—Para terminar mi explicación, porque tampoco quiero cansarte...

—No me cansas en absoluto. La mayoría de la gente con la que me relaciono apenas dice nada interesante.

—¿Yo, sí?

—Por supuesto.

—El otro día, en la sidrería, después de beber más de la cuenta, pensé: Mira qué bien, un ligue después de tanto tiempo fuera de servicio y además con Elene. Diviértete, chaval, me dije. Y, de hecho, si no fuera por los dolores de tu hermana, que me han obligado a llamarte, igual no te habrías enterado de que he estado tonteando con ella. Supongo que Elene tampoco fue mucho más allá en sus propósitos: Estoy de vacaciones, mi marido no me ve, voy a permitirme una aventurilla erótica. La típica historia. Pues no.

—Seguís enamorados. ¿Es eso?

—Has de saber que un día ella y yo viviremos juntos bajo el mismo techo. Nos lo hemos jurado. Aquí, en esta ciudad, los dos viejitos, cuando sus hijos sean mayores y no la necesiten. Un día subirá a un avión en un aeropuerto remoto y yo la estaré esperando.

—¿Con eso te conformas?

—Es bastante. Y ella también lo ve así. Porque... ¿sabes una cosa? Elene no es feliz. No es que me lo haya confesado. Se lo noto en la cara, en su tono de voz, en la nostalgia que siente por su tierra; en fin, en infinidad de detalles e insinuaciones. Me parece incorrecto hurgar en la herida. Y herida hay, ¡vaya si la hay! Con decir que durante un tiempo estuvo tomando antidepresivos... Nos lo contó el

otro día. Ahora parece que le va mejor; pero feliz, desde luego, no es. Mi hipótesis es que América, un hombre atractivo, lo novedoso del lugar y otras circunstancias que desconozco, pero puedo imaginar, la sedujeron y, sin considerar las consecuencias, tomó una decisión, digamos, juvenil, además de egoísta y poco meditada. Y, claro, ahora es madre. Eso le cierra el camino de vuelta.

—De momento.

—De momento.

—La falta de felicidad que le atribuyes, ¿crees que guarda relación con lo que le ha pasado en la espalda?

—¿Te refieres al moretón?

—¿A qué, si no?

—El moretón se debe a un accidente. Le puede ocurrir a cualquiera. Resbaló al bajar las escaleras de la oficina y se dio un trastazo de padre y muy señor mío. Estuvo tres días sin poder agacharse. Cuando yo barrunto que no es feliz, me refiero a un estado de ánimo de fondo, escondido en lo más adentro de la psicología.

Maite y Leandro prolongaron la conversación sobre Elene durante unos minutos más. Transcurrido un cuarto de hora desde que habían salido de la habitación, decidieron volver y averiguar si el supositorio había hecho o no su efecto. A medio camino, Maite se detuvo.

—Sería imprudente dejar a mi hermana sola toda la noche. Uno de los dos debería permanecer a su lado.

—Ya había pensado en eso. ¿Te importa que me quede yo?

—Me lo suponía, Leandro, pero quería estar segura.

Domingo, 13 de julio

22

Noche de sufrimiento

Encima de la mesa de la cocina estaba la radio y, sentada delante, descalza y con el camisón rosado de satén, Maite la miraba sin decidirse a encenderla. Pasaban algunos minutos de las siete de la mañana.

—Da la impresión de que no se anima usted a conectar el aparato.

—Tengo mis dudas.

—¿Temor?

—Algo frena mi mano. Creo, en efecto, que es el temor. A un tiempo quiero y no quiero saber. No ignoro que las cosas también suceden aunque una las ignore; pero, mientras las ignoro, al menos para mí no han sucedido y, por tanto, no han sucedido del todo. Yo me entiendo. Lo último que escuché anoche, antes de acostarme, fue que Miguel Ángel Blanco se encontraba en coma cerebral. Su estado era irreversible y se esperaba su fallecimiento de un instante a otro. En ese punto de la información apagué la radio. Más tarde, a oscuras, en la cama, traté de forzar la posibilidad de un castillo; pero, sin esperanza, comprenderá usted que no hay ilusión que modifique lo irremediable. Así que ahora todo lo que puedo hacer por ese infortunado hombre es obviar la noticia de que lo han matado.

Y dispuesta a sustraerse a los apremios de la curiosidad, Maite restituyó el aparato de radio a su sitio de costumbre, sobre un estante de la alacena. Era pronto para la llamada telefónica que Leandro le había prometido. Dedicó tiempo a una no breve y placentera ducha, a vestirse y prepararse un primer café con leche,

que saboreó mientras observaba la calle, asomada al mirador. Apenas deambulaba gente por la acera en esas horas tempranas de la mañana dominical. El tráfico era escaso; la ciudad adormecida aún no se había llenado de ruido, y en el edificio frontero se veían todas las ventanas apagadas.

—La sociedad duerme, ¿no le parece?

—¡Qué se le va a hacer! La sociedad es así. Y la vasca, no digamos. Se comporta como una charca. De vez en cuando un suceso, pongamos grave, equivalente a la caída de una piedra gruesa, rompe la calma de su superficie. Se produce una convulsión, acompañada del característico chapaleo. Una serie de círculos se expanden desde el punto del impacto. Pasa un tiempo y ¿qué ocurre? Que el agua se aquieta, la charca recobra su calma y aquí no hubo nada.

—¿Cree que con la más que previsible muerte del concejal de Ermua sucederá lo mismo?

—No me cabe la menor duda, y eso que en esta ocasión la piedra arrojada a la charca social ha sido de gran tamaño. Hoy y en los próximos días los medios de comunicación nos servirán la bandeja habitual de lamentos, manifestaciones, indignación, lágrimas y todo el chapaleo que usted imagine, al que se añadirá la papilla ideológica, justificadora del crimen, de quienes pretenden construir su anhelado paraíso nacional a costa de la sangre ajena. Aunque la crueldad que implica el caso hará que se hable mucho de él, el revuelo se terminará tarde o temprano, puede que incluso antes de lo que algunos suponen. Nos han acostumbrado a la sucesión de atrocidades. Se le van agotando a uno las palabras de lástima y condena, y termina repitiendo fórmulas fijas.

—Es dudoso que las víctimas olviden.

—Las víctimas lo son para siempre. Le diré más. Las víctimas son las gotas que al caer la piedra saltaron a su pesar fuera de la charca. Da pena decirlo, pero es así. Lo hemos visto cientos de veces. Las víctimas están tan absorbidas por el dolor que acaso, llevadas por la ingenuidad, den en creer que no puede haber nada más importante para la sociedad que ese dolor. ¡Cuánto se equivocan! Piden justicia, piden reparación. Pronto descubrirán que su tragedia es sólo suya y que a los demás les importa en la medida en que también a ellos pudiera corresponderles un destino similar. Como nadie quiere eso, se apartarán por instinto de las víctimas, que se irán quedando solas o, por mejor decir, abandonadas. Mañana lunes la gente acudirá a su trabajo, se ocupará de sus propios problemas, comprará un décimo de lotería, soñará con las próximas vacaciones y correrá a casa por la tarde a ver su programa favorito de televisión. Al asesinado lo enterrarán, los asesinos seguirán a lo suyo hasta que los metan en la cárcel o les explote su propia bomba, y el olvido, que siempre impone su ley, vendrá con su infalible escoba a barrer lo sucedido.

—Todo esto que usted dice suena bastante derrotista.

—Llámelo realismo basado en la experiencia y me consideraré comprendida.

La esperada llamada de Leandro se produjo poco antes de las ocho de la mañana. Al primer timbrazo del teléfono, Maite corrió a levantar el auricular.

—Me acabo de despedir de Elene.

—¿Dónde estás?

—En una cabina de la avenida, cerca de la parada de taxis. En cuanto acabemos de hablar, cojo uno y me largo a casa, directo a la cama. Estoy muerto de sueño.

—¿No has podido dormir en toda la noche?

—Veinte o treinta minutos. No sabría decírtelo con exactitud.

Las primeras horas tras la marcha de Maite habían sido, para expresarlo a la manera de Leandro, «pasables». El supositorio había obrado efecto, al menos hasta cierto punto. Quizá le quedaba a Elene un resto de dolor, pero no tan intenso como para impedirle conciliar el sueño, aunque le costaba encontrar la postura en la cama y se desvelaba cada dos por tres. En esos casos no era raro que preguntase la hora y le insistiera a Leandro en que la despertara a tiempo por la mañana, temerosa de llegar tarde al aeropuerto; a continuación, profería susurros en lengua inglesa, tal vez rezaba, y en medio de esos incomprensibles bisbiseos y murmuraciones volvía a cerrar los ojos y a dormir hasta el siguiente desvelo.

—Yo calificaría de aceptable el estado de Elene hasta más o menos las cuatro y media de la mañana, que es cuando le ha vuelto el cólico o lo que sea que tenga. De nuevo ha empezado a lamentarse y ha vomitado todo líquido. El personal de limpieza del hotel se llevará hoy una sorpresa desagradable, pero, chica, ¿qué se le va a hacer? Yo algo he quitado con una toalla, lo que he podido.

—Anoche, cuando os dejé, aún le quedaban a Elene dos supositorios. ¿Por qué no se ha puesto uno esta madrugada?

—Eso mismo le dije yo. Ella hace sus propios cálculos. Prefiere reservar los últimos supositorios para el viaje, no vaya a ser que en pleno vuelo se le recrudezcan los dolores y el avión tenga que aterrizar de emergencia en Burdeos o vete a saber dónde. La tenías que haber visto, yendo de la cama a la silla, de la silla a la cama con el cuerpo encogido y llorando de dolor, hasta caer de rodillas como la viste ayer. Yo a su lado, sin saber qué hacer; pero al mismo tiempo lleno de remordimiento por no emprender algún tipo de acción. En la cuadrilla no tenemos ningún médico; si no, créeme, lo habría sacado de la cama. Te juro que me entraron ganas de meterle a Elene un supositorio a la fuerza.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¡Santo cielo, Maite! Me conoces de sobra como para saber que soy incapaz de una cosa así. ¡Ni en sueños! Ha sido duro acompañar a Elene en su larga noche de sufrimiento. Hace un rato, al abrazarla por última vez y mirarla a los ojos, se me ha caído el alma al suelo. ¡Qué pena no haber disfrutado de unas horas bonitas con ella después de tantos años sin vernos! Ahora necesito descansar. He hecho lo que he podido. Pensaba ser amante y he ejercido de enfermero sin tener la menor experiencia en la materia.

—Agradezco mucho que te hayas ocupado de Elene.

—La dejo ahora en tus manos. Si a las nueve y media no está abajo, deberás subir a buscarla a la habitación. La maleta la tiene hecha con mi ayuda. Sólo le falta meter los utensilios de higiene y cerrarla.

—¿Le ha cabido todo dentro?

—Quedaba un montón de espacio libre.

Y ya iban a poner fin a la conversación, cuando a Maite le salió la pregunta como disparada de la boca.

—¿Has oído algo del concejal de Ermua?

—Sólo sé, por lo que contaron ayer, que lo habían encontrado cerca de Lasarte en situación crítica.

—¿Sabes si ha muerto?

—Ni idea. Te aseguro que en toda la noche no me ha pasado por la cabeza otra cosa que cuidar de Elene. De todos modos, pon la radio y averiguarás si se ha producido alguna novedad. Yo, ahora, me monto en un taxi y me voy a la cama.

Nada de radio. Quizá más tarde. «Me romperán el día, pero cuando lo decida yo.» Y sin dudarlo un instante, Maite bajó a la calle y se dirigió a una panadería cercana, donde compró el periódico y una barra de pan para la cena romántica con la que pensaba

celebrar el regreso de su marido. Fue y vino cantando por lo bajo, a la manera de su admirada María Dolores Pradera:

Amor de mis amores, si dejaste de quererme
no hay cuidado, que la gente de eso no se enterará.
¿Qué gano con decir que tu amor cambió mi suerte?
Se burlarán de mí. Que nadie sepa mi sufrir.

De nuevo en casa, sin dejar de tararear las tres o cuatro estrofas que se sabía de memoria de aquella canción antigua, se preparó el segundo café con leche de la mañana, un huevo pasado por agua y dos tostadas; untó una con mantequilla y miel de romero, la otra con guacamole; comprobó en el reloj de pared que disponía de tiempo suficiente para un desayuno tranquilo antes de ir en busca de su hermana y desplegó el periódico encima de la mesa, abierto por las dos páginas que daban cuenta y razón del hallazgo, aún con vida, de Miguel Ángel Blanco el día anterior a media tarde en un paraje campestre. La canción se le murió de golpe entre los labios.

Buena parte del espacio de ambas páginas (había, por supuesto, otras con comentarios, declaraciones, análisis y demás) se lo llevaban dibujos y fotografías en blanco y negro. Uno de los dibujos, consistente en un mapa sencillo, mostraba el lugar de la provincia donde dos cazadores acompañados de perros, luego de escuchar disparos, se toparon con un hombre cubierto de sangre y presa de fuertes convulsiones; un segundo dibujo contenía la secuencia, a modo de cómic, de dicho hallazgo. De acuerdo con la nota del periódico, el hombre estaba descalzo y tenía las manos atadas a la espalda. Un último dibujo ilustraba el recorrido de dos balas dentro de su cerebro, en el que se quedaron alojadas. Tocante a las fotografías, en una podía apreciarse a un grupo de personas que se abrazaban afligidas; en otra, a la víctima en el momento de ser introducida en la ambulancia, y en una tercera, a agentes de la

policía vasca y personas con apariencia de periodistas en un camino flanqueado de árboles y maleza.

Mientras tomaba su desayuno, Maite leía. «ETA cumplió su amenaza.» «A sangre fría.» «Aunque no consiguieron rematarle.» Unos renglones más abajo se mencionaba el sitio exacto donde los terroristas abandonaron en estado agonizante a la víctima: el valle de Oztarán, en las inmediaciones de la localidad guipuzcoana de Lasarte, conocido entre los vecinos de la zona como «valle de los Lavaderos». Y al tiempo que leía, a Maite se le iban acumulando imágenes en la cabeza: los cazadores que corren a su casa a dar la alarma, la ambulancia de la Cruz Roja que llega al escenario del crimen, el joven concejal que respira y se estremece tirado en la hierba, el traslado urgente del cuerpo hasta el cercano hotel Txartel donde ya espera un vehículo medicalizado con un equipo especial de reanimación, los sanitarios tratando a la desesperada de ganar una lid desigual contra la muerte, el herido conectado a un respirador artificial, el ingreso en el hospital Nuestra Señora de Aránzazu de San Sebastián...

En aquel punto de la crónica, Maite interrumpió el desayuno y la lectura. Conectó la radio. No tuvo que buscar mucho entre las distintas emisoras. Le bastó escuchar unos pocos segundos: «...fallecido durante la madrugada de hoy a consecuencia de...». Era suficiente. ¿Para qué más detalles? El día estaba roto. Mientras se acercaba al mirador, tuvo la sensación de que las imágenes amontonadas en su mente durante la lectura del periódico se le iban cayendo como si fueran arena que resbalase por su cuerpo abajo. Observó la calle, ya con más gente y con algo más de ruido del tráfico; pero a la vez con ese descenso perceptible del trajín humano propio de los domingos en las horas matinales. Se abrió a todo esto una ventana en el edificio de enfrente. Una señora se puso a golpear

con una bayeta contra el alféizar. A cada golpe se levantaba una nubecilla de polvo. La señora se percató de que la miraban y, como quien intenta ocultar una fechoría, se apresuró a cerrar la ventana. Justo en ese instante, Maite volvió a escuchar allá en el fondo de sus pensamientos la voz grave, distinguida, señorial, de María Dolores Pradera, que le susurraba al oído, con un leve acompañamiento de guitarra, aquella canción triste y antigua.

23

Con o sin dolores

En el convencimiento de que su hermana ya estaría esperando en la recepción, lista para emprender el viaje con o sin dolores, un poco antes de la hora convenida Maite detuvo el coche a la entrada del hotel, en el espacio reservado a los vehículos destinados a dejar y recoger clientes. Transcurrieron los minutos y Elene no aparecía, por lo que Maite supuso que no quedaba otro remedio que subir a buscarla a la habitación, tal como Leandro había sugerido. No podía obstruir por más tiempo el paso; detrás de ella, un taxi reclamaba el sitio; conque puso el coche en marcha y, después de una breve búsqueda, encontró aparcamiento más adelante, en la plaza de Zaragoza, donde se apeó.

De regreso al hotel, vio a su hermana despachando los trámites de salida. Tenía un aspecto arreglado y sereno. Conversaba con la recepcionista, estampó su firma en un impreso, no se le apreciaban signos de estar aquejada de un cólico, y a Maite, apartada unos cuantos pasos, al fijarse en la maleta de su hermana la sorprendieron sus grandes dimensiones. En la habitación no la había visto o quizá le había pasado inadvertida. El enorme trasto con ruedas ofrecía espacio suficiente para contener, si no todos, al menos una parte de los objetos que Elene deseaba a toda costa recibir en un paquete por Navidad. Desde luego que la ikurriña plegada cabía allí dentro de sobra; pero, en fin, Maite pensó que todo el mundo tiene sus manías y rarezas, empezando por ella misma, y no concedió mayor importancia al asunto.

Las dos hermanas se abrazaron y, a la pregunta de cómo se sentía, Elene respondió bajando la voz:

—*I feel awful,* pero tengo que resistir como sea. Cada minuto que pasa es un minuto menos de dolor. Eso es lo único que me da esperanza y fuerza.

—Estamos a tiempo de que te examine un médico.

—Me las arreglaré con los dos supositorios que me quedan. Uno me lo meteré en el aeropuerto, antes de embarcar; el otro, ya veremos.

—Me molesta dar la tabarra, pero... ¿estás segura?

—Ayúdame con el equipaje y vámonos. ¿Dónde has dejado el coche? Espero que no me hagas andar mucho.

La maleta pesaba bastante menos de lo que su tamaño daba a entender.

—Yo diría que aquí dentro caben más cosas.

—Llevo lo necesario: ropa, zapatos, utensilios de higiene, dos libros y eso es todo.

—¿Ningún regalo para tus hijos?

—Les compraré algo en Londres. A Johnny también. Tengo tiempo. Hasta mañana, a última hora de la tarde, no sale mi avión de regreso.

Por el trayecto hacia el coche, Elene constató que caminar le hacía más tolerable el dolor de su costado. El dolor persistía, no leve, pero tampoco con la misma intensidad que a primera hora de la mañana en el hotel, tan malo de sufrir entonces que Elene se había visto obligada a renunciar al desayuno.

—En casa de la *ama* podrás coger provisiones para el viaje.

Las dos hermanas llegaron al lugar donde estaba aparcado el coche. Maite se encargó de introducir el equipaje en el maletero. Después le abrió la puerta a su hermana y la ayudó a tomar asiento.

En ese instante se dio cuenta de que Elene llevaba dos calcetines distintos, uno azul marino y otro negro.

—Qué más me da. Igual me traen suerte.

Enfilaron la calle San Martín, sin apenas tráfico ni peatones a aquellas horas del domingo. Elene parecía estar haciendo ejercicios respiratorios dentro del coche, con los ojos cerrados y la cara hacia el techo, y Maite se percató de que su hermana movía a cada instante los labios como si hablara de boca para adentro.

—¿Rezas?

—Imito una voz superior que me dicta planes que luego no me atrevo a llevar a cabo.

—¡Qué cosas más extrañas haces!

—¿Y eso lo dices tú? Aún me acuerdo de cuando tenías trece o catorce años y no parabas de hablar sola. Decías que te entrevistabas y que te metías en palacios imaginarios a solucionar los problemas del mundo.

—No eran palacios, sino castillos.

—¿Todavía practicas esos hábitos?

—A veces, cuando me aburro.

—Yo pienso que la vida no está bien diseñada. Sería mucho más agradable si nos dispensase de poseer un cuerpo. En serio. Si fuéramos, ¿cómo te diría yo?, espíritus que flotaran de aquí para allá.

—¿Lo dices por la obesidad?

—Lo digo por todo. A ver, ¿por qué tengo yo que estar sufriendo? ¿Para qué sirve el dolor? ¿Qué nos aporta? ¿Tú lo sabes? Yo, no. —Y tras unos segundos de silencio, agregó—: Cuento contigo para que la despedida en casa de la *ama* sea rapidita, ¿eh? Esperemos que no se produzca una escena trágica. Si ves que ella habla más de la cuenta, la interrumpes sin contemplaciones. Le explicas que

tenemos prisa. Podría hacerlo yo, pero prefiero que no piense que estoy deseando poner pies en polvorosa a toda leche. Ah, y sobre mi problema físico, chitón.

—La *ama* está informada. No olvides que te regaló los supositorios.

—Eso fue ayer. Hoy estoy como una rosa.

—¿Crees que no va a notar cómo te sientes?

—Apretaré los dientes y no pararé de sonreír, aunque me esté muriendo.

Maite orilló el coche a la altura del tramo que conducía a la casa de su madre. Lo detuvo en la parada del autobús urbano, cosa que no le preocupaba puesto que los domingos el transporte público circula con menor frecuencia y, además, ella no pensaba permanecer allí mucho tiempo. En la plaza vacía de gente pululaban, tranquilas, las palomas. El cielo estaba gris, con ganas cada vez más evidentes de descargar lluvia; no soplaba viento y la temperatura, todavía con trazas del relente nocturno, distaba de alcanzar la consistencia calurosa propia del mes de julio. Maite abrigaba el presentimiento de que la *ama* estaría esperándolas en la calle, lo que facilitaría la despedida. En tal caso, todo se reduciría a que Elene se acercase a Manoli, la abrazara y besara disimulando su malestar físico y volviese al coche, que ni siquiera haría falta dejar aparcado durante el medio minuto o minuto entero que se supone duraría la escena, a menos que apareciera de pronto el autobús. A Maite la sorprendió no encontrar a su madre en las inmediaciones del portal. Manoli desperdiciaba una ocasión inmejorable de demostrar a sus hijas y a cualquier vecino que la estuviese mirando desde alguna ventana de los alrededores que podía valerse por sí sola y que, por consiguiente, no pesaba sobre ella la condena de un encierro forzoso en su casa,

con la perspectiva, que tanto temía, de acabar ingresada en una residencia.

A la vuelta de la esquina, en la calle Fuenterrabía, Maite encontró un hueco donde pudo estacionar el coche, si bien, por falta de espacio, no tuvo más remedio que invadir la acera con un neumático delantero. Las dos hermanas recorrieron agarradas del brazo el corto trayecto hasta la casa de su madre. En el portal pulsaron el timbre para avisar de su llegada. Manoli no les abrió, de manera que Maite tuvo que usar su propia llave para entrar en el portal y después en la vivienda. Despertada por el sonido del timbre, Manoli acababa de levantarse de la cama. Sus hijas la encontraron todavía vestida con el camisón, el pelo revuelto y la cara soñolienta.

—Se me han pegado las sábanas.

Acudió al abrazo de sus hijas apoyándose en el andador. Para recibir sus besos, como era baja, tuvo que ganar algo de altura estirando el cuello, al tiempo que ellas agachaban la cabeza. A Elene le preguntó si pensaba arriesgarse a emprender un viaje tan largo a pesar de los dolores.

—¿De dónde sacas que tengo dolor?

—Al *aita* le daban parecidos cólicos y disimulaba igual de mal que tú.

—Ya me estoy recuperando.

—Y para colmo mentís con las mismas palabras. Lo estoy viendo cuando me decía con el pecho encogido y casi sin poder respirar: Ya me estoy recuperando. Hasta que no le extirparon la vesícula, el *aita* no tuvo paz. Créeme que de esto que te pasa sé un rato. ¿Te sirvieron mis supositorios?

—El de anoche, sí. Hizo efecto durante varias horas. Me guardo los otros dos para el viaje. En Londres buscaré remedio en alguna farmacia.

—Estás cortada de la misma tela que tu padre, que en paz descanse, tozudos los dos hasta decir basta. Claro que si necesitas una esperanza, te diré que, de buenas a primeras, el cálculo que te hace ver las estrellas igual se cansa de incordiar. Más de una vez vi que eso le pasaba al *aita.* A lo mejor tienes suerte y viajas sin problemas. Luego, allá donde vives, deberías ir al médico sin pérdida de tiempo.

Maite, agorera, recordó que el *aita* había encadenado alguna vez dos cólicos biliares punto menos que seguidos, con un corto margen de horas entre uno y otro. A la pregunta de Manoli, en tono de réspice, de por qué decía aquello, Maite respondió que, a su juicio, Elene debería ponerse otro supositorio antes de salir para el aeropuerto, idea que Manoli aprobó sin vacilar y a la que Elene no tuvo más remedio que resignarse en vista de que se le estaban acrecentando los dolores. Así que entró en el cuarto de baño y, mientras se introducía el analgésico, su madre y su hermana cuchicheaban en la cocina.

—¿Te has enterado de que Miguel Ángel Blanco se ha muerto por la noche?

—Me acabo de levantar y no he oído nada, pero no me sorprende. Por lo que contaron anoche en el telediario se sabía que ese hombre lo tenía difícil para ver la luz de la mañana.

—Todo esto me llena de pena.

—Hija, qué se le va a hacer. Un muerto más. Vendrán otros, ya verás, dejando un rastro de viudas, viudos y huérfanos. Nos ha tocado vivir aquí.

—Te juro que si pudiera buscaría residencia en otro sitio, no tan lejos como Elene, eso no. Quizá en Madrid o en Barcelona o donde a Andoni le viniera bien.

—¿Y me dejarías sola?

—Pierde cuidado. Es sólo una fantasía. Seguirás teniéndome cerca.

Entró Elene con cara de funeral en la cocina. Le ofrecieron desayuno. Declinó. Una taza de té o de café, un vaso de zumo, de leche fría o caliente, de... No quiso tomar nada.

—¿Para qué si lo voy a vomitar?

Maite le recomendó llevar algo de fruta para el viaje, quizá un trozo de pan con fiambre.

—Pon lo que quieras, pero no pongas mucho porque me parece a mí que no voy a estar para banquetes. ¿De qué hablabais hace un momento? Se os oía murmurar.

—Maite me ha contado que se ha muerto el concejal al que le pegaron ayer dos tiros en la cabeza.

—Mal va a andar este país si circulan las armas de fuego por sus calles. Lo digo por experiencia. Allá donde yo vivo todo el mundo almacena las suyas. Por lo que pueda suceder, ¿sabéis? Y suceden muchas y muy malas cosas. Oí hace poco en un programa de televisión que alrededor de cien personas mueren a diario, tiroteadas, en los Estados Unidos, más de treinta mil por año. Conque, aquí donde me veis, no me ha quedado más remedio que aprender a disparar. No les tengo especial afición a las armas, pero conviene ejercitarse en las técnicas de autodefensa. De vez en cuando acompaño a mi marido al campo de tiro y practicamos. En mi dormitorio guardo un rifle AR-15 listo para su uso. Como alguien venga a robar, lo mandaré al cementerio hecho un colador. Johnny posee un arsenal suficiente para ganar él solo una guerra. Y el niño ya ha probado con una pistola de su padre y le encanta.

A Maite se le dibujó en la cara un gesto de disgusto.

—Aquí la situación es distinta.

—Ya lo sé, hermana. Sólo afirmo que es mejor que no haya armas. Lo que contáis del concejal, en algunos lugares de los Estados Unidos no alcanzaría el rango de noticia o, en todo caso, se quedaría en noticia local.

Ya Maite, con la aprobación de su hermana, había metido en una bolsa de plástico una manzana, un plátano, un trozo de queso envuelto en papel de aluminio y las tortitas de arroz inflado que quedaban en un paquete abierto. Elene rechazó otras provisiones, puesto que, en caso de necesidad, estaba decidida a matar el hambre o la sed en cualquier bar o cafetería del aeropuerto. Sí aceptó, en cambio, las pastillas de Ibuprofeno que le ofreció su madre por si le volvían los dolores una vez pasado el efecto del último supositorio. Manoli solía tomarlas tan pronto como percibía un primer atisbo de jaqueca, a veces con buen resultado. No le servían, según dijo, cuando ya se le había desatado el dolor de cabeza en toda su intensidad.

A espaldas de su madre, Maite hizo señal de cortar el aire con dos dedos a modo de tijeras, a lo que Elene respondió con el mismo disimulo mediante una sacudida afirmativa de la cara. A continuación dijo:

—*Ama,* nos tenemos que ir, pero antes me gustaría echar un último vistazo a mi cuarto.

Y así lo hizo, mientras su madre y su hermana se encaminaban pasillo adelante hacia la puerta de la casa y allí la esperaron en silencio por espacio de dos o tres minutos, hasta que vino a donde ellas con los ojos empañados.

—Hija de mi alma, no me digas que ahora nos vamos a echar a llorar.

—Son cosas mías. Enseguida se me pasará.

—¿Cuándo te volveremos a ver? Piensa que, como tardes otros trece años, igual no me encuentras.

—Bueno, *ama,* no me hundas, que bastante hundida de ánimo estoy.

—Pero ¿vendrás pronto, sí o no?

—No te prometo nada, sólo que vendré.

—Y a ver si me traes a tus hijos. Es un poco raro ser abuela y no conocer a los nietos.

Se estrecharon en un largo abrazo y se dieron dos cálidos besos. Manoli guardó en todo momento la compostura. A Elene le corrían las lágrimas por las mejillas. Maite, ya en el descansillo, fue la última en hablar.

—*Agur, ama*. Vendré a comer.

24

¿Lloramos?

Empezó a chispear cuando ellas aún no habían entrado en la autopista. A lo lejos, un copete de nubes agrisaba la cumbre del monte Igueldo. Elene dijo que había encontrado una postura en el asiento que la eximía del dolor. Admitió que acaso el supositorio le estuviera haciendo efecto. Miraba con ojos velados de melancolía los edificios, las calles, la gente con paraguas, los mil y un componentes del mobiliario urbano que se iban quedando atrás.

—*Agur,* ciudad mía. *Agur,* Donostia de mi alma. ¿Cuándo te volveré a ver? Aún no he salido de tus márgenes y ya te estoy echando de menos.

—Al final ha habido escena lacrimosa en casa de la *ama* y no por su culpa.

—No seas mala. No lo he podido evitar, pero dudo que sepas por qué.

—¿Cómo no lo voy a saber si la razón estaba a la vista? Has entrado en tu viejo cuarto y de golpe te ha caído encima todo tu pasado y puede que todo tu presente.

—Eres muy lista, hermanita. Mucho más de lo que aparentas.

—¿Esto es un reproche o un elogio?

—Lo dejo a tu elección.

Apenas circulaban vehículos por la autopista. Elene sugirió que, como iban bien de tiempo y ella deseaba grabarse en la memoria el mayor número posible de detalles del paisaje, Maite condujera despacio. Acordaron mantener la radio en silencio; la una, según dijo, pensando en que la voz de los locutores, la música y los

anuncios publicitarios no la distrajesen de sus observaciones; la otra decidida a impedir que las noticias relativas al asesinato de Miguel Ángel Blanco la afligiesen aún más de lo afligida que ya estaba. Y bajando hacia el puente que cruza sobre el río Oria cerca de su desembocadura, Elene le pidió a su hermana que detuviera el coche en el arcén porque le había entrado capricho de llevarse un recuerdo material de su tierra.

—¿No se te podía haber ocurrido antes?

—Iba a juntar en una bolsita un puñado de arena de la playa de la Concha, pero con la faena que me ha hecho la vesícula no ha sido posible. *This is my last chance.*

Por la agilidad con que Elene se apeó, Maite dedujo que se hallaba libre de molestias. La vio pasar sin dificultad al otro lado del quitamiedos. Elene escudriñaba el suelo a su alrededor, al pie de un corte rocoso en el terreno, y, después de unos instantes, se conoce que encontró lo que buscaba y se agachó a recogerlo. De vuelta en el coche y antes de reanudar la marcha, le preguntó a Maite si adivinaba lo que escondía en el puño.

—Un caracol.

—Frío.

—Una moneda romana, un fósil, una seta, una lombriz, yo qué sé.

Elene abrió la mano. Sobre la palma sostenía un guijarro, uno como hay miles, gris con una veta blanca y un corro de humedad.

—Me llevo a Providence un pedacito de mi tierra vasca. Yo te digo que, aquí donde la ves, esta piedra tiene para mí más valor que el oro. Nadie en mi casa va a conocer su significado, ni siquiera mis hijos. Será mi pequeño gran secreto. De vez en cuando, sobre todo en los momentos malos, la sacaré, la estaré contemplando en mi mano tanto tiempo como me apetezca o me la llevaré a la oficina o de paseo dentro del bolso. Hasta podría convertirla en mi confidente

y mi compañera de conversación, desde luego en un talismán. ¡Adiós, soledad! ¡Adiós, nostalgia! ¿No dices nada?

—Estaba comparando tu vida con la mía. Siento un fuerte deseo de largarme de esta tierra, me da igual adónde. No obstante, soy como un árbol que no se mueve del sitio donde germinó su semilla. Tú te marchaste hace años y no pasan cinco minutos sin que afirmes tu vocación de pájaro migratorio ansioso por volver.

—Si fuéramos gemelas e idénticas podríamos intercambiar los puestos. Durante un año, pongo por caso, tú te instalas en mi casa y te acuestas con mi marido, al tiempo que yo me instalo en la tuya y me acuesto con tu Andoni. A lo mejor, si nos coordináramos bien, ellos no se darían cuenta. Pasado el año, volvemos a cambiar de país y domicilio y así hasta el final de nuestros días. ¿Te animas?

—No somos ni gemelas ni idénticas. Además, a Andoni no le haría gracia que le pusieras los cuernos con Leandro.

A Elene se le escapó una carcajada.

—Descuida, que para cuernos los que te pondría Johnny. No ibas a caber por la puerta.

—¿Y tú se lo permites?

—Digamos que juego las cartas de la vida a mi manera y que, llegada la ocasión, no me chupo el dedo. ¿A ti cómo te va con las infidelidades?

—¿Con las qué? No conozco la palabra.

—¡Ajá! Entonces..., ¿esa es la carta que tú juegas, la de la mosca muerta?

—Puede ser. No me he parado a pensarlo.

Así charlando, entre bromas y veras, llegaron al puesto de peaje de Zarauz, donde Maite recogió el tique para el posterior pago por el uso de la autopista, y cuando se levantaba la barrera, Elene sacó a colación el dinero que su hermana le había prestado en San

Sebastián. Le reveló que le quedaba una cantidad sobrante y que se la podía devolver. Maite optó por no aceptar el dinero.

—Guárdatelo. Quizá lo necesites en el aeropuerto.

—En cuanto llegue a casa, te enviaré una transferencia.

—Se me ocurre una idea mejor. Cambias las pesetas por dólares, los repartes entre tus hijos y les dices que la *izeba* Maite, que está deseando conocerlos, les da la paga.

—Se llevarán una alegría.

—Entonces no se hable más.

—Tengo la sensación de que antes de esta corta visita no te conocía bien.

—Quizá no me prestabas atención. Ya sabes: soy la pequeña, la última en todo.

—Estos días me he dado cuenta de que tengo una hermana estupenda. En serio, no te rías. Estoy convencida de que tienes buen corazón. Me emociona y agradezco la manera como te ocupas de la *ama*. Se os ve compenetradas y se nota que ella confía en ti.

—No creas, me riñe bastante.

—Señal de confianza. A mí me has ayudado un montón. No me quiero despedir sin darte las gracias.

—Para o me harás llorar.

El viaje transcurría sin incidentes por una ruta con poco tráfico. Había dejado de llover y las dos hermanas conversaban en buena avenencia.

—Leandro me ha llamado por la mañana. Por él he sabido que has pasado mala noche. También me ha dicho que os habéis hecho una promesa mutua.

—Habla mucho Leandrito. No parece el más adecuado para guardar secretos.

—¿Es verdad que algún día viviréis los dos juntos?

—¿Eso te ha contado? Es una posibilidad para dentro de cuarenta o cincuenta años. Leandro tiene un toque de hombre bueno, atento y con ganas de ayudar y complacer que me hace grata su compañía. Como amante no vale gran cosa. Para qué nos vamos a engañar. Como compañero es impagable. Y sí, estando con él y por circunstancias del momento, he considerado en serio la idea de regresar a mi tierra natal y pasar la vejez al lado de este amigo cariñoso.

—Y rico.

—Es buen partido, no lo niego. Para una mujer que busque un refugio seguro en la vida y pueda prescindir de grandes emociones y aventuras, Leandro es la solución.

—Sin embargo, sigue soltero.

—Y lo seguirá estando porque se le ha metido en la cabeza que o vive conmigo o con ninguna.

—¿Te lo ha dicho?

—Lo da a entender. Desde luego, no ha perdido la esperanza. Eso lo muestra sin tapujos. Claro que esto que tú llamas promesa y que quizá lo sea no es sino la expresión de un deseo a largo plazo, concebido en una de las peores noches de mi vida. Vete tú a saber si cuando hablaba con este buen amigo yo estaba delirando.

—O sea, que el pobre hombre se volverá a llevar un chasco.

—No sé, no sé, ya se verá. Ni lo aseguro ni lo niego.

—Querrás consultarlo con tu marido, supongo.

—Con ese yo no consulto nada. Los niños crecerán, los vientos de la vida los llevarán a cualquier lado, seguro que lejos de Providence, y yo me quedaré sola. No es un plan alentador.

Maite apartó un instante los ojos de la carretera y se volvió a mirar la cara de su hermana, como tratando de adivinarle los pensamientos a través de las facciones. Elene, a su vez, clavó una

mirada en Maite, menos inquisitiva, pero igual de cautelosa, y, en el brillo e intensidad de esa mirada, algo, no se sabe qué, se le reveló a Maite durante una fracción de segundo que le desató una incómoda sensación de recelo.

De vez en cuando, con disimulo, escudriñaba las manos de Elene, sus dorsos carnosos, sus dedos de uñas pintadas, hinchados y sin sortijas. En el interior del coche flotaba una fragancia que Maite no había percibido en su hermana con anterioridad.

—¿Perfume nuevo?

—Es un obsequio de Leandro. En los Estados Unidos volveré a usar el que me regaló Johnny. Me tengo que comprar sin falta un frasco nuevo. No quiero que mi marido se mosquee. Toco madera para encontrar la misma marca en Londres y, si no, en Providence a mi llegada.

—Ojalá te sonría la suerte.

—Oye, a ti ¿qué es lo que más te atrae de Andoni, si es que te atrae algo de él?

—Las manos. Parecen hechas de terciopelo tibio, y perdona la cursilería.

—No está mal. ¿Eso es todo?

—Me excita el ruido de su pis al caer en el inodoro.

—¡Serás guarra!

—A veces, sin que se entere, pego la oreja a la puerta del cuarto de baño y lo oigo mear. No he debido de superar alguna fase mental de la infancia. Andoni tiene hábitos que me gustan. Por ejemplo, es muy dado a hacerme regalos. No es necesario que celebremos nada. Hoy volverá a casa y estoy segura de que intentará alegrarme con una sorpresa. No siempre acierta, pero lo mismo le agradezco la intención. Otra cosa buena que tiene es que detesta discutir conmigo. Me deja tener la razón aunque esté equivocada.

—Y tú, claro, te aprovechas.

—Me avergüenzo un poco.

—No capto.

—Me hace sentir pequeña a su lado. Ya sabes, el hombre aplomado, dueño de la situación; la hembra histérica, inmadura y cabezota. En tales casos yo misma me amonesto y entonces él sale en mi defensa.

—¿No me preguntas qué me atrae de Johnny?

—Bueno, dímelo.

—Puede ser tierno a veces. Eso me hace feliz. Tiene unas manos grandotas. No son de terciopelo. Son ásperas como su ternura. Trabaja mucho. Sí, Johnny es un hombretón que nació para trabajar. Pero ya te digo, cuando le da por la ternura es maravilloso.

—¿Y cuando no le da por la ternura?

—Se marcha a vaciar cargadores al campo de tiro. Allí se desahoga. ¿Te he contado que cuando lo conocí jugaba al baloncesto? Le esperaba un buen futuro profesional. Todos se lo decían, pero algo se torció de pronto. No sé bien qué: se peleó con el entrenador, tuvo una lesión de rodilla, algún conflicto con los compañeros... Nunca habla claro al respecto. Ni claro ni oscuro. No habla. *It hurts him.* El caso es que lo dejó. En el jardín tenemos instalada una canasta. Él practica de vez en cuando con los niños. Le encantaría transmitirles la afición al baloncesto, pero los niños prefieren otras actividades.

Atravesaban una zona de curvas y túneles, de tramos en sombra flanqueados por laderas boscosas y empinadas, bajo un techo de nubes que amenazaba con soltar su carga de lluvia. El terreno, al costado derecho de la autopista, se hundía en una larga hondonada por cuyo fondo discurría, sinuoso, con caudal escaso, el río Deba. Las dos hermanas llegaron a vista de los edificios, con dimensiones

de ciudad, de Éibar, apretados en un valle estrecho, rodeado de montes, y Maite no pudo menos de acordarse de Miguel Ángel Blanco.

—Ahí abajo lo secuestraron el jueves pasado.

Y un corto tramo más adelante, a la altura de Ermua:

—Vivía en ese pueblo y ahí subió al tren que lo llevó al desenlace de sus días.

—Me doy cuenta de que este asunto no te deja tranquila.

—Me ha llenado de rabia y de pena.

—Anoche tuve un sueño en algún rato en que el supositorio me permitió dormir. Te lo contaría si no fuera porque te va a parecer una frivolidad, pero ¿qué le voy a hacer yo? Una no sueña lo que quiere. Sueña lo que al cerebro se le antoja.

—Cuéntalo, sea lo que sea. Me pone nerviosa pasar en silencio por este lugar.

—Es una bobada.

—Cuéntalo.

—No te enfades conmigo, ¿eh? Unos chavales me secuestraron. Como lo oyes. Yo estaba en la sidrería con la cuadrilla. Terminada la cena, salí a tomar el aire fresco de la noche y a aclararme un poco las ideas, pues había bebido bastante. Mientras miraba las estrellas, oí pisadas en el suelo de gravilla. Estaba oscuro, no se veía a nadie. De pronto me abordaron unos tipos con pistolas. Atada de manos y pies, me introdujeron en el maletero de un coche y me soltaron en una cuadra con fuerte olor a bosta. ¿Sigo?

—Sigue.

—Allí me esperaba el jefe de los secuestradores, que no era otro que Leandro. No era el Leandro bonachón que conocemos, sino otro malencarado que decía palabrotas, hablaba a gritos y me puso el cañón de su pistola en la sien. Me dijo: Yo me encargaré de que no

vuelvas a América. Me dio a escoger entre dos opciones: o permanecer la vida entera encerrada en aquella cuadra maloliente, sin ver la luz del día, o vivir con él y trabajar en la agricultura.

—Y tú, claro, elegiste calentarle la cama y cultivar patatas.

—No sé qué le dije. Debí de despertarme de repente.

—No le veo la menor frivolidad a tu sueño.

—Me imagino que el secuestro y asesinato del joven de Ermua me provocó esta absurda fantasía.

—Igual hay otras causas. Habría que preguntárselo a un psicoanalista.

Frente a la entrada del aeropuerto, un aluvión de taxis y vehículos particulares, con el añadido de un autobús, obligó a Maite a avanzar hasta el final de la hilera de edificios. Allí encontró por fin un hueco donde se pudo detener. Ella habría preferido dejar el coche en la zona reservada a los aparcamientos y acompañar a su hermana hasta el interior del aeropuerto; pero esta le dijo que no hacía falta, que ya había hecho bastante por ella y que lo mejor era que volviese a San Sebastián antes que un nuevo frente de nubarrones que se veía cada vez más cerca rompiese a descargar agua con fuerza.

—¿Llevas el billete, la documentación, la tarjeta de crédito?

A todo respondía Elene que sí.

—¿El supositorio?

—Lo tengo a mano por si las moscas. De momento estoy bajo los efectos del anterior. Si la cosa se pone fea, me pondré el último en cuanto note que me vuelven los dolores.

Las dos hermanas se enzarzaron en una pequeña disputa cordial por decidir quién sacaba el equipaje del maletero y fue Maite la que, más rápida y ágil, agarró la maleta y la depositó en el suelo.

—Espero el paquete por Navidad.

—Descuida.

Se abrazaron y besaron, y las dos a un tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, echaron la cara hacia atrás para escrutarse un instante la una a la otra en silencio, serias, acaso con empeño de examinarse en el fondo de los ojos.

La mayor preguntó risueña:

—¿Lloramos?

—Llora tú. ¿Volverás pronto?

—Volveré. Es todo lo que puedo decir.

Y a punto de separarse, Elene alzó la mano y acercó despacio el dedo índice a la frente de su hermana hasta tocarle la cicatriz.

25

Verdad helada

Maite colocó el espejo retrovisor de modo que le permitiera observar a su hermana de camino a la terminal de pasajeros. Elene andaba sin apresuramiento, con el ligero bamboleo que le imponía la obesidad. No se apreciaban en sus movimientos indicios de malestar físico. En ningún instante volvió la cabeza. Antes de llegar a la entrada, desapareció con su maleta grande de ruedas detrás de la fila de taxis blancos y Maite tuvo la corazonada, por no decir el convencimiento, de que de nuevo transcurrirían largos años sin ver a su hermana, a menos que ella misma, con o sin Andoni, se animase a visitarla en su ciudad al otro lado del océano. «Qué lástima no haberla convencido para que se someta cuanto antes a una dieta de adelgazamiento, aunque quizá su marido la prefiera así como está. *Let's go»,* se dijo, remedando la voz de Elene, y encendió el motor.

No fue sino hasta haber dejado atrás Ermua y Éibar y haberse adentrado un buen trecho en la provincia de Guipúzcoa que decidió conectar la radio. A las primeras de cambio dio con un programa dedicado por entero al asesinato de Miguel Ángel Blanco. Se sucedían las declaraciones de condena por parte de políticos y otras personas de relevancia social. «ETA ha firmado su sentencia de muerte», dijo una voz que Maite, apenas encendido el aparato, no logró identificar. Saltaban como chispazos, en las distintas intervenciones, palabras del tipo *verdugos, asesinos, pistoleros*. Varias localidades del País Vasco habían suspendido sus festejos en señal de protesta. La misma suerte habían corrido algunos eventos deportivos previstos para ese domingo. De las carreras de caballos

no dijeron nada ni falta que hacía, puesto que Maite, sola, no pensaba acudir al hipódromo. De víspera se habían celebrado en muchas partes concentraciones espontáneas. Hoy sin duda se repetirían con mayor concurrencia de participantes tras conocerse que Miguel Ángel Blanco había sucumbido a los balazos. Tres jóvenes que habían hecho burla de una manifestación en una calle de Bilbao tuvieron que refugiarse a la carrera en el interior de un bar y ser protegidos de sus perseguidores por la policía. En San Sebastián, los manifestantes habían proferido gritos e insultos ante la sede de Herri Batasuna. Algún que otro militante de la izquierda independentista había desaprobado en público el crimen de ETA. ¿Se resquebrajaba aquel bloque ideológico que parecía tan compacto? El locutor mencionó unas declaraciones del *lehendakari* Ardanza: «ETA se ha reído de nosotros, de todo este pueblo». Y otras del ministro del Interior: «Estamos orgullosos de no ser como ellos». El rechazo de unos y otros al terrorismo parecía, en todo caso, sin paliativos hasta que habló el obispo de San Sebastián, el cual, sí, dijo con prosodia meliflua sentir una «profunda conmoción», acompañada de una «repulsa absoluta» a lo sucedido, para acto seguido postular una paz basada en la comprensión de las aspiraciones del pueblo vasco, momento en que a Maite le vino un sofoco que la impelió a desconectar la radio.

—¿Se cabrea usted?

—Las personas de corazón limpio no hablan así. Con mayor motivo alguien que por su cargo debería predicar un mensaje de amor al prójimo. Para este jerarca diocesano, el prójimo no es tan igual ni tan hermano si no encaja en el arquetipo vasco. Cumplido el trámite de la condolencia, surge la verdad helada del hombre que extiende un mantel de eufemismos sobre la realidad de un inocente con dos tiros en la cabeza. Lo último que a mí se me ocurriría es

subir al Gólgota y hablar de paz, diálogo y negociación a los pies del Cristo ensangrentado. Quizá más adelante, cuando se dé una ocasión propicia; pero no ahora, con el cadáver todavía caliente. ¿Soy injusta? Puede ser, pero ¿a quién le importa? Yo no hablo en público, sino conmigo a solas, y como no estoy dispuesta a mentirme me digo lo que me tengo que decir.

—¿No será que usted le ha tomado ojeriza al obispo?

—Se me hace difícil profesarle simpatía. No es la primera vez ni será la última que el mitrado se expresa con calculada ambigüedad. Es hábil para combinar en las entrevistas que concede la penita retórica por la víctima de turno con la suave reconvención ética, nunca ideológica o política, al agresor. Todo en él conduce a lo mismo, a la consideración de que esta sociedad es el solar de un pueblo y no un conjunto de ciudadanos libres e iguales. En su opinión, existe una entidad que está por encima de la suma de sus miembros. Entidad «sociocultural» suele llamarla. Esta sacralización del suelo es puro nacionalismo. Patria y Dios se confunden en los retorcimientos verbales de este hombre que no tiene empacho en deplorar el método del que mata, pero comparte al cien por ciento su ensueño patriótico. Con tales premisas, ¿a quién puede extrañar que en el 84 vetara en su catedral la celebración del funeral por el alma del asesinado senador Enrique Casas, vecino de San Sebastián, pero español? Alegó razones desechadas en otra iglesia de la ciudad donde sí se pudo llevar a cabo el oficio religioso. Y qué decir de la foto que lo muestra pasando por delante de los familiares de José María Aldaya, el industrial secuestrado por ETA durante casi un año, sin acercarse a ellos a transmitirles unas palabras de consuelo, a mostrarles un gesto afable. Yo he visto con mis propios ojos, en varias ocasiones, desde casa de la *ama,* a activistas de la causa independentista sacar de los bajos de la catedral pancartas en pro

de los presos de ETA y demás utilería revolucionaria allí almacenada con el consentimiento de quien tuviera la potestad de consentir y prestar la llave. No digo más.

—Bueno, bueno, no se sulfure.

—Verá. Me pongo en el lugar de quien disparó a Miguel Ángel Blanco. Desde mi escondite, con mis compañeros, escucho en la radio o leo en el periódico las declaraciones del obispo. ¿Qué conclusiones puedo sacar? ¿Me quitará el sueño su verba gelatinosa? El prelado pone carita de pesaroso para decir que no he sido ético. Eso sí, se guarda de formular la menor objeción a la causa nacional por la que yo milito en una organización armada y hago uso de mi pistola. ¿Me comprende? El Vaticano debería intervenir.

—Bien, dejémoslo.

—Pues sí, no vaya a ser que la excitación me obceque, pierda el control del coche y acabe despeñándome por un barranco.

Maite se pasó el resto del viaje escuchando un programa de música clásica. Un pasaje de *Los planetas* de Holst y el segundo movimiento de la séptima de Beethoven la ayudaron a recobrar la calma y a no pensar en cuestiones desagradables. Temía perder su concentración al volante por causa del desasosiego. A fin de obligarse a conducir más atenta, estuvo a pique de abandonar la comodidad de la autopista en el siguiente desvío y conducir por la carretera sinuosa de la costa, atravesando cuestas y pueblos; pero volvía a llover, ahora con más fuerza; el asfalto estaba mojado y ella prefirió correr el menor número posible de riesgos. Llegó a San Sebastián sin contratiempos. Aparcó el coche en su plaza de garaje, contigua a la de Andoni, y en el momento de sacar del maletero su bolso de mano, se llevó una sorpresa que la entristeció. Escondido debajo del bolso, había un frasco de Estée Lauder Beautiful casi lleno. «¿Otra pista, otra señal?», pensó, «pero señal o pista ¿de

qué?» Se aplicó una pequeña cantidad del perfume en la cara interior de la muñeca. La acercó a la nariz. No era su estilo. Comprobó que acaso se podría cuestionar el gusto de Leandro, pero no su generosidad.

Un vórtice de conjeturas y cavilaciones la acompañó hasta su casa, sin concederle un segundo de tregua. En el contestador automático la esperaba un mensaje afectuoso de Andoni. El cursillo de oftalmología había terminado. En líneas generales, la experiencia había sido interesante y quizá provechosa, siempre y cuando la dirección de la clínica se mostrase receptiva con las propuestas que él pensaba transmitir sin pérdida de tiempo. Había decidido dedicar la mañana a la redacción del informe correspondiente. Más tarde tenía una cita para almorzar con Alberto y otros colegas en el restaurante del hotel y a la hora prevista un taxi los llevaría a él y a su compañero al aeropuerto.

—*Maitia,* no te puedes imaginar las ganas que tengo de verte. Me has faltado mucho estos días. Estoy decidido a no probar bocado en toda la tarde para llegar con hambre a la cena que me prometiste. Por delante de mí va a tu encuentro una lluvia de besos.

Hacia la una y media, Maite fue a preparar una comida sencilla a casa de su madre. Encontró a Manoli caída o, más que caída, sentada en el cuarto de baño, con cara de resignación y la espalda reclinada contra el inodoro. En vista de su tranquilidad, por no decir de su apatía, a Maite no le pareció descabellado pensar en un primer instante que la postura de Manoli fuese deliberada.

—¿Qué haces ahí?

Le había ocurrido a la mujer un percance sin mayores consecuencias. Hechas sus necesidades, había resbalado en el momento de levantarse y llevaba desde más o menos las once de la mañana con las posaderas encima del suelo frío.

—Chica, he intentado ponerme de pie, pero no me alcanzan las fuerzas.

—¿Te has hecho daño?

—No. Confiaba en que vinieras antes.

—De haberlo sabido...

Maite la ayudó a levantarse y le acercó el andador. A Manoli lo que de veras le preocupaba era otro asunto.

—Estoy un poco escamada.

—¿Y eso?

—Elene prometió telefonearme desde el aeropuerto. Alguna cabina pública habrá por allí, supongo. Me llamas, le dije, y así me quedo tranquila sabiendo que todo va bien. Bueno, pues el teléfono aún no ha sonado. Ya me dirás tú cómo nos vamos a enterar de que ha salido de viaje sin problemas. Igual llama desde Londres; pero eso me parece a mí más complicado y más caro. ¿Cómo la has visto al despedirte?

—Tenía bastante buen aspecto. Al menos no se quejaba de dolores.

Madre e hija acordaron que la una esperaría sentada en la sala, mirando la televisión, a que la otra hiciese la comida. Maite se limitó a cortar un tomate de ensalada en rodajas; lo aliñó con aceite de oliva, sal, un pellizco de perejil seco y un diente de ajo picado, y puso a hervir macarrones, a los que, una vez cocidos, pensaba añadir una salsa de sobre y trozos de queso *mozzarella*. Para postre, si se terciaba, había fruta en abundancia, además de alguna que otra tarrina de yogur y natillas en la nevera.

Mientras el agua se calentaba, Maite cogió unas tijeras y un destornillador; sacó del cajón de una cómoda una tarjeta de visita de sus padres y bajó al portal a colocarla en el buzón, en sustitución de la otra donde su hermana había cambiado con tinta de bolígrafo

la *ch* de Echarri por la *tx* acorde con la ortografía del euskera. Al respecto no le dijo nada a su madre.

—¿Adónde has ido?

Fingió que no la oía y de este modo eludió tener que responderle. Minutos después, servida la comida, madre e hija tomaron asiento a la mesa de la cocina. Masticaban, sorbían tragos de agua y conversaban la una frente a la otra, y Maite dijo en un momento dado:

—Quiero probar si vales para detective. A ti, que ves muchas películas en la tele y sabes de la vida lo que no está escrito, te voy a plantear una cuestión, un enigma como quien dice, y luego me das tu parecer.

—Te veo venir. Haz el favor de no sacarme el tema del concejal muerto. Estoy cansada de oír noticias de pistolas y sangre.

—La cosa no va por ahí. Escucha. Una mujer tiene un moretón, pongamos que bastante grande, no importa en qué parte del cuerpo.

—Aquí donde me ves, soy especialista en moretones. Cada vez que me pego un golpe contra una esquina, me queda una marca que dura semanas. Menos mal que, como no se forman en la cara, las puedo tapar con facilidad.

—¿Puedo hablar yo? La mujer le cuenta a una persona conocida que se hizo el moretón de una manera. Poco tiempo después, le cuenta a otra persona una versión distinta. ¿Tú qué pensarías?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Esa mujer ¿está casada?

—Sí.

—Entonces fue el marido.

A Maite se le quitaron de golpe las ganas de comer. Depositó el tenedor al costado del plato. Se limpió los labios con la servilleta. Hizo ademán de levantarse de la mesa, pero unas palabras de su madre la retuvieron en la silla.

—La del moretón ¿es Elene?

Maite clavó una mirada en los ojos de su madre antes de responder:

—A ti, el *aita,* ¿alguna vez te puso la mano encima?

—Jamás de los jamases. Gregorio era un bendito.

—Me contaste que cuando Elene hablaba por teléfono con su marido no la oíste pronunciar el nombre de esta ciudad.

—A lo mejor sí lo pronunció; pero, como yo no entiendo ni jota de inglés, no me enteré.

—Empiezo a creer que tenías razón. Elene no podía decir el nombre de San Sebastián porque decirlo le traería problemas.

—Pues, chica, dímelo en inglés, a ver si te entiendo.

—Tengo la sospecha de que ni el marido ni los hijos de tu querida hija saben que ella nos ha visitado. Les hizo creer que iba a Londres en viaje de trabajo y en secreto se vino aquí.

—¿Y por qué Elene nos lo iba a ocultar a nosotras?

—Vaya, en ese detalle no había reparado. En fin, no me hagas caso. La próxima vez que ella vuelva, si es que vuelve algún día, se lo preguntaremos.

26

Fotos en el bolso

Fue idea de Manoli nada más acabada la comida. A ruego suyo, por teléfono y después de varios intentos, Maite logró que le comunicaran un número de información del aeropuerto de Bilbao-Sondika. Tuvo que marcar varias veces hasta que, al borde de desistir, un señor al otro lado de la línea telefónica atendió la llamada y le confirmó que el avión con destino a Londres había despegado a su hora.

Por fin tranquila, Manoli se acomodó en su sillón y, cruzados los brazos, abatida la cabeza, se abandonó a la placidez de la siesta. A su lado, en el sofá, con el televisor encendido pero sin voz, Maite decidió hacer compañía silenciosa a su madre en espera de que comenzara el telediario de las tres. Vio entonces imágenes en la pantalla que nada nuevo le aportaban: un doctor con bata blanca en actitud de ofrecer explicaciones, la llegada el día anterior al hospital de la ambulancia con el moribundo en camilla, los inevitables políticos de cara circunspecta, labios en cuyo movimiento se podían adivinar algunas palabras, gente que se manifestaba por la calle. Manoli emitía leves, cadenciosos ronquidos. Maite la miró con ternura. También con un punto de pena. Apagado el televisor, se acercó a besarla en la cabeza. Después, con sigilo a fin de no despertarla, se marchó a su casa.

Dos portales antes del suyo, observó una escena común que no pudo menos de conmoverla. Varias personas, miembros al parecer de una familia, se estaban despidiendo de un señor mayor en la acera. El alegre grupo impedía el paso a otros transeúntes. Maite le

calculó al anciano sus buenos ochenta años; eso sí, bien llevados según daban a entender su complexión y una no del todo perdida agilidad de movimientos. Sus familiares lo abrazaban por turno y él correspondía risueño y afable; pero lo que de veras causó impresión a Maite fue la manera como el hombre se agachó para rodear con sus brazos a un niño de tres o cuatro años. La tentación que se apoderó de Maite en aquel momento era demasiado grande como para pasar de largo sin más. Y aprovechando que le faltaba sitio para continuar su camino, tocó sin dificultad la espalda del agachado anciano, al tiempo que le pedía disculpas. Ninguno de los presentes dio importancia al gesto y tampoco Maite dejó entrever lo que aquel roce significaba para ella. Entró poco después en su portal presa de una intensa emoción. A la luz que atravesaba los vidrios de la puerta se examinó con detenimiento la palma de la mano, en la esperanza de descubrir en ella no se sabe qué.

—Sigue usted practicando ritos que concibió en la adolescencia. ¿Tanto le gustan?

—Me encantan. Ignoro el nombre que les conviene, si ritos, como usted los llama, manías o chaladuras; pero sí le puedo asegurar que me producen placer y me equilibran. Le diré más. Son una manera de sentirme acompañada, se entiende que bien acompañada. Procuro repostar amor allá donde lo veo y ese es el combustible con el que mejor funciono en la vida. Estaba yo en los vaivenes de la pubertad cuando me vino por vez primera la idea. Sorprendí en los baños del colegio a dos compañeras de clase besándose en la boca y luego, durante la mañana, me las ingenié para tocarles la melena con disimulo, ¿sabe?, primero a la una, un rato después a la otra, sin que sospecharan nada. Nunca he revelado a nadie esos ritos que usted dice. Ni a Andoni, ni a otros novios que tuve antes de Andoni, ni a mis amigas. Ya le digo, a nadie.

Maite se sintió colmada de energía al entrar en su casa. Se descalzó a lo salvaje, con patadas al aire que impulsaron sus zapatos, uno hacia el techo, donde a punto estuvo de estrellarse contra la lámpara; otro hasta casi el fondo del pasillo. Repasó en pensamiento su plan de la tarde. Las tareas que se le figuraban más urgentes eran, por este orden, la de no pensar en nada triste o negativo, y a continuación, con la mente en blanco, preparar un flan de huevo. No podía faltar en la cena de agasajo al marido el postre predilecto de este, cocinado conforme a una receta de toda la vida que no entrañaba el menor misterio. Maite la había aprendido de su madre como esta, a su vez, de la suya. Puestos los ingredientes en una flanera al baño maría, a fuego no demasiado fuerte, mientras el agua se calentase ella adornaría la mesa de la sala. Después, hasta las seis de la tarde, intentaría avanzar todo lo que pudiera en la traducción; por último se colocaría el delantal y se entregaría de lleno a los preparativos de la cena «más romántica», se dijo, «que vieron los siglos».

Estaba midiendo la cantidad de azúcar que pondría a calentar en la sartén cuando sonó el teléfono. La voz de Manoli parecía salida a través de los intersticios de un violento sofoco.

—Ven por lo que más quieras. Ven cuanto antes. A mí me va a dar algo.

—¿Qué ocurre?

—Ven y lo verás.

Y colgó y dejó a Maite alarmada y haciendo preguntas sin respuesta con el auricular pegado a la boca.

Un torbellino de pensamientos aciagos, de sospechas que le ponían la carne de gallina, de imágenes de huesos fracturados, sangre en la alfombra, gritos de dolor y otras figuraciones concernientes al sufrimiento humano mortificaron a Maite por el

corto trayecto hasta el piso de su madre, al que se dirigió a paso rápido y con el corazón acelerado, sin percatarse de que llevaba puestas las zapatillas de casa. Se dio cuenta de aquella circunstancia cuando cruzó la calle San Martín con el semáforo en rojo; pero ni por un instante consideró la posibilidad de volver atrás a cambiarse de calzado.

Una chispa de esperanza ardía en el horizonte negro de su temor. No había duda de que su madre estaba viva y de que, en el supuesto de haber padecido un nuevo ictus, no se habría expresado como lo había hecho. Manoli se había mostrado, sí, disgustada al teléfono; pero no quejosa, ni balbuceante, ni confusa, ni nada por el estilo; antes al contrario, poseída de un enérgico enfado como consecuencia de algún hecho inusual, a buen seguro un estropicio doméstico: la cañería rota que encharca el suelo, el televisor humeante y con tufo a quemado o un desperfecto de tantos que causa incomodidad y fastidio y a la postre conlleva una factura abultada.

Maite entró en la vivienda usando su propia llave. Como anuncio de su llegada, cerró la puerta de un golpazo. Permaneció unos instantes inmóvil en el silencio y la penumbra del vestíbulo a la espera de una voz, un saludo, un indicio de vida, antes de enderezar sus pasos hacia la sala, todavía convencida de que allí se toparía con la imagen de un accidente casero: una vitrina volcada, una invasión de hormigas, quizá los vidrios de la ventana destrozados a pedradas desde la calle por alguna banda de gamberros.

Ella se habría esperado cualquier cosa menos lo que en verdad se encontró. La sorpresa fue de tal calibre que le resultó imposible atravesar el umbral, como si los pies se le hubieran quedado clavados en el suelo, al tiempo que las palabras brotaron de su boca con asombrada vehemencia:

—¿Qué te ha pasado?

Desde su sillón, Manoli se apresuró a responder con retintín en nombre de la destinataria de la pregunta:

—Dice que se queda a vivir aquí.

Elene ofrecía una imagen lastimosa, sentada en el borde del sofá como si le diera vergüenza ocupar más asiento, la cara aquietada en un gesto mustio, los ojos asustados y rojizos, sin duda a consecuencia de las lágrimas recientes; el peinado hecho una ruina, las manos nerviosas y toda ella, en fin, envuelta en un aire de tristeza culpable.

—¿Has perdido el avión?

Manoli volvió a entrometerse, entre irónica y admonitoria:

—Lo que ha perdido es el seso, el poco que tenía.

Elene se levantó de un salto. Ancha y emocionada, corrió a abrazarse a su hermana, que seguía tiesa de pasmo.

—No me mires a la cara —dijo Elene en tono suplicante, la voz temblorosa, los brazos abiertos de par en par—. Estoy horrible. —Y añadió, ya sentadas las dos hermanas en el sofá—: Os debo una explicación. ¿Qué he hecho? Dios mío, ¿qué he hecho? Ya no hay vuelta atrás. Cometí un error grave en el pasado. Aquello, bien lo sé, no tiene arreglo. Ahora me hago el ánimo de que lo contrarresto o lo neutralizo cometiendo un error en la dirección contraria, igual de gordo e igual de imperdonable. Dios me castigará.

Maite y su madre intercambiaron miradas de desconcierto, como preguntándose la una a la otra: «¿Tú entiendes algo?». Manoli, los ojos en blanco, reaccionó lanzando un suspiro de cansancio. Maite, consoladora, acarició la cabeza de su hermana y aprovechó para arreglarle un poco el cabello.

—Voy a ser una desgraciada hasta el último de mis días. Si no me ayudáis, tendré que tirarme a las rocas del Paseo Nuevo.

—Te ayudaremos. No te preocupes. Somos una familia bien avenida, ¿verdad, *ama?* Te escuchamos.

Elene reveló que la idea de marcharse para siempre de Providence, ciudad que, según dijo, detestaba, se le aparecía a menudo en sueños como vago deseo que había ido cobrando fuerza de un tiempo a esta parte. La idea había alcanzado el rango de obsesión desde su llegada a San Sebastián; pero una y otra vez el recuerdo de sus hijos, ay, sus hijos, la forzaba a rechazarla.

—Sólo por ellos he aguantado hasta la fecha en ese lugar donde he sido la mujer más infeliz del mundo.

Horas antes, Elene guardaba cola ante un mostrador del aeropuerto. Estaba tranquila, según contó, concentrada en los asuntos del viaje, y se congratulaba de haberse librado de los dolores. La precedían unas cuantas personas. En cuestión de cinco o seis minutos facturaría el equipaje, recogería su tarjeta de embarque y pasaría el control de seguridad. Adiós, madre, hermana, cuadrilla. Adiós, tierra natal, paisajes de la infancia, sabores y olores entrañables. De pronto recordó la mañana remota en que se había encontrado con otra maleta en aquel mismo sitio. Incluso juzgaba probable que, trece años atrás, la hubiesen atendido en el mismo mostrador. A este punto, algún detalle del recinto, algún adorno de las paredes o algún sonido, le produjo una violenta descarga de angustia. Un calor repentino le recorrió el cuerpo. Notó que empezaba a marearse. ¿Una crisis diabética? Seguro que no, puesto que había tomado su medicamento y, además, los síntomas eran distintos de los que ella conocía de sobra. Sumida en la inquietud, nerviosa y débil, tardó en percatarse de que no había nadie delante de ella y la empleada le estaba haciendo señas para que se acercara. Entonces, impelida por el pánico, Elene fue a sentarse en un banco cercano a un ventanal. Desde allí observó que la cola de

viajeros de su avión era cada vez más corta.Atendido el último de ellos, a Elene le vino un impulso de acudir con su maleta al mostrador; pero el hecho determinante de su cambio de designio, según confesó, fue que al preguntar en la ventanilla de información a qué hora salía el siguiente autobús para San Sebastián, le respondieron que dentro de unos minutos y que si no se daba prisa lo iba a perder. Estaba convencida de que, en caso de haber mediado una espera más prolongada, se habría resignado a tomar el avión. No fue así. Llevada de un arrebato ciego, subió al autobús.

Manoli no estaba dispuesta a tragarse así como así aquella historia de mareos, angustia y calores internos. Se encaró, ceño fruncido, cejas enojadas, con Elene:

—¿De qué piensas vivir?

—Os pido ayuda hasta que encuentre trabajo. Algo me saldrá. Tengo estudios y experiencia laboral, hablo inglés. Mientras tanto, si es necesario, me pondré a fregar suelos.

—Menos heroísmos, criatura. Supongo que piensas instalarte conmigo. Ahí tienes tu cuarto y tu ropa de muchacha que ya no te cabrá.

—Me alojaré en esta casa hasta que mi situación mejore. No seré una carga para ti, te lo aseguro. Se me da de perlas la limpieza y no soy mala cocinera. Puedo reemplazar a tu cuidadora sin cobrarte.

—¿Reemplazar a Diana? ¡Ni lo pienses! Que te quede claro que tengo mi vida. No acepto que tú ni nadie me la revuelva. Diana me cuida, me da conversación, me da afecto, es mi amiga. ¡Para que te vayas enterando! Prescindir de Diana... ¡Pues eso me faltaba!

Maite intercedió, conciliadora:

—Tranquila, *ama.* Elene lo ha dicho con buena intención. —Y volviéndose a su hermana—: Claro está que te ayudaremos y con mucho gusto. Por el lado material no debes preocuparte. Yo te

podría facilitar traducciones de encargo. No se gana mucho; pero conseguirás salir del paso en un primer momento. Te digo una cosa sin ánimo de ofenderte, con el corazón en la mano: que fueras infeliz en Providence no significa que vayas a encontrar aquí la felicidad.

—No busco la felicidad. Doy por hecho que nunca estaré en paz conmigo misma. Eso sí, en vista de mi situación personal, que ni tú ni la *ama* conocéis, prefiero ser infeliz aquí a serlo allá. Aquí por lo menos estoy a salvo.

Manoli seguía enfurruñada.

—Te recuerdo que dejas dos hijos sin madre.

Elene se puso de pie con brusco ímpetu.

—Mis hijos son lo que más quiero en el mundo. Que a nadie le quepa duda.

—¿Y por qué no vuelves con ellos?

Maite intentó frenar a su madre:

—*Ama,* ¡por favor! No juzgues sin saber.

—Mis hijos entenderán un día que sólo existieron dos opciones: una madre muerta o una madre lejos. —Y plantándose delante de Manoli, se levantó de un tirón la blusa y le mostró el hematoma de la espalda—. ¿Sabes lo que significa esto? ¿Necesitas que te lo explique? Aún tenía peor aspecto hace dos semanas. Y otras manchas con anterioridad, ni te digo. En la oficina, pedí a una compañera que me sacase fotos. Las llevo en el bolso. Las guardaré como prueba testimonial por si algún día me reencuentro con mis hijos, ya mayores, y me piden la explicación que les debo. Estoy segura de que tarde o temprano me buscarán. Dios los enviará a mí y yo los estaré esperando con el corazón roto y los brazos abiertos.

Acto seguido, corrió entre sollozos a encerrarse en su viejo cuarto. Maite se acercó a su madre y le susurró al oído:

—Intenta ser más comprensiva.

—Yo qué sabía.

—A veces eres un poco bruta.

—¡Menudo cardenal!

—No es el primero. Ya la has oído.

—No me digas que has venido de tu casa en zapatillas. ¡Jesús, María y José, qué hijas tengo!

27

Fular de seda

Aprovechando que las zapatillas silenciaban sus pasos, Maite anduvo sin ser notada por la vivienda después de haberse despedido. Buscaba un bolígrafo. Como no pudo encontrarlo en la cocina ni en la cómoda del vestíbulo y lo necesitaba a toda costa, no le quedó más remedio que volver a la sala. Al pasar por delante de la habitación donde Elene se había recluido con sus lágrimas y sus remordimientos, pegó la oreja a la puerta. Ningún sonido turbaba en aquellos instantes el silencio de la casa. En la sala, Maite abrió cajones con sigilo, persuadida de que su madre, gacha la cabeza, se había quedado dormida en el sillón; pero Manoli tenía oído de gato.

—¿No te habías marchado? ¿Qué buscas?

—¿Dónde hay un bolígrafo?

—¿Para qué lo quieres?

—Concho, para escribir. ¿Para qué lo voy a querer?

Con una sacudida perezosa de barbilla, Manoli señaló el periódico doblado sobre la mesa de centro, delante del sofá. En el interior del periódico, en la página del crucigrama, Maite encontró un bolígrafo. Dio un beso rápido, parecido a un picotazo, en la mejilla de su madre.

—No te molesto más.

En el portal, escribió *tx* sobre la *ch* del apellido paterno más o menos como lo había hecho Elene días atrás, y con el alivio de evitar así una posible confrontación ortográfica con su hermana introdujo el bolígrafo por la ranura del buzón.

De nuevo en su casa, comprendió que no le alcanzaría el tiempo para todo lo que se había propuesto llevar a cabo durante la tarde. No tenía más remedio que elegir entre las posibles actividades. Antepuso los preparativos de la cena a la traducción. Sin demora se anudó el delantal y reemprendió la tarea culinaria en el punto donde la llamada telefónica de su madre la había interrumpido. Puesta la flanera al baño maría, Maite se ocupó de decorar la mesa de la sala. Desplegó un mantel de lino con dibujos de rayas grises y azules sobre fondo blanco, con su hilera de borlas todo a lo largo del borde: una pieza reservada a las ocasiones especiales lo mismo que la vajilla, las servilletas a juego con el mantel y los cubiertos. A un costado situó el jarrón con las calas; al otro, el candelabro de cinco brazos con sus correspondientes velas nuevas.

A la vista del resultado, no pudo menos de musitar sonriente: «¡Hija de mis entretelas, qué señora y qué burguesa te has vuelto! ¿No te da vergüenza?». No era el candelabro adorno del gusto de Andoni, quien, propenso a la ironía, con toda probabilidad volvería a hacer burla de él, atribuyéndole una estética de ocultismo o de cementerio. Lo aceptaría, sin embargo, como aceptaba de costumbre las decisiones de su esposa, aun cuando no las compartiese. Y Maite, esa tarde, no estaba dispuesta a desviarse un milímetro de la escenificación romántica que había imaginado.

Una cuestión le impedía concentrarse en los detalles y disfrutar de tareas que por regla general eran de su agrado. Ya sólo alisar el mantel le supuso un acceso de impaciencia. Al fin eliminó los frunces con la plancha de vapor, asumiendo que se pudiese dañar el barniz de la mesa. A Maite le pesaban demasiado las recientes revelaciones de Elene. En vano trataba de apartarlas de la mente obligándose a pensar en otros asuntos. A cada instante se le imponía una mezcla de lástima y preocupación, suscitándole cavilaciones que le robaban

cualquier atisbo de sosiego. Intentó distraerse poniendo un cedé a fuerte volumen en el aparato de música. No funcionó.

La casa de nuevo en silencio, el flan acabado con una pinta inmejorable y la mesa puesta, a Maite le vino urgencia de acogerse a un castillo. ¿Cómo, si no, borrar de la faz de la tierra la injusticia que le habían hecho a su hermana? Con dicho propósito buscó la oscuridad. La encontró en la alcoba matrimonial una vez que hubo bajado la persiana sin dejar rendija alguna entre las láminas. Acto seguido, se agazapó al costado de la cama, con la cara hundida en un almohadón, y aunque sabía que los castillos surgen por sí solos y que, por tanto, no los podía forzar a su capricho y conveniencia, tomó la determinación de permanecer en aquella postura todo el tiempo que hiciera falta, en la confianza de que, con ayuda de la tenacidad, se vería a sí misma de un momento a otro no sabía dónde, haciendo no sabía qué, como así ocurrió. De pronto, avista una fila de jardines. Cuidados con pulcritud, cada uno de ellos corresponde a una pequeña villa. No falta en ninguno un mástil con la bandera de los Estados Unidos. Cielo azul, calor de verano a media tarde. Maite atraviesa el primer jardín sin saber adónde se dirige. Un grupo de personas, sentadas en torno a una mesa, interrumpe su conversación y observa a la intrusa con gesto de extrañeza desde el porche. Sin detenerse, ella pide disculpas por las molestias que su presencia pueda ocasionar y pasa a la siguiente parcela. De jardín en jardín, cruzando vallas y setos, disculpándose ante los distintos propietarios, se planta delante de un hombre fornido que riega el césped con una manguera. El hombre tiene el torso desnudo. Es alto y musculoso. Intercambian saludos fríos. Maite, nerviosa, reúne coraje y dice: Vengo en nombre de mi hermana. La cara del hombre se contrae por efecto de una alarma repentina. *I know who you are,* dice. El diálogo, tenso al principio,

da un giro inesperado cuando el hombre adopta de pronto una actitud humilde y se arrodilla. *Has she committed suicide?* Su teatralidad despierta desconfianza en Maite. Venga, Johnny, no seas payaso. *I am a strong woman.* Él junta las manos en actitud de rezar. Dice: *I like strong women.* Maite apunta hacia su frente con un índice acusatorio. Él le suplica que no dispare. Añade con ojos asustados que el próximo domingo pedirá perdón a Dios en la iglesia por no ser buen esposo y pregunta cuándo volverá Elene a casa. Se dispone a decir algo más, pero no logra expresarse, ya que de buenas a primeras sonó el teléfono de la sala y el castillo con su hilera de villas y jardines bajo el sol de media tarde se esfumó de golpe.

—Me da igual que me tengas por resentida. Quiero que sepas...

Maite apartó de sí el auricular no menos deprisa que si le estuviera abrasando la oreja. Lo mantuvo («no podrás, no podrás por más que te empeñes», pensaba) tan lejos de la cara como le permitía el brazo estirado. Oía, reducida a un murmullo agrio, la voz acelerada de la importuna sin entender nada de cuanto decía. Volvió a pegar el auricular a la oreja:

—Y no es que me interese perjudicarte; pero, sintiéndolo mucho, nena, estás en medio.

Maite depositó el auricular boca abajo sobre la balda. «Que despotrique, que insulte, que amenace a la madera», se dijo, «y que le cueste dinero la llamada.» Sobre la encimera de la cocina, repartió los ingredientes del pisto de verduras, que era el primer guiso que pensaba preparar. Lo recalentaría poco antes de la cena. No había otro remedio, a menos que estuviera clara la hora exacta de la llegada de su marido. Volvió a la sala movida por la curiosidad. Habían pasado dos o tres minutos desde que ella había descolgado

el teléfono. De nuevo aplicó el oído al auricular. Allá seguía la pelma con su inquina machacona.

—... de mi vida y de la de ese miserable. Noto que estás ahí. Me da igual que no hables. Te oigo respirar. Y aún voy a decirte otra cosa, aunque te duela. Tu matrimonio es una filfa y lo sabes. Conque...

Mientras se calentaba el aceite dentro de la olla, Maite picó dos dientes de ajo. Los puso a freír y, cuando vio que empezaban a dorarse, redujo la potencia del fuego y añadió una cantidad generosa de tomate líquido tamizado. Se acercó de nuevo al teléfono y, tal como imaginaba, ya sólo se oía el zumbido de la llamada interrumpida. A la media hora, el aparato volvió a sonar. Dudó. Se dijo: «Si es la perversa, cuelgo». Pero podía tratarse de su madre, así que, vencido el titubeo inicial, levantó el auricular. Era Andoni, que llamaba, según dijo, desde el aeropuerto.

—*Maitia,* por los altavoces anuncian media hora retraso.

—No te preocupes.

—Lo digo por la cena.

—¿Sabes qué?

Y le contó en pocas palabras que su hermana había decidido en el último momento, cuando estaba a punto de entregar la maleta en el mostrador de facturación, no volver a los Estados Unidos y quedarse a vivir en San Sebastián.

—¿En serio? ¿Abandona a los hijos?

—La vas a conocer.

—Por mí puedes invitarla a nuestra cena.

—Ah, pues la voy a llamar. Seguro que le hace ilusión.

Y se despidieron con palabras de afecto, requiebros varios y deseos de estar juntos, y a Maite le faltó tiempo para marcar el

número de su madre, quien, sentada en su sillón, no tenía el teléfono a mano, por lo que fue Elene la que atendió la llamada.

—Cenaremos a las nueve. ¿Te animas a venir? A tu cuñado le gustaría conocerte.

Elene confesó sentir a su vez muchas ganas de conocer a Andoni; pero, tal como se le presentaba la tarde, no había más remedio que postergar el encuentro, ya que no hacía ni cinco minutos que se había citado con Leandro para dar una vuelta por lo Viejo.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—Tráelo a mi casa y organizamos una velada de parejas.

—No seas mala. Bien sabes que estoy pasando por momentos difíciles. Entre todos deberíais evitar que yo me quede demasiado tiempo sola.

—Razón de más para que aceptes la invitación.

Convinieron en consultarlo con Leandro. A los pocos minutos, Elene ya tenía la respuesta. En tono jovial, comunicó a su hermana por teléfono que podía añadir dos platos a la mesa. La dificultad que ahora se le planteaba a Maite no era poner más platos, sino llenarlos de condumio suficiente. Hizo recuento de provisiones y calculó. Había bebida en abundancia. El flan alcanzaba para cuatro bocas; el pisto, también, a condición de reducir las porciones; pero media lubina por comensal se le antojaba una ración exigua. De no estar los comercios cerrados por ser domingo, ella habría podido comprar lo que necesitaba. No existiendo tal posibilidad, debía arreglárselas con lo que había en casa. Después de pensarlo un rato, se le ocurrió como solución del problema aumentar en la bandeja del pescado la cantidad de rodajas de patata, acompañar el pisto con arroz blanco e improvisar por si las moscas una cazuela de pasta con champiñones y salsa bechamel, además de ofrecer al comienzo de la

cena una socorrida ensalada de tomate con cebolla, un puñado de aceitunas y pepinillos y un plato de queso y jamón. Esto decidido, se entregó con entusiasmo a sus empeños de cocinera.

Minutos antes de las ocho y media, el sonido de la llave en la cerradura anunció la llegada de Andoni. Maite se desprendió del delantal y acudió sin demora al abrazo. Al tiempo que marido y mujer juntaban labios, ella se afanó de manera discreta por llenarse las fosas nasales de su perfume.

—Vendrás hecho polvo.

—No, estoy bien. Sólo con verte y notar el rico olor de la cena, se me olvidan todas las fatigas. Han sido días de mucho trabajo y, por momentos, tediosos; pero también interesantes.

Andoni se deshizo en elogios a la vista de la mesa de la sala. Eso sí, como Maite había previsto, no se privó de dedicarle una chanza al candelabro. Andoni dejó la maleta en el despacho. Salió con una bolsa de regalo para Maite. Era una bolsa blanca, verde y negra con el logotipo de El Corte Inglés, de la que extrajo un fular de seda con motivos florales y predominio de los tonos azules y morados. Maite no dudó en colocárselo alrededor del cuello ante el espejo del pasillo.

—¡Qué buena idea has tenido! Es una preciosidad.

Completó sus expansiones de gratitud con un beso ardiente y prolongado, correspondido por Andoni con similar encendimiento. En el curso del diálogo que entablaron a continuación sobre sus experiencias respectivas de los días pasados y sobre lo mucho que se habían echado el uno al otro de menos, Maite mantuvo una atención constante y disimulada en la bolsa de plástico que su marido apretaba en una de sus manos. Andoni dejó la maleta en su despacho, del cual salió poco después sin la bolsa, y mientras se quitaba los zapatos y se cambiaba de ropa en la alcoba matrimonial,

ella aprovechó para buscar lo más deprisa que pudo el tique de compra de El Corte Inglés. Lo encontró, como suponía, dentro de la bolsa tirada en la papelera. No la acuciaba el menor interés por averiguar el precio del fular, pero sí y mucho la fecha de la compra, que era la del 11 de julio.

28

Una grata velada

En esto, sonó el timbre. Hubo presentaciones, sonrisas y estrechamiento de manos en el vestíbulo, y tanto Elene como Andoni compartieron dudas sobre si alguna vez se habían conocido. Ninguno de los dos tenía constancia de ello. A su lado, Leandro guardaba un educado e introvertido silencio, en las manos un ramillete de flores variadas y una caja de bombones, que entregó con cortesía un tanto ceremoniosa a la anfitriona. A las nueve estaban los cuatro sentados a la mesa, comiendo y elogiando los guisos preparados por Maite. Fue ella la que, por animar el diálogo, contó que Andoni había asistido en los días pasados, junto con un compañero, ambos en representación de la clínica para la que trabajaban, a un cursillo de oftalmología, lo que indujo a su marido a referir algunos detalles relativos a su estancia reciente en Madrid. A preguntas de Elene, se extendió un poco más sobre su labor en la clínica, hasta que las explicaciones de Maite relativas al pisto con arroz y la pasta con salsa bechamel propiciaron un cambio brusco de conversación.

Elene habló de su cólico reciente, de lo mal que lo había pasado y del alivio que ahora le producía la completa desaparición de los síntomas. Todos los presentes le aconsejaron que acudiera sin demora a un médico. Así lo haría, dijo, tan pronto como tuviese resueltos los trámites exigidos por su nueva situación. Deseaba antes de nada empadronarse en la ciudad, buscar una fuente de ingresos, esas cosas, si bien, por suerte, contaba con el apoyo

inestimable de Leandro, quien, a su lado, cada dos por tres sacudía la cabeza en señal de aprobación.

—Yo me tendría que haber marchado antes de Providence. Los niños me retenían, las pobres criaturas que son propiedad de su padre y sobre todo de sus abuelos. Ellos, los viejos, son los que acaparan el mando de mi familia. Allí se hace lo que los viejos ordenan. Son ellos, defendidos por su abnegado Johnny, los que dictan lo que los demás debemos pensar y sentir. Mis hijos y yo estamos como secuestrados. Mi función principal es cargar con las culpas. No os podéis hacer una idea de los reproches que esa gente me ha hecho desde antes del día de mi boda. Para ellos yo he sido siempre la mala que les arrebató el hijo y trata de meter en sus nietos ideas de fuera de América. En mi casa, el castellano está prohibido. Y yo aguantaba los desprecios y cosas peores por el pánico de separarme de mis dos angelitos. En fin, perdonad. Lo último que yo quiero es estropearos la cena con mis dramas personales; pero supongo que alguna explicación esperáis de mí.

Se le cayó el tenedor y, aunque se dio prisa en recogerlo, no pudo evitar que se formara una mancha de tomate en el mantel.

—Otro accidentito de los míos. Me ocurren a menudo. Son torpezas que no van a ningún lado, que no suponen ninguna catástrofe, pero a mí me sierran los nervios.

Y Maite restó importancia al pequeño infortunio.

—Tenemos lavadora. Más importante es que no te ensucies la ropa. Imagino que sólo dispones de la que llevabas en la maleta.

Leandro intervino:

—Ya le he dicho que en los próximos días iremos de tiendas.

Elene le arreó unas palmaditas afectuosas en el dorso de la mano.

—Este hombre es la esplendidez en persona.

Fue a este punto cuando Leandro, que hasta el momento se había mantenido en un segundo plano del diálogo, reveló la doble oferta que había hecho esa misma tarde a Elene, aparte, claro estaba, de garantizarle respaldo financiero. Cuando lo considerase oportuno, Elene podría incorporarse a su empresa.

—Lo que es por mí, mañana mismo.

Él estaba convencido de que la experiencia de Elene en materia de marketing y publicidad y su dominio de la lengua inglesa abrían un abanico enorme de posibilidades para una empresa como la suya, con clientes en el extranjero y aspiraciones a extender sus raíces fuera del País Vasco. Lo segundo que le había ofrecido fue instalarse de inmediato en su villa de Ondarreta, en la que, según dijo, si algo no faltaba era espacio. A Elene la idea de desarrollar algún tipo de proyecto creativo en los talleres de herrería, particularmente en el área de la imagen y la promoción, le resultaba por demás atractiva; en cambio, lo de irse a vivir a casa de Leandro no lo veía tan claro.

—Preferiría quedarme con la *ama,* no sabría decir por cuánto tiempo. Quisiera cuidarla, hacerle compañía, afianzar mis relaciones afectivas con ella después de tantos años de ausencia. Confieso que no estoy libre de remordimientos y que para superarlos me vendría bien estar a su lado y ayudarla. Más adelante, si este y yo nos entendemos, pues me iría a vivir con gusto a Ondarreta.

—*Maitia,* claro que nos entenderemos. Yo al menos te entenderé a ti, no sé si tú a mí.

Y todos a un tiempo rompieron a reír, sorprendidos del golpe de humor de aquel hombre sobre cuya sosería cabían pocas dudas.

Maite trajo las lubinas asadas al horno, con su guarnición de patatas cortadas en panadera, su salsa de vino blanco y su aroma de romero; cada uno recibió su parte, se repitieron los elogios y parabienes a la «magnífica cocinera». Andoni procuraba que en

ninguna copa faltara el vino, sobre todo en la de Leandro, que era quien con mayor frecuencia y rapidez vaciaba la suya. Maite se volvió a su hermana y le dijo:

—Me gustaría que me aclarases una cuestión que me ha estado intrigando. Se trata de una duda. Quizá sería más apropiado llamarla sospecha.

—Venga, resume.

—Pensando en cosas que has dicho estos días y uniendo cabos, me da que tu marido cree que el destino de tu viaje era Londres y no San Sebastián. ¿Me equivoco?

—¡Qué lista eres! Por supuesto que vine aquí a escondidas. No me quedaba otra elección. Incluso el viaje a Inglaterra por motivos de trabajo a mi marido le supo fatal. El muy cerdo quería prohibírmelo, pero en buena hora intervino Jasmine, mi jefa en la agencia, además de confidente y buena amiga, que me proporcionó el pretexto y me ayudó a organizar y costear el viaje de Londres aquí bajo mano. Le debo muchos favores a Jasmine y ahora también dinero. Le pagaré hasta el último céntimo, claro está, y más adelante la invitaré a pasar unos días en San Sebastián. Y no será porque mi sueldo no me alcanzase para este y otros viajes; pero por desgracia me estaba vedado decidir libremente sobre mis ahorros y mis gastos.

—Tú has vivido un infierno, a mí que no me digan.

—Jasmine y yo tomamos el avión en Providence. Delante de ella me despedí de Johnny en el aeropuerto, si es que a eso se le puede llamar despedida. Ni un abrazo, ni una sonrisa, y cuando pasé el control sentí una profunda sensación de libertad. Hasta esta mañana no me había planteado en serio la idea de no volver. Muchas noches, en la cama, imaginaba que conseguía escapar de los Estados Unidos con mis hijos. Ese ha sido mi sueño más recurrente de los últimos años. Me veía llegando a esta ciudad de la mano de James y Cindy.

Ellos aprendían euskera y castellano con la facilidad que tienen los niños para aprender idiomas y los tres llevábamos una vida apacible y próspera en esta ciudad, lejos de su violento padre. Hoy me habría tenido que reunir con Jasmine, que sí está en Londres despachando trabajo, se supone que conmigo, y mañana habríamos emprendido las dos el viaje de regreso. Pero yo os digo que no nací para ir al patíbulo de forma voluntaria. A un sitio como ese a mí o me llevan a rastras o no voy.

—Si no apareces —dijo Andoni—, tu amiga pensará que te ha ocurrido algo malo.

—No te preocupes, cuñado. Jasmine está al corriente de mi decisión y de muchos pormenores de mi vida. Desde casa de Leandro, la he llamado esta tarde por teléfono al hotel donde se aloja. Le da pena perderme, pero lo comprende. Claro, son ya unos cuantos años en la agencia y no va a ser fácil reemplazarme. He acordado con Jasmine que sea ella quien le cuente a Johnny que no volverá a verme en su puta vida. Los niños...

A este punto, Elene rompió a llorar con mucho sentimiento, la cara apretada contra las manos, la manga dentro del plato de pescado. Maite hizo un rápido ademán de acudir a consolar a su hermana; pero se le adelantó Leandro, que se inclinó con una especie de fervor sacerdotal, le dio un beso a Elene en la coronilla, le apartó la manga del plato y, salvo repetir a cada instante el apelativo cariñoso de *maitia,* no decía otra cosa.

Maite, conmovida, estuvo a dos dedos de contagiarse de las lágrimas de Elene. Se distrajo llevando platos y cubiertos a la cocina y trayendo los del postre, además del flan, que depositó en el centro de la mesa con expectativas de elogios que no se cumplieron. Su hermana seguía desahogándose en llanto, aunque con menor

intensidad que al principio, y el ambiente no estaba como para alabar flanes. Maite trató de buscarle una salida a la situación.

—Bueno, dejémoslo. Por hoy ya basta de confesiones. Conviene dosificar.

Pero Leandro no compartía ese parecer y, de pie junto a Elene, cuya cabeza mantenía agarrada con sus manos afectuosas y protectoras, replicó dulcificando el tono de voz:

—No, no, si lo tenemos hablado antes de venir aquí. Estamos de acuerdo en que lo mejor es contarlo todo de una vez y así sacárnoslo de encima, ¿verdad, *maitia?*

Y Elene, con los ojos arrasados, pero ya más tranquila, asintió. Pasados unos minutos, pudo hablar.

—Leandro tiene razón. Prefiero contároslo todo ahora y ahorrarme explicaciones en el futuro. Eso sí, a la *ama,* por favor, chitón. Sabe lo principal. Con eso le basta.

Saboreado el flan, del que no quedó una migaja sobrante, Andoni preguntó si había algún inconveniente en que él saliera a fumar un cigarrillo al balcón. Se conoce que Elene se sintió aludida.

—Estás en tu casa —le respondió con recobrada entereza.

Leandro, que también fumaba, acompañó a Andoni, y mientras los dos hombres conversaban y expelían humo acodados en el barandal, Elene ayudó a su hermana a retirar la vajilla de la mesa. Solas en la cocina, le contó:

—Mañana sin falta escribiré una carta a mis hijos con palabras que ellos puedan entender. La carta y una copia idéntica las mandaré a la dirección postal de Jasmine en Providence. Si Johnny se niega a leerles mis razonamientos a los niños o hace una de las suyas y rasga el sobre sin abrirlo, Jasmine guardará la copia para cuando mis hijos sean más mayores y estén en condiciones de leerla sin la malvada mediación de su padre. ¿Qué te parece?

—Bien.

—Pero eso no es todo. Tengo previsto redactar con tiempo y calma una crónica detallada de mi matrimonio, desde la noche de mi primer encuentro con Johnny hasta el día de hoy. Lo haré en inglés y con un lenguaje claro. Algún día los niños, ya mayores, leerán el testimonio de su madre y conocerán la verdad que, estoy segura, ni su padre ni sus abuelos les van a contar. Lo pienso poner todo por escrito con pelos y señales, y añadiré fotografías que llevo conmigo de los cardenales que me hizo mi marido, así como una lista de personas de Providence que les podrán confirmar muchas afirmaciones de mi escrito. Sé que tarde o temprano James y Cindy me buscarán. Hay un programa en un canal de televisión de Rhode Island en el que a los participantes, gente común y corriente, se les ayuda a encontrar familiares desperdigados por el mundo a los que hace décadas que no ven o a los que nunca han conocido, por lo que sea, porque los dieron en adopción, porque el ausente se marchó nadie sabe adónde, etc. Yo, cada vez que veo el programa, acabo llorando. No me extrañaría que de forma parecida mis hijos sigan un día, con o sin ayuda, mi pista, den conmigo y los responsables del programa les paguen el viaje a San Sebastián. Esa sería una buena oportunidad para entregarles el documento que voy a escribir para ellos. ¿Te parece bien?

—Me parece genial.

—Y luego está la parte económica. Cualquier día de estos encontraré trabajo. Quizá empiece en la empresa de Leandro, ya veré. El caso es que, en cuanto tenga una fuente fija de ingresos, todos los meses separaré una cantidad para James y otra cantidad igual para Cindy, y así, año tras año, iré reuniendo para ellos una suma que transferiré a su respectiva cuenta bancaria cuando sean adultos, lo que les demostrará que su madre nunca los olvidó.

—Excelente idea.

—Si quieres, le cuentas a Andoni todos estos pormenores en otro momento. Estoy cansada y no tengo ganas de repetirme.

—Descuida, así lo haré.

—Una última cosita. ¿Has encontrado esta mañana un frasco de perfume en tu coche?

—Allí estaba.

—No te importará devolvérmelo, ¿verdad?

En un periquete, las dos hermanas recogieron la mesa. Metieron los trastos de la cena en el lavavajillas y Maite puso en funcionamiento el aparato. Lo poco que no cupo dentro, lo depositó en el fregadero con el fin de lavarlo, dijo, al día siguiente.

—Se nota armonía entre Andoni y tú. El detalle de prepararle una cena de reencuentro me ha emocionado. En serio. Os envidio en el mejor sentido de la palabra.

—Somos una pareja tranquila. Nunca discutimos. No nos da por ahí. Nos respetamos.

—¡Qué suerte!

—Habrás visto que tu cuñado es un hombre inteligente y sereno. Tiene un saber estar que hace que cualquiera se sienta cómodo a su lado. Yo soy más inestable. Siempre lo he sido. Ya me conoces.

—No dejes que nada enturbie vuestra relación. Consejo de hermana escaldada, te lo aseguro.

—Tampoco estás a la intemperie. Tienes a Leandro.

—Leandro es mi salvavidas en medio del océano. Intentaré quererlo. No va a ser fácil.

—Se lo merece. No lo minusvalores. Es muy bueno contigo.

—En efecto, se lo merece.

—No es poca cosa que lo merezca.

—Es mucho, sí, sobre todo después del calvario que he vivido. De todos modos, Leandro es hombre fácil de conformar. No creo que me cueste tenerlo contento.

La velada se prolongó entre copas y confidencias hasta bien entrada la noche y aún habría durado más si a Leandro no se le hubiese ocurrido de buenas a primeras que al día siguiente tenía que madrugar. También Andoni debía acudir temprano a su despacho de la clínica. Hubo consenso en que unos y otros lo habían pasado de maravilla y en que la cena había sido un festín por todo lo alto, lo que le granjeó a Maite una nueva andanada de encomios. Leandro no dudó en ofrecer su casa con vistas a la repetición del encuentro. Elene se excusó por su ataque de llanto; abrazó a su cuñado y besó a su hermana, a la que volvió a tocar la cicatriz con la yema del dedo.

—Oye, no pensarás estar toda la vida sobándome la frente. A este paso me vas a dejar un agujero.

—La culpa es tuya por darme suerte.

Se fueron los invitados. La casa quedó en silencio. Maite se encerró en el cuarto de baño antes de acostarse; después le tocó a Andoni, quien, hechas sus abluciones, de camino a la cama encontró a Maite en pijama, con la mirada fija en el teletexto. A la luz tenue de la pantalla, vio las cejas apenadas de su mujer.

—No te tortures más, *maitia.* Ya no hay remedio. Me temo que vamos a tener terrorismo para rato.

—¿Imaginas cómo lo estará pasando la familia de Miguel Ángel Blanco?

—Mal, muy mal. ¿Cómo quieres que lo pase?

—¿Y las madres y padres de quienquiera que lo haya matado?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Para empezar, depende de si están al corriente de las andanzas del hijo etarra. De ser así, cuando estén con conocidos y vecinos, supongo que se escudarán en la ideología para justificar lo injustificable. Pero algo me dice que los progenitores de los pistoleros sufren a puerta cerrada. Si todavía albergan un poco de humanidad en las entrañas, cuando estén solos no verán tan claro que sus queridos hijos sean unos héroes, y acaso también se pregunten qué estarán sintiendo los familiares y amigos de las víctimas. Y ahora apaga la tele y vamos a acostarnos, haz el favor. No creas que las noticias van a cambiar porque tú las leas una y otra vez.

Marido y mujer en la cama, no apagaron la luz enseguida. Estaba Andoni recostado contra el cabecero, ella sentada delante de él, entre sus piernas, la espalda desnuda, ofrecida como tantas otras veces a lo largo de su vida marital al placer relajador de un masaje. Maite sostenía en sus manos el fular nuevo, le daba vueltas, lo olía, lo acariciaba, todo ello con los ojos cerrados mientras disfrutaba de las delicadas y calmas friegas que sin duda le proporcionarían un deleitable ingreso en el sueño nocturno. Notaba en los hombros, en las paletillas, en la nuca, los dedos cálidos de su marido, que subían y bajaban expertos en encontrar a cada instante el punto exacto donde más gusto podían dar.

—Elene me ha dicho que envidia la pareja armónica que tú y yo formamos.

—Y tiene razón, ¿no crees?

—Por supuesto.

Los dedos de Andoni se adentraron en la melena de Maite; presionaban, suaves, tibios, el cuero cabelludo de ella, provocándole una grata somnolencia. Después las manos se detuvieron un momento en las orejas; resbalaron por los costados del cuello, y

siguieron descendiendo, y de pronto, por debajo de las axilas, pasaron al otro lado del cuerpo de Maite, y cada mano agarró un pecho, y ella notó que el placer se acercaba a una cima tras la cual ya no sería tan fácil dejarse caer así como así en un sueño blando. Y aún sujetaba Andoni un pecho de ella en cada mano, cuando Maite dijo:

—No me cansaré de repetir cuánto me gusta este fular.

—Para ti lo mejor, *maitia*.

—Además, con lo atareado que has debido de estar, ¡qué bonito que robaras tiempo a tus ocupaciones para ir en busca de un regalo para mí! ¿Cuándo lo compraste?

—Pues hasta ayer sábado no encontré el momento de pegarme una escapada; pero es que lo tenía que hacer o corría el riesgo de volver a casa con las manos vacías. ¡Y eso sí que no!

No hablaron mucho más. Ella se vistió la prenda superior del pijama. Él puso el despertador en la hora a la que debía levantarse. A continuación se desearon buenas noches y se dieron un beso leve. Cada cual apagó la lámpara de su mesilla y se acostó en su respectiva mitad de la cama. De ahí a un rato, la alcoba matrimonial a oscuras, Maite sacó una mano por el costado de las sábanas y arrojó el fular al suelo.

AGRADECIMIENTOS

Don Quijote evoca un dicho (segunda parte, capítulo LVIII) para recordarle a una nutrida concurrencia de pastores y recordarnos de paso a los demás que «de los desagradecidos está lleno el infierno». Ciertamente, por otros vicios estaría uno dispuesto o resignado a despeñarse en tan desapacible lugar, pero no por la ingratitud.

Dudo que yo hubiera logrado resolver algunos episodios de *Maite* sin la información que recibí de Gaizka Fernández Soldevilla, Consuelo Ordóñez y Roberto Herrero.

Catherine Hodgson tuvo la gentileza de supervisar las expresiones y vocablos de la lengua inglesa que aparecen en la novela.

Desde la frase inicial, Juan Manuel Díaz de Guereñu fue, una vez más, mi acompañante y consejero en el proceso creativo del libro conforme este iba surgiendo.

Gabriele Pape y Francisco Javier Irazoki leyeron el texto inédito y me señalaron imperfecciones y errores cuando no era demasiado tarde para corregirlos.

Christina Sánchez Krellenberg llevó a cabo con su profesionalidad de siempre la delicada tarea de edición.

A todos ellos, mi gratitud por la ayuda impagable.

Maite
Fernando Aramburu

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Fotografía de la cubierta: © Gary Green / Millennium Images, UK

© Fernando Aramburu, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-1107-749-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta